

La tragicomedia de Gibraltar
Lo blanco y lo negro
La universidad
El porvenir del socialismo
Las regiones
La anarquía sindical inglesa
Sobre Hamlet
Por qué soy anticomunista
El liberalismo de hoy
Confusión de confusiones
El premio Nobel y los rusos
Sobre el colonialismo
Viaje antiguo con glosas modernas
El comunismo y los intelectuales
La libertad de prensa
Los derechos del hombre
Noticias de Rusia
El prejuicio analítico
La Homeopatía
Variaciones sobre la capitalidad

Colección de artículos publicados por Salvador de Madariaga en la editorial *Destino*. Como buen observador y analista crítico de la realidad en general y de la realidad española en particular, va tocando en sus artículos diversos temas siempre con su fino análisis, a veces irónico pero siempre con esa precisión de cirujano con la que trataba los temas.

Salvador de Madariaga

A la orilla del río de los sucesos

Áncora & Delfín - 463

ePub r1.0

Titivillus 28.01.2025

Título original: *A la orilla del río de los sucesos*
Salvador de Madariaga, 1971

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

A la orilla del río de los sucesos

Al dar a la estampa este manojo de artículos publicados en *Destino*, me paro a contemplar el curioso destino del comentador, como hoy dicen, o cronista, como se decía en mi tiempo. Destino curioso, en verdad. Los sucesos fluyen como las múltiples corrientes que en el cauce de un río se van mezclando; y el cronista lo mira todo desde la orilla. Pero aun condenado a la orilla… ¿Cómo no pensar, llegado aquí, en aquellos ridículos versos adulatorios de Boileau a Luis XIV en su oda a la toma de Namur, donde refiriéndose al rey exclama el poeta:

Il maudit sa grandeur qui au rivage?
l'attache

He aquí al cronista en la orilla del río de los sucesos, maldiciendo su… lo que sea… que lo ata a la ribera. No es desde luego la grandeza que diz que estorbaba a Luis XIV pero que no impedía a Carlos V batirse como buen lancero. En el cronista, lo que le impulsa a quedarse a seco mirando es la imparcialidad a la que todo hombre aspira o debe aspirar.

Pero a veces se pregunta uno si la imparcialidad no es el aspecto que toma en el cerebro esa tendencia a sentarse y seguir sentado que es quizá la raíz de la vocación literaria, escolar, estudiosa, intelectual. Porque si en efecto de lo que se trata es de que no le saquen a uno de la silla —y menos aún, de sus casillas— la fórmula mejor es la imparcialidad. En una querella entre dos, lo más probable es que ambos yerren por quedarse a poco más o menos igual distancia de lo justo. Sale uno de su silla, se pone a bregar, y al cabo de tres días o tres años, se da cuenta de que tal para cual, Perico para Pedro, se vuelve a sentar y dice: si lo llego a saber…

Vistas así las cosas, pudiera muy bien resultar que la opinión

serena y equilibrada de los conflictos humanos arraigue en un deseo corporal de estar sentado. Si no hay equilibrio intelectual no lo hay pasional, y entonces la pasión que se siente oprimida vence al deseo de seguir sentado y uno se incorpora al punto y grita: ¡Al Arma!

Me detengo justo para no tocar las fronteras del reuma; no sea que el razonamiento me llevara a la conclusión que el pacifismo y aun el liberalismo es mero achaque de reumáticos. Allende estos juegos mentales, sufren los hombres y lloran las mujeres porque unos soñaron *justicia* en el sentido de igualdad de trato y otros comprendieron *justicia* en el sentido de *ajusticiar* al otro —el juego de palabras más siniestro del lenguaje: *la justicia que mandan hacer*.

El cronista, entretanto, aunque adolezca de reuma *articular* (es decir, el reuma que le hace escribir artículos) tiene que velar porque el achaque no se le suba a la cabeza; porque el artículo se cocerá en el corazón pero cuajará en el cerebro; y su honor y gloria están en que, digan lo que quieran los humores raíces que tienen sentado en su silla al articulista, la cadena de su argumentación ha de ser de oro de ley. Pase lo que pase y cueste lo que cueste. Y a veces va uno pergeñando su «columna» y, sin darse cuenta, la cadena de oro de sus argumentos le salta de la mano y va a cruzarle la cara a tal o cual poderoso de este mundo, provocando Dios sabe qué violentas consecuencias las cuales suelen repercutir en el sedentario argumentador. Entonces, hay que levantarse y moverse. ¡Qué lata, con lo bien que estaba sentado, escribiendo!

Pasa la crisis y ese sedentarismo que se pasea por el alma al reumático *articular*, vuelve a instarlo en su silla, frente a su mesa, junto a sus plumas y lápices. Todo en orden. ¿Yo? Aquí, en la orilla. ¿Los sucesos? En su cauce. ¿El tiempo? Corriendo, sin exagerar. Todo en regla. A escribir… Sí, ¿eh? ¿Quién ha chillado? Nada. Nada. La vecina, que le han robado el hijo unos sargentos…

¡Vaya por Dios, y qué difícil es el oficio de cronista!

La tragicomedia de Gibraltar

La revista católica londinense The Tablet *pidió al señor Madariaga su opinión sobre Gibraltar. El texto que sigue es la traducción del propio autor. Por razones de espacio o error de copia, se han omitido del original inglés los párrafos que aquí figuran entre asteriscos. El autor tiene que agradecer a* The Tablet *la concesión de mucho más espacio que el usual para estos casos*.

1. La tragedia

El problema de Gibraltar no puede ser más claro. Lo que es oscuro es la actitud de Inglaterra para con él. Pero esta segunda cuestión no puede dilucidarse sin dejar sentado antes, por lo menos, lo esencial de la primera.

En cuanto al Peñón, en 1704, una flota al mando del almirante Rooke, y un ejército mixto europeo (que comprendía un contingente español), al mando del príncipe Hesse-Darmstadt, tomó Gibraltar para el rey de España (pretendiente archiduque Carlos, luego emperador Carlos VI), quitándoselo al rey de España (pretendiente Felipe de Anjou) que entonces lo tenía. El almirante Rooke lo robó para Inglaterra. Lo siento. No existe otra palabra. Pero seamos sinceros: en aquellos tiempos, estas cosas, no quizá tan fuertes, pero casi, se solían hacer. Sitios y negociaciones no sirvieron para nada. El tratado de Utrecht selló el destino del Peñón.

La postura de España hoy es que, si bien el Peñón es inglés en lo jurídico, en lo político debe volver a España; porque una concesión

meramente jurídica como esta (aun dando de lado a que se obtuvo por la violencia) no es hoy admisible. Supóngase que, en 1704, un sultán le extrae a otro sultán el derecho a recibir mil doncellas anuales para su harén: jurídicamente, el acuerdo seguiría rigiendo hoy; políticamente, habría caído en desuso. Hoy no es admisible que una nación ocupe un trozo de territorio de otra en las condiciones históricas y geográficas en que Inglaterra ocupa Gibraltar. En cuanto al istmo, ni una pulgada se le cedió jamás a Inglaterra. Los 800 metros largos que hoy ocupan los adquirió vara a vara en circunstancias que no resisten el examen, aprovechando ocasiones, ya porque España no estaba mirando, o estaba dividida o débil por causas internas o externas, o incluso, y más de una vez, apelando a la caridad española para pedir espacio fuera del Peñón durante alguna epidemia. El ejemplo más reciente es el de la construcción del apeadero aéreo en territorio español.

Aquí la postura de España es que Inglaterra tiene que evacuar el istmo por pura medida de honradez. Además, el uso del istmo, que sirve sobre todo para vuelos, ilustra lo que más arriba queda dicho sobre la ocupación extranjera de un trozo de territorio tan íntimamente inserto dentro de un cuerpo nacional, ya que el país ocupante solo puede hacer uso de su derecho violando los del país ocupado en su suelo, tierra y aire. Ni un avión puede aterrizar o subir en Gibraltar sin violar la soberanía española. No hay sitio.

La situación, pues, está clara: hay que devolver Gibraltar a España sin más.

Pero la actitud de Inglaterra dista mucho de estar clara, y, al primer pronto, es hasta desconcertante. Cuando me dispuse a escribir estos renglones acababa de leer en el *Times* (9-V-68) estas palabras del periodista francés Marc Ullmann: «La colectividad británica figura hoy entre las más civilizadas del mundo, y el pueblo británico entre los que mejor han logrado conservar ese sentido de la proporción y esa consideración para con los demás que distinguen al hombre del robot».

Precisamente por hallarme de pleno acuerdo con estas palabras, me desconcierta, al primer pronto, la actitud británica en lo de Gibraltar. Los tres partidos se manifiestan a cual más patriotero y apenas si se oye una palabra sensata aun de labios de sus hombres más eminentes. Voces que se han hartado de calificar de *vergonzosa*

la actitud de tal o cual nación por no acatar resoluciones de las Naciones Unidas que les concernían, ahora se hartan de calificar de *vergonzosa* la resolución de las Naciones Unidas que concierne a Inglaterra. Periódicos que se dedicaban a cazar lobos en Rhodesia, Sudáfrica, Grecia, Alemania, ahora ladran con los lobos contra España y hacen que creen que es España la que se niega a hablar, a sabiendas de que es Inglaterra la que no quiere hablar de lo único de que se trata, que es la soberanía. Cuando es evidente que España no puede aceptar nada que no sea la devolución de lo que es suyo por naturaleza y por sentido común, y solo británico por la mera fuerza y la violencia pasiva de quedarse sentado en la casa ajena, la Inglaterra oficial aspira a que el mundo crea que hace lo que puede, declarándose dispuesta a negociar sobre cómo perpetuar una situación insostenible, y acusa a España de actos «arbitrarios» por tomar «medidas restrictivas» cuando la experiencia enseña que la Inglaterra oficial, ante una propuesta española de negociar, se ha limitado a contestar con un cachazudo: «No hay nada que negociar».

Por si esto no bastara, Inglaterra aspira a que el mundo crea que solo sigue en Gibraltar por amor a los gibraltareños. Esta actitud plantea dos preguntas. ¿Es genuina? Si lo fuese, ¿sería válida?

No es genuina. Todo el mundo sabe que para Inglaterra son los gibraltareños un elefante blanco; que hubo que evacuarlos siempre que Inglaterra estuvo en guerra, y hasta que los expulsaron siempre que le convino al general gobernador, sin plebiscito, autodeterminación, derechos del hombre, o compensación o algodón en rama de ninguna clase, como pasó en 1710 y 1813 con sendos fuertes contingentes de gibraltareños. Y todo el mundo sabe que, para contentar a los gibraltareños, Inglaterra tuvo que condonar, permitir y hasta fomentar el contrabando a tal extremo que los contribuyentes españoles resultaron «contribuyendo» al bienestar de los gibraltareños con millones de libras esterlinas. Durante años importó Gibraltar más tabaco que toda la República Federal Alemana, y tantas hojas de afeitar como toda España. En cuanto a obras públicas, educación, libertades políticas y otras cosas excelentes de que tanto se habla hoy, es seguro que el estudio atento y objetivo de los hechos probará que este interés no pasa de ser una postura nueva debida al conflicto con España. Los

verdaderos motivos de la actitud británica, tal y como se manifiesta en el Parlamento y la prensa, arraigan en un trasgusto muy humano y comprensible de orgullo imperial.

* Así se explica que el país que llevó a cabo tan admirable repliegue imperial en los últimos treinta o cuarenta años, iniciado por Atlee con la sabia emancipación de la India, vacile con Wilson antes de soltar a Gibraltar. Cuando se tragó impasible los camellos de Asia y África, se le atraganta el moscardón del Peñón. * Pero antes de volver sobre este tema, precisa examinar la segunda pregunta que plantea el de los gibraltareños. Si el interés oficial británico por los gibraltareños fuera genuino, ¿sería válido el argumento para justificar la negativa a ceder el Peñón a su dueño natural? Claro que no. Hay gibraltareños porque hay una base naval. Bórrese la base y se borran los gibraltareños. Por lo tanto, no es posible justificar la base por el interés de unos gibraltareños que solo se justifican por la base. Primero decidiremos qué pasa con la base, y luego hablaremos de los gibraltareños.

Vamos a suponer que el plebiscito fue objetivo, definitivo e independiente de las circunstancias. ¿Cómo van a prevalecer diez mil votos contra treinta millones? El punto fundamental es que Gibraltar es un miembro de España, y aunque esto no fuera tan evidente que da vergüenza tener que decirlo, lo vendría a confirmar el hecho de que, si Gibraltar no fuera un miembro de España, Inglaterra carecería de título jurídico para ocuparlo, puesto que fue España quien se la otorgó en Utrecht y en Versalles.

La decisión de devolvérselo o no a España solo podría, pues, tomarse por el voto de los treinta millones de españoles y no de los diez mil gibraltareños, aunque estos hubieran sido españoles.

Pero ¿lo son? A los españoles les está prohibido por Inglaterra asentarse en Gibraltar. Los verdaderos gibraltareños están en San Roque. La única definición oficial británica de «gibraltareño» es «uno que está registrado como tal», o sea, uno que el general gobernador ha aceptado como tal. Y no sin mirarlo mucho. La «Orden en Consejo» del 28 de junio de 1900 y la «Ordenanza sobre el Estatuto de los gibraltareños», 1962, se proponen de modo claro y concreto excluir del estatuto a los indios orientales. En la Ordenanza de 1962 se limita el derecho de inscripción a los nacidos antes del 30 de junio de 1925, porque poco después nació el primer

niño indio en la Colonia. En tales circunstancias, el plebiscito ha equivalido a registrar los votos de los que ya los habían registrado al inscribirse en el registro que abre y cierra el general gobernador.

Que haya que considerar y respetar los intereses de los gibraltareños es deber humano elemental. Que se les otorgue poder para mutilar para siempre una nación, no es ni discutible. Tanto más cuando el ensanche moderno de la esfera de acción civil y militar acarrean peligros graves para la seguridad y no menos graves hipotecas para la soberanía del país mutilado.

Tampoco cabe aplicar a este caso la autodeterminación, ya que Gibraltar no es una nación sino una milla cuadrada de territorio español, y los gibraltareños no son un pueblo, sino unos cuantos millares de gentes mediterráneas recogidas y reunidas por razones utilitarias y sin comunidad alguna de origen, cultura, lenguaje ni otro atributo alguno de los que por criterios corrientes definen una nación.

También se ha hecho valer como argumento para negarle Gibraltar a España la índole especial del régimen presente. Pero hay que distinguir aquí dos cuestiones distintas: si esos diez o veinte mil gibraltareños deben o no deben entregarse a un dictador; y si hay o no hay que devolver Gibraltar a España. En cuanto al primer punto, ocurren varias respuestas. Una es que, mírese como se quiera —y aun reconociendo que en la práctica diaria el régimen de Gibraltar no deja de ser liberal (salvo para los gibraltareños que se avendrían a entenderse con España)—, la población vive bajo la dictadura del general gobernador. No habrá persona en sus cabales que se atreva a ponerlo en duda. En una base militar solo se concibe un régimen militar casi equivalente a un estado de sitio. Como apenas si hay gibraltareños que se dediquen a la filosofía política, a la lucha de partidos o a organizar sindicatos, lo probable es que, aunque no evolucionara en nada el régimen actual de España, la casi totalidad de los gibraltareños no se daría cuenta del cambio, en cuanto a libertad, al cambiar de dictadura.

* Otra respuesta es que Inglaterra carece de autoridad para ponerle peros al régimen en este asunto, puesto que fue Inglaterra la que, con los Estados Unidos, levantó el embargo impuesto al régimen en las Naciones Unidas, y aun al votarlo, lo hicieron de tan mal talante que al decir Sí todo el mundo entendió NO. Y también

fue Inglaterra quien, con los Estados Unidos, le hizo tragar en Helsinqui a la Unión Interparlamentaria las Cortes de Madrid y el Soviet Supremo de Móscova. Por lo tanto, venir ahora a echar mano del totalitarismo del régimen para negarse a devolverle a España lo que le pertenece, no resulta muy convincente que digamos. *

* Pero queda el segundo problema. Si hay que darle o no Gibraltar a España en sí. Parece que, al menos, podría entonces Inglaterra aceptar el principio de la devolución aunque fuera aplazando su aplicación hasta la entrada de España en el Consejo de Europa. Esto sería todavía más convincente si Inglaterra se declarase dispuesta a poner el Peñón en depósito para España en manos del Consejo de Europa hasta entonces. *

Los hechos todos que conciernen a Gibraltar se han puesto en conocimiento del Gobierno británico; pero el público del país no los conoce. Triste fue, para un observador amistoso que lleva ya medio siglo de familiaridad cordial con Inglaterra y toda una generación de tiempo sintiendo y expresando admiración por la prensa y la radiotelevisión del país, tener que leer en un periódico normalmente tan admirable como el *Times* afirmaciones carentes de toda objetividad; y ver a un inquisidor de la televisión (abril del 67) intentando imponerse a un puñado de jovencitos españoles para que dijeran que el plebiscito quería decir algo. ¿Era esta la Inglaterra de Gilbert Murray y de lord Cecil?, me preguntaba yo.

2. La comedia

Llego ahora a la parte más atrevida y controversa de mi discurso. Al pueblo de Inglaterra no le importa un bledo que Gibraltar siga inglés o vuelva a España. Los más no se enteraron de su existencia hasta que el Gobierno español se puso difícil. Si hace diez años se les hubiera cogido de sorpresa con un sondeo de opinión, sin darles tiempo a informarse, muchos, quizá los más, no habrían sido capaces de colocarlo en el mapa.

La clase media se da más cuenta del problema, aunque no le interese gran cosa. En mi experiencia, la gente de la clase media lo ve con calma y está dispuesta a considerar una salida razonable;

con la excepción de los historiadores, diplomáticos y militares de las tres armas, que son los que más agudamente sienten la cuestión.

Si el pueblo de Inglaterra supiera lo que Gibraltar es y ha sido, su historia y su geografía, y lo que le ha costado a España en sobresaltos, peligros y humillaciones, su buen natural lo movería al instante a un gesto generoso. No va nada con el inglés del pueblo eso de andar exigiendo abnegación al yanqui quedándose él en su egoísmo. El inglés del pueblo es demasiado decente para tal cosa.

En cuanto a los políticos, en este asunto, no creen ni una palabra de lo que dicen. Les pido mil perdones. Tengo a la Cámara de los Comunes por uno de los parlamentos más inteligentes del mundo; pero el patriotismo no basta en su aspecto negativo para rebajar el nivel de un debate parlamentario inglés al de algunos de los que se han dado sobre Gibraltar, por ejemplo, el último (9 de mayo), en el que solo hubo un discurso de buen sentido (desde luego reducido por el *Times* a su mínima expresión).

Tampoco hay que interpretarme mal. Respeto demasiado a los parlamentarios ingleses y admiro demasiado a algunos de ellos para querer dar a entender que están mintiendo. Lo que hacen es pretender, fingir, hablar un lenguaje convenido,

doble-idioma

que fácilmente pasa a ser

doble-pensamiento.

Esto les ocurre muchas veces a los hombres públicos (Vietnam, Suez, Móscova…). Se da a entender lo que uno piensa diciendo lo que uno no piensa. No es mentir, porque todo el mundo sabe a qué atenerse y nadie engaña a nadie. Prueba al canto: durante el debate a que aludo, apenas si había más diputados presentes que los oradores. La Cámara estaba vacía.

Nadie cree hoy en Inglaterra que sea posible seguir negándole Gibraltar a España; pero pronuncian discursos heroicos porque tienen miedo. No del general Franco, sino unos de otros. ¿Cuál de los tres partidos va a ser el primero en hablar con sentido común? * Los liberales, que debieran serlo, no se atreven por temor a perder los precarios escaños que ocupan; los conservadores para no echar a perder la próxima victoria que ven segura; los laboristas para no ahondar el foso que, de pronto, se ha abierto a sus pies. *

* ¿Me contradigo? No. No me contradigo. Repito que el pueblo

de Inglaterra no le da importancia a Gibraltar y que, con tal de que la prensa y la televisión se portaran como debieran, se lo devolverían a España por pura decencia y puro buen sentido; pero también creo que sería fácil calentarle los cascos hasta un paroxismo patriotero si un partido apuntara a otro con un dedo vengador acusándolo de entregar el Peñón a España. *

El Gobierno, que sabe perfectamente lo peligrosas y contraproducentes que serían las represalias por tener España mejores cartas, guarda cierta reserva. El primer ministro, el mismo día en que empezó la fase aguda del conflicto, se expresó con perfecta sabiduría: «El tratado de Utrecht es ya cosa muy vieja», dijo, o algo por el estilo. La oposición se da plena cuenta de la situación, pero por cautela habla fuerte, por si acaso. Como problema internacional, Gibraltar es una tragedia, porque separa a dos naciones nacidas para entenderse tanto o más que cualesquiera otras dos de Europa; como problema interno inglés, es una comedia. Esperemos que, como tal comedia, termine bien.

Nuestro haber más seguro, como europeos, es la decencia natural del pueblo inglés. Seguro estoy de que una acción concertada y de honradez transparente entre los tres partidos para informar al pueblo sobre el caso, tal y como es verdad, lo resolvería al instante. Inglaterra perdería la roca; pero además del inmenso prestigio de haber sabido elevarse a una política o altura humana, universal, ganaría la roca de la amistad de España. No le sobran amigos, y de todos modos, no tiene ninguno tan firme como lo sería España.

Lo blanco y lo negro

Iba yo deambulando por una de las viejas calles de Oxford, en aquel ambiente vetusto que emanan las piedras de los venerables colegios. Detrás de mí, venían dos hombres. Daba gloria oír sus voces. Siglos de refinamiento y cultura —pensaba yo gozando de aquella música verbal sin prestar atención al tema— han madurado estas voces, modulado sus armónicos, afinado la cortesía intelectual de sus réplicas y hasta la gracia con que dejan caer sus monosílabos. Y con una mirada a la fachada dorada del colegio de piedra, pensé: «Esto explica eso». Volví a escuchar y procuré imaginármelos, construirlos a partir de sus voces, como había reconstruido Cuvier un animal fósil a partir de un hueso de la pierna. El de la voz más espesa lo veía yo alto, enjuto, de pelo color de lino y ojos azules; y el otro, el de la voz más alta y delgada, era de seguro robusto, de cuello corto y pecho alto, y era probable que tuviera ese pelo color caoba que uno se encuentra tanto en Escocia. Todavía iba yo pintando los dos retratos a mis anchas sobre la tela de mi imaginación, cuando se me adelantaron. Eran dos negros.

La Gran Bretaña ha procurado corregir su indiferencia de antaño para con la educación de los negros; de modo que ya desde hace casi una generación, jóvenes de las Antillas y de sus antiguas colonias africanas frecuentan sus universidades; tanto que el personal dirigente, civil y militar, de las nuevas naciones africanas sale de las universidades y academias militares de la Gran Bretaña. El presidente de la «Oxford Union», sociedad puramente estudiantil, ha sido más de una vez un negro antillano, y un paquistaní no menos oscuro ahora bulle como cabecilla de la revolución estudiantil de este país donde halla más seguro *revolucionear*, ya que en su patria de origen iría a dar a la cárcel con sus patillas y su pelambrera.

Esta segunda mitad de nuestro siglo podrá muy bien figurar en la historia como la de la emancipación de los negros; la edad en que cesan de ser mero objeto de historia para contribuir a hacerla como sujetos. No haya duda sobre su capacidad. Si algo hay sobre lo que se da acuerdo completo entre los cronistas de las cosas de África y de América es precisamente el conjunto de admirables cualidades que revelan los negros. Inteligentes, receptivos a la enseñanza, activos, de buen humor, caritativos y prontos para la ayuda a los suyos como a los extraños, los negros imprimirán pronto su huella en la historia en cuanto pasen del período mágico-anímico a otro más racional (aunque no precisamente más racionalista) de su evolución histórica.

Este proceso se ha iniciado ya; pero no es seguro que pueda irse desarrollando en libertad natural, como tal evolución movida por leyes internas. Subsiste el peligro de que los acontecimientos y las circunstancias sigan haciendo de los negros una familia humana que otras familias humanas utilizan en provecho propio. Sucede que el negro es quizá, después del asiático moreno, el tipo humano más próximo en su espíritu al hombre blanco. Comparados con el negro, el asiático amarillo y el indoamericano resultan herméticos y remotos. Pero quizá precisamente por esta proximidad de su espíritu, el negro ha sufrido lo indecible a manos del blanco. Nosotros, los blancos, llevamos en la historia el oprobio imborrable de nuestro comportamiento con los negros. Los horrores de la esclavitud, desde el inmundo tráfico de carne viva hasta su uso de hombres y mujeres como meros animales e instrumentos en haciendas e ingenios, es hoy cosa del pasado. En numerosos casos se han realizado inmensos progresos para mejorar la suerte de los negros y aun para permitirles recobrar las palancas de mando político y económico que se les habían arrebatado.

Pero en la evolución que África está viviendo ahora, surgen no pocos problemas espinosos provocados no solo por fuerzas externas, indiferentes al bienestar de los mismos negros, sino también por los mismos blancos que se proponen guiar sus pasos hacia la vida política propia y la soberanía.

El más evidente y el que más atención atrae es el riesgo de una conversión al comunismo. No faltan casos individuales que

alimentan el temor: ya que los sofocones que se tiene que llevar a veces un negro entre blancos insensibles bastan y sobran para convertir el más manso a cualquier doctrina de oposición. Ahí está el caso del gran artista Paul Robeson llegando tarde a un concierto en Filadelfia porque ningún taxi lo aceptaba, por ser negro. Tuvo que pararse en media calle, los brazos en cruz y explicar quién era al dueño del coche interceptado, que al fin lo trajo al teatro. Escena que ha vivido el que esto escribe, como espectador que oyó la explicación. Paul Robeson es comunista. Nada tiene de extraño, aunque mucho de ilógico; porque en la Universidad de Móscova se han dado no pocos casos de lo que hoy se llama «racialismo»; que con ser escandalosos, tampoco justificarían que sus víctimas se convirtiesen *por eso* al capitalismo.

La posibilidad de un África comunista no se ha borrado de nuestra perspectiva histórica; pero parece menos neta que hace diez años. Dos órdenes de hechos la determinan: la evolución de la guerra fría; y el mayor o menor éxito de las potencias blancas en orientar la evolución de las africanas en sí misma y aparte el peligro del comunismo. Si las ideas liberales prevalecen en Europa y, sobre todo, si los europeos orientales logran emanciparse de su subordinación colonial a la Unión Soviética, es probable que el peligro comunista se vaya esfumando para el África.

Se dan además varios factores que de entonces acá vienen actuando en un sentido liberalizador. El primero es sin duda la transparencia del pretexto emancipador que maneja la Unión Soviética, país de intención profundamente colonizadora, cuyo «socialismo» se resuelve en capitalismo de Estado. Así se explica que el africano ingenuo, que esperaba ver llegar a un camarada, se encuentre con un financiero-técnico, duro como pedernal, que hace bueno a cualquier capitalista yanqui o británico; de donde salen los conflictos como el que hizo a Secú Turé romper con Móscova.

El segundo es el cisma entre las dos grandes potencias comunistas. Cuando Mao y Chou En Lai se ponen a tratar a Cosiguin y a Brezynef de lacayos del capitalismo yanqui, lo más natural es que el neófito negro no crea ya ni en los unos ni en los otros. El tercer factor ha sido sin duda la actitud de la Unión Soviética en la

guerra de seis días entre los árabes e Israel; actitud en la cual se ve clara la política de poder pero muy oscura la ideología, ya que en punto a socialismo no cabe preferir a Nasser rodeado de sultanes petrolíferos frente a un Israel democrático y socialista de verdad.

Descartado pues el peligro comunista queda el proceso de modernización política de los Estados africanos, considerado en sí. Ya queda dicho que si en Europa prevalecen las ideas liberales y, en particular, si los Estados del Oriente europeo logran desligarse de los vínculos que los esclavizan a la Unión Soviética, el peligro comunista en África irá menguando hasta quizá terminar por esfumarse; pero añádase ahora una condición: que el proceso de organización cívica de la independencia no se malogre por mala voluntad, incompetencia o una combinación de ambas.

Volvemos así al tema central: la evolución hacia la independencia. Esta evolución se viene realizando no sin tener que vencer buen número de obstáculos. El primero es una desconfianza instintiva y natural por parte del africano para con el europeo. Demasiado bien arraigada en la historia, no solo de los siglos XVI al XVIII sino también del XIX y aun del XX, este obstáculo crea en las naciones nuevas no tanto conflictos como una predisposición a los conflictos que luego las circunstancias se encargan de fecundar.

Esta desconfianza inicial agrava otro de los obstáculos que se oponen al progreso: la carestía y aun ausencia de personal capacitado para regir el Estado y aun la sociedad. En este aspecto, corresponde a las naciones europeas el deber de reconocer que ninguna ha estado a la altura de España en el desempeño de sus respectivas misiones civilizadoras. Cuando los reinos de ultramar inician su emancipación de España, todos ellos cuentan con un plantel de hombres bien instruidos, capaces de asumir la responsabilidad del gobierno. Como lo reconoce el historiador venezolano Parra Pérez, la generación que emancipa a Hispanoamérica, educada por España, fue de una brillantez no igualada hasta nuestros días. La sociedad también cuenta entonces con bastantes personas dirigentes —quizá con la única excepción de la medicina, porque, con haber buenos médicos, no los había en número suficiente. Pero a la vista está que ni en las colonias francesas ni en las inglesas hubo africanos bien instruidos hasta hace, todo lo más, una generación; y en el Congo, ni eso. Además,

estos africanos instruidos se formaron fuera de ambiente, en las metrópolis, no como en el caso de los reinos españoles de ultramar, que tuvieron sus universidades propias.

Si se combinan pues los dos males, la desconfianza del blanco y la incompetencia del negro, se tendrá que llegar a una conclusión poco optimista sobre el desarrollo de la democracia africana. Pero no para aquí el conjunto de las sombras del cuadro. Malos eran los efectos de la dominación europea en África mientras duró el espíritu de egoísmo político y económico en los países colonizadores; pero no todos los efectos fueron buenos tampoco cuando cambió el espíritu y se intentó en Europa orientar a los africanos hacia su libertad. Porque buena parte de los esfuerzos que con tan laudable fin se hicieron resultaron poco menos que estériles y perjudiciales a causa de un concepto equivocado de lo que cabía hacer.

Nada simboliza mejor este error ingenuo de las naciones europeas que el empeño inglés de hacer que cada país africano ex inglés tuviera su Parlamento, cada Parlamento su *speaker* y cada *speaker* su peluca. Hace falta carecer por completo de esa cualidad —sin embargo tan inglesa— del sentido del humor, para no soltar el trapo a la vista de un *speaker* negro sudando el quilo bajo una peluca con cuarenta grados de calor. Pero no se trata solo de temperatura. Ese detalle de la peluca es como un chillido de protesta contra todo el plan.

El sistema parlamentario inglés se ha ido formando en virtud de una gestación histórica larga y compleja y debe el ser a fieras actitudes como la de los barones que le arrancan al rey la Carta Magna, y a actitudes abyectas como la de los Parlamentos que salvaron la existencia de la institución revolcándose en la bajeza bajo Enrique VIII; a una guerra civil que culmina en la decapitación del rey Carlos I, y tantos altos y bajos llenos de episodios tan varios y contrarios de donde sale la Cámara de los Comunes de hoy. Qué ingenuidad imaginar que este producto tan inglés como el verbo *to have* sea transplantable así como así a los pueblos que viven en un siglo y en un continente tan distinto.

Cuentan que, durante la primera guerra mundial, un reyezuelo negro, de pronto estratégicamente importante para Inglaterra, fue invitado a Londres a ver a Lloyd George. El gran primer ministro

británico se puso a hacer a su visitante un fogoso elogio de Inglaterra; pero el reyezuelo le atajó. «No hace falta seguir. Yo creo en todo eso. Además llevo sangre inglesa en las venas». Y, ante el asombro de Lloyd George, explicó: «Mi abuelo se comió a un misionero inglés».

Como en tantos cuentos de este tipo, de lo que se trata es de hacer resaltar el abismo que va de un ser a otro ser. Las instituciones no se transplantan. Han de salir del subsuelo nacional y humano. Quienquiera que haya conocido a universitarios africanos educados ya en Oxford o Cambridge, ya en la Sorbona, sabe que el fracaso de estos hombres no se debe o deberá a que les falte agudeza mental, fuerza de pensamiento; sino a que sus ideas, en lo que tienen de vital, que es lo que importa, no son ni pueden ser europeas. El fracaso casi completo de la democracia al que asistimos en África no se debe a «atraso», noción confusa y poco inteligente, corriente en los países que se creen «adelantados» (noción no menos confusa y no más inteligente); se debe, no a que los pueblos africanos vengan detrás por el mismo camino, sino a que no siguen el mismo camino que los europeos.

El problema de la evolución política de los países africanos va pues poco a poco saliendo de las nubes y nieblas de los prejuicios y aun de las buenas intenciones que lo envuelven y rodean. Quizá necesite más antropólogos que políticos o economistas. Por todas partes se ven surgir paradojas y extrañezas que sirven para revelar su complejidad. En África casi no quedan países bajo régimen democrático. El monócrata surge por doquier; a veces militar, a veces civil. Aun en casos como el de Senghor, de indudable intelectualismo francés, subsiste en estos monócratas un elemento mágico o anímico. Se dan, entre ellos (caso Banda, por ejemplo), los que no ven obstáculo alguno para entenderse con la República Sudafricana. Todas estas situaciones anómalas revelan una naturaleza social distinta de, y quizá contraria, a las simplificaciones generosas, pero quizá no del todo realistas, del humanismo liberal abstracto.

Precisamente por ser liberales, que, desde luego, no renunciamos a nuestro liberalismo, venimos obligados a cribar bien nuestras ideas para separar el grano humano y universal de la paja de errores superficiales que pudiera diluirlo y quitarle fuerza.

Procuremos realizar en el África como en todas partes la libertad del hombre y de la nación, y la emancipación de su espíritu y de su economía; pero, precisamente para lograrlas, evitemos confundirlas con instituciones políticas ajenas al modo de ser del país y del pueblo; y busquemos en el suelo y en el subsuelo de su ser continental las raíces de lo que puedan ser mañana sus propias instituciones. No basta la buena intención. Es menester también hacerla fluir por canales naturales que no la malgasten.

Así, pues, el desarrollo político de África plantea en el fondo el mismo problema esencial que el de los demás continentes: cómo asegurar la libertad y el bienestar moral de los hombres y de las naciones en sistemas políticos que se adapten al cañamazo espacio-tiempo de cada pueblo, a su historia, carácter y clima, dejando así lugar a las hondas diferencias de pueblo a pueblo y sin embargo salvando la unidad esencial del espíritu humano y de sus exigencias.

La Universidad

La organización universitaria de España es tema de actualidad desde que se anunció el propósito oficial de crear tres Universidades nuevas; pero el tema está en perenne debate por ser la universidad el cerebro de la nación, de modo que donde no rige la universidad no rige el cerebro. Recuerdo haber recibido hace años, lo menos quince o veinte, una carta de un «espontáneo» que me escribía polemizando conmigo sobre una plática radiada en la que yo tocaba esta tecla. Mi corresponsal se declaraba obrero comunista y me afirmaba que la universidad es un nido de parásitos. Yo le respondí que sin universidad no habría habido Marx, ni siquiera obreros sino solo masa y rebaño de bípedos.

Claro que el tema es demasiado vasto para un artículo; pero aun así es factible aventar alguna que otra de las ideas que sugiere para que grane mejor. Partiremos de que, para todos nosotros, la universidad no puede ser una oficina de diplomas que habiliten al que ostenta uno para entrar en un escalafón, cobrar un sueldo ascendente y retirarse a dormir descansando de su vida de parásito —ya que de ser así quedaría plenamente justificada la opinión de mi corresponsal espontáneo—. Pero, dilucidado así lo que no es la universidad, queda por ver lo que es —o debe ser.

No basta contestar: «Un centro de enseñanza superior», porque es algo más; por ejemplo, también suele ser un centro de investigación. Y esto ya plantea un problema. ¿Convendría separar las dos funciones? A trueque de meterme en un avispero, yo contestaría que sí. He aquí mis razones: Las dos funciones, la docente y la investigadora, se han desarrollado por senderos tan divergentes que ya no las puede atender bien la misma persona. Además, el tipo de inteligencia y aun de temperamento que se requiere para la enseñanza es muy distinto del que hace falta para la investigación. Yo he tenido como profesores en París a dos de los

genios más eminentes de la ciencia europea: Henri Poincaré y Henri Becquerel; y eran dos profesores pésimos; pero recuerdo un profesor de álgebra superior y otro de geometría que no han pasado a la historia como matemáticos, pero que eran geniales como profesores.

Sobre este punto concreto, pues, creo que la solución ideal sería situar los centros de investigación en lugares tales que sus investigadores pudieran fácilmente acudir de cuando en cuando a la universidad para dar cuenta de su labor y estimular a profesores y alumnos. Digo «ideal» porque me doy plena cuenta de que el hueso está en la carestía de gente preparada y, por lo tanto, en la necesidad de que el investigador sea también profesor. Con todo, queda la idea como un indicador del camino.

También debieran ser las universidades —o al menos debieran serlo algunas— centros organizadores de la enseñanza no solo superior sino a todos los niveles. Así sucede en Francia, aunque no bastante. La enseñanza es un todo y la división en tres pisos —elemental, segunda, superior— es tan artificial como la de la historia en tres edades. La universidad debe concebirse como el centro director de toda la enseñanza de la zona sobre la que preside. Esto contribuiría a desburocratizarla y a arraigarla en el país. La universidad, pues, ejercería una especie de dirección y protectorado sobre los institutos y las escuelas primarias, organizaría el personal docente, nombraría sus propios profesores y, con la colaboración de los personales respectivos, también los de los institutos y los maestros, y en general, administraría toda la enseñanza zonal, programas, edificios, laboratorios, libros, bibliotecas, becas, campos de juego.

De esta manera, comienza a dibujarse el concepto zonal de la universidad. Si de lo abstracto y general pasamos a lo concreto y a nuestro país, estimo que nuestras universidades se podrían considerar en dos categorías: las nacionales y las zonales. Ya en una carta al periódico *ABC* propuse que fueran nacionales Salamanca, Madrid y Barcelona; y que se creasen sendas universidades zonales en Alcalá para Castilla la Nueva y en Vic para Cataluña. Si bien citaba también a Gerona o Tarragona para la zona catalana, mi preferencia va a Vic por la misma razón que va a Alcalá; porque estimo que estas universidades zonales deben tener solera y carácter. Igualmente creo excelente la idea de un vasco que escribió

a *ABC* sugiriendo una universidad en Oñate. Hoy estamos en pleno régimen burocrático y mecánico. Las «universidades de provincias» son meros peldaños para que unos funcionarios llamados profesores vayan subiendo los peldaños del escalafón, siempre bizqueando hacia Madrid. Además, por no prestarse el sistema a nada mejor, hay profesores que lo «son» en la universidad pero «están» en otra o en ninguna. El sistema no corresponde a lo que profesa ser. Pocos, y casi siempre preclaros y excelentes, son los profesores que se consideran instalados para siempre en su cátedra de Santiago, de Murcia o de La Laguna, y a ella se consagran. La universidad debe cesar de ser mera pieza de recambio en una máquina nacional de hacer que se enseña, y constituirse en un centro vivo, autónomo y responsable de la zona del país que puede y debe servir. Organizar debiera querer decir hacer orgánico lo que no lo es todavía o bastante. Hay que integrar la universidad en el organismo de la nación.

Pero todos sabemos que España es maravillosamente diversa, de modo que el organismo español se compone de lo menos once o doce miembros vivos, admirablemente articulados por la naturaleza. Lo que hasta aquí, para no prejuzgar, he venido llamando «zonas» son, pues, regiones que la historia y la geografía han desarrollado con carácter propio y sin embargo interdependientes; como el hígado difiere del cerebro y la mano del brazo, y sin embargo mueren si se separan. Al lado de las universidades nacionales —Madrid, Barcelona, Salamanca y quizás algunas más— se situarían las universidades regionales. Añadiré, antes de venir a ellas, que las mismas universidades nacionales podrían aspirar a tomar cada una un matiz distinto. Por ejemplo, la historia impulsaría a la de Salamanca a ser mañana la que fue ayer, una universidad explícitamente católica, donde se profesara y estudiara no solo la teología sino la literatura y las artes católicas y en cuyos pórticos se representaron los autos sacramentales de Calderón y en cuyas naves se ejecutarían las obras de Victoria y de Salinas.

Cada región tiene ya su universidad, que lo es —como el personaje de Moliere hablaba en prosa— sin saberlo. Es menester que lo sepan y que se atengan a las consecuencias. Hay dos extremos que evitar: vivir en el aire abstracto o convertirse en plaza

pública. La universidad debe huir de ambos: consagrarse al estudio de los problemas regionales, pero desde una perspectiva y con una actitud de pura objetividad científica. Así considerada, la universidad futura plantea no pocos problemas de sumo interés.

¿Sería el personal docente, todo él, oriundo de la región? Aquí también convendría huir de los extremos. Habría que conservar un núcleo bastante fuerte, digamos la mitad, de docentes de la región; mientras que los demás vendrían de donde fuere. Como se da por sentado que la universidad los escogería por mérito nada más, iría a buscarlos donde los hallare, y, a mi ver, sin limitarse a los españoles, con tal de que supieran bastante castellano o lengua regional para enseñar su disciplina.

Esto nos lleva de la mano al problema de las lenguas. Espinoso si los hay, es casi imposible discutirlo sin pinchar o pincharse. En España abundan las lenguas, pero las que entran en cuenta para nuestros fines son solo cuatro: el castellano, el catalán, el gallego y el vascuence. Sin dogmatizar, reconociendo que puedo errar y declarándome dispuesto a escuchar, convencerme y rectificar, daré mi opinión. Creo que todo intento de defender las tres lenguas regionales es sano hasta la frontera del sentido común.

Al intentar definir esta frontera, me tocará sortear un avispero. Vamos allá. Comenzaré por lo más fácil. Hay que reconocer la necesidad de una lengua franca para toda la nación, y claro es que solo puede serlo el castellano. Esto es de sentido común; pero no tan acatado como pudiera creerse; porque entre nuestros hermanos los hay más ardorosos que sensatos.

Ahora lo menos fácil. Creo natural que las universidades zonales vean como uno de sus cometidos preferentes el estudio de su idioma vernáculo; pero me parecería error llevar este celo legítimo hasta imponer la lengua en las zonas donde no se habla espontáneamente, sin que por ello se entienda que haya que oponerse a su progreso natural, cuando lo hay. Pienso sobre todo en el vascuence, que lleva siglos retrocediendo hacia el norte. Este retroceso se debe a su carácter arcaico y también a que el castellano es tan vasco como el vascuence, ya que nació en tierras de Álava tanto como de Burgos. Mi reserva sobre este punto es puramente práctica. ¡Hay tanto que aprender! Si encima de todo lo que los chicos alaveses, vizcaínos y navarros han de estudiar tendrían también que dominar una lengua

tan distinta de la nativa perderíamos el tiempo.

Pero, repito, no dogmatizo y si en Álava los padres de los chicos lo desean, por mí que les enseñen el vascuence. Lo esencial es guardar intacto y vivaz el uso de la lengua castellana como lengua franca de todo el país. No es todo campo trillado. Daré un ejemplo. De algún tiempo a esta parte se ha puesto de moda entre catalanes cultos excusarse profusamente de errores que cometen en castellano por no ser su lengua; y aun se me antoja que a veces cometen los errores a sabiendas. A la vista están las raíces psicológicas de esta actitud que, sin llegar a insincera, va más allá de lo que hay, a fin de producir un efecto, lo que se llama en inglés *cant*. Pues bien, lo normal y objetivo es que un español culto, ya sea de Guadalajara, de Sabadell, de Bermeo o de Betanzos, está obligado a hablar el castellano bien y sin vacilaciones ni faltas; de modo que los catalanes (repito cultos) que ponen su vanidad en hablar mal castellano me parece que yerran.

Volviendo ahora al tema central, preguntémonos cómo resolver el problema de las lenguas en la universidad de las regiones bilingües. Comenzaremos, sin embargo, por aclarar la cuestión en cuanto a las nacionales. Claro es que en estas se dará la enseñanza en castellano; pero parece indispensable que en todas ellas existan cátedras bien dotadas de catalán, gallego y vascuence, por muchas razones, pero entre ellas porque sería bueno que cundiese en España, y sobre todo en los funcionarios públicos, el número de personas que conocen otras lenguas españolas además del castellano.

En cuanto a las universidades zonales de las regiones bilingües, también aquí (y van tres) habría que huir de ambos extremos. No dudo que en su día habría voces en Oñate, Vic y aun Compostela para abogar por la exclusiva o el monopolio de la lengua vernácula; y otras en otras ciudades que la prohibirían. Lo razonable en estos casos es dar por normal la enseñanza en la lengua vernácula, y, sin embargo, mantener un buen número de cátedras o cursos, digamos un cuarto o un tercio, en la lengua nacional. Admitida al iniciar este asunto la necesidad de una lengua franca para toda la nación, parece indispensable asegurar el bilingüismo eficaz y culto de los ciudadanos formados en universidades de lengua vernácula.

Por razones tópicas o quizá de transición se habla mucho de

repartir o dispensar facultades. El deseo, el motivo, es laudable; aumentar el número de ciudades estimuladas por una vida estudiantil y culta. Quizás haya que ceder en tal o cual caso. Pero, en principio, la dispersión o descuartización de la universidad en ciudades distintas me parece un grave error. La universidad es una sociedad de gentes dedicadas a cultivar el espíritu, que deben vivir en estrecha convivencia. Por eso, la restauración de colegios mayores merece plácemes en principio y suma atención para que cumplan su cometido. Además, los maestros tanto como los alumnos ganan en la frecuentación de sus colegas de distintas disciplinas; y a veces, se dan progresos y mejoras en la ciencia de uno por la influencia de la conversación de otro que cultive una disciplina muy distinta.

Es error grave imaginar que la clase es lo único que «se da» en una universidad. Si es buena, la clase será lo de menos; la de más será la interinfluencia de clases y facultades distintas; el trato, el mutuo «rodaje» de unos con otros en la convivencia profesional. Ello indica también la ventaja de situar las universidades en lugares no demasiado populosos y con cierto abolengo, estilo, ambiente, solera.

Ánimo, pues, Vic, Oñate, Alcalá de Henares,[1] Santiago. Quizá tengan estas y otras ciudades por delante toda una era de esplendor no solo para ellas mismas sino para sus patrias chicas y para la patria grande.

Con todo, el meollo de toda universidad es la relación profesor-alumno, y aquí es donde nuestra universidad es más floja. La relación profesor-alumno no es buena. Lo primero que observan nuestros jóvenes que vienen a estudiar a una universidad inglesa es la superioridad de esta relación, comparada con lo que sucede en España. Mucho habría que decir. Me limitaré a tres aspectos. Primero el cuantitativo. No creo que la proporción de docentes a estudiantes sea en nuestra universidad inferior de 1 a 50; por aquí suele ser de 1 a 10. Además, por aquí las horas de presencia y trabajo efectivamente exigidas del docente son más que en España. Lo que aumenta todavía en la práctica la densidad docente que registra el papel.

El segundo aspecto es el de la actitud. En España el maestro

posee la función docente y aún la explota. En Inglaterra sirve a su función docente. El maestro está a disposición de los estudiantes y los recibe no solo en cuerpo cuando da la clase sino individualmente cuando desean consejos o explicaciones. El profesor no es un *deus ex machina* que baja del Olimpo, sino un estudiante más hecho que, junto con los otros, sirve el saber común.

Finalmente queda otro aspecto más delicado todavía. El estudiante en España, con una frecuencia abrumadora, no quiere aprender; quiere aprobar. Quiere sacar un diploma que le abra un escalafón, sepa o no. La mayoría de nuestros estudiantes no parecen haberse enterado todavía de que lo que importa es saber y no aprobar. Millones fueron los que en el éxodo y diáspora del 36 se encontraron sin medios de vida porque solo tenían diplomas pero no sabían nada concreto y eficaz. La universidad tiene como cometido enseñar a aprender y permitir al alumno dominar una técnica concreta. Yo los conocí entonces que ingenuamente creían saber el francés, por ejemplo, y que no tardaron en darse cuenta de que saber el francés no consiste en hablarlo con los amigos, sino en poder responder de un texto escrito sin faltas de gramática o sentido. Y así con todo. Por eso, hasta que se suprima de la sociedad española la idea tan arraigada de que el diploma de tal escuela da derecho a tal cosa, no habrá verdadera universidad. El saber tiene que demostrarse a cada paso, y lo que hay que saber cambia cada día. ¡Y creerán ustedes que es cosa fácil hacer una universidad!

El porvenir del socialismo

La orientación izquierdista de la juventud es natural porque la juventud es la edad de la generosidad, virtud que florece con la abundancia de la vida. Decía Goethe que el que es radical después de los cuarenta es tonto. Más razón tendría quien dijera que el que no es socialista en su juventud debe estar enfermo. En nuestro mundo, el socialismo es la fuerza de opinión que aboga por la justicia. No le suelen faltar ni el cuándo ni el qué.

Justicia, libertad y paz son tres vocablos distintos y un solo concepto verdadero. El abordarlo por uno u otro de sus tres lados es cosa de temperamento. Por eso hay socialistas, que lo abordan por la justicia; liberales, que lo abordan por la libertad; y conservadores, que lo abordan por la paz. Si no se extraviaran, se encontrarían en el concepto, que los aguarda en la confluencia de las tres avenidas semánticas; pero suelen extraviarse, sobre todo por presuponer que «el otro» no viene con buena intención.

Y no siempre se equivocan. Si, por hoy, nos atenemos a la avenida de la justicia, hay que distinguir entre socialismo, comunismo y marxismo. El socialismo, el vocablo más general, que incluye a los anarquistas y a los sindicalistas, expresa la actitud más pura. Se trata de una aspiración a la justicia entre las distintas profesiones y clases. El marxismo es ya más complicado. Implica pretensiones científicas a la previsión —profecías que no se han realizado; y un dogma de la guerra de clases que surge de una mala interpretación de la sociología real.

No hay guerra de clases fuera de la que el mito marxista ha fomentado en el corazón de los militantes más fogosos. Lo que hay es tensión entre clases; y la tensión es una de las fuerzas naturales que manifiestan, expresan y administran la vida. Alta tensión en la sangre puede causar la muerte; pero sin tensión no hay vida. Esta tensión entre las clases puede dar lugar a situaciones antagónicas de

tipo bélico si el temperamento de una u otra parte, o de ambas, a ello se presta; pero si por temperamento o por disciplina se administra la tensión entre ambas partes, la vida hallará sus equilibrios dinámicos, y se lograrán simultáneamente la justicia, la libertad y la paz. Tal es, por ejemplo, el caso de Suecia, donde hace una generación entera que no se ha dado una huelga. [2]

Este éxito notable se debe a todo un nudo de circunstancias; en particular, el tamaño, la técnica social y el ambiente. El tamaño —siete millones— permite cierta especialización de la economía y, por lo tanto, cierta simplificación de los problemas. La técnica social consiste en estudiar y resolver los problemas antes de que se planteen como conflictos; lo que se hace por reuniones anuales de representantes obreros y patronales, que en discusión objetiva fijan las condiciones del trabajo para el año siguiente. Y en cuanto al ambiente, prefiero pintarlo con dos anécdotas.

Hace unos treinta años —ya llevaban los socialistas más de cinco en el poder—, durante uno de mis viajes a Estocolmo, el presidente del Consejo, Sander, que era amigo mío, organizó en su casa un almuerzo para que conociera a sus colegas y me familiarizara con sus problemas. De los diez comensales, salvo dos liberales, un sueco y yo, todos eran socialistas. Describió cada cual los progresos que se hacían en su departamento, y con tal sencillez y modestia que inspiraban todos confianza; y ya cerca de los postres, pregunté: «Bueno. ¿Pero ustedes son marxistas?». La respuesta fue una carcajada general.

Eran socialistas, es decir hombres animados de un activo sentido social, o del bien común, y la doctrina no les interesaba nada. Aquí viene bien mi segunda anécdota. Pregunté a mi vecino de mesa: «Ya sé que, oficial y teóricamente, son ustedes luteranos. Pero en la realidad de verdad, ¿qué religión tienen?». Y me contestó: «Nosotros no necesitamos religión. Tenemos la cooperativa».

No aduzco estos recuerdos ni para elogiar ni para criticar a los suecos: sino para ilustrar con ejemplos vivos que no hay que acercarse a las cosas de la vida social con un criterio rígido y doctrinal. Cada cual tiene su modo de vivir el socialismo.

Transformado por Lenin en tiranía política que Stalin desbocó hacia la vesania, el marxismo ha degenerado en un comunismo que ya no cabe considerar como digno de ninguna persona normal, y

menos, de la juventud. La historia interior y exterior de la Unión Soviética es tan desvergonzada de motivos, sangrienta de crímenes, boba de consignas, descabellada de órdenes, caótica de contradicciones, inhumana de trato, que solo pueden tragársela o jóvenes incautos sin madurez o seres anormales trabajados por algún resentimiento, complejo de inferioridad o torcimiento secreto. Sería injusto colgarle a Marx tamaña degeneración de su doctrina, ya que el marxismo es cosa de la que cabe diferir pero que no cabe despreciar.

Por muy socialista que fuera, Marx era un espíritu liberal, y aun puede ser que si su cerebro era socialista ello se debía precisamente a que su corazón era liberal. De aquí, dicho sea de paso, su pertinaz rusofobia, que no era, como se suele decir, mera oposición a la tiranía zarista, sino franca detestación de todo el mundo eslavo menos Polonia. No exageraría ni hilaría ilusiones, antes daría en el clavo, quien afirmara que hoy Marx vería en los comunistas rusos herederos, no suyos, sino del zar. Vale pues más eliminar al comunismo de todo debate sobre el socialismo; tanto más por haber probado ya hasta la saciedad en medio siglo de existencia que no es capaz de igualar el liberalismo en economía y que no se atreve a enfrentarse con el liberalismo en una discusión libre. Basta el caso de Checoslovaquia para probar ambos asertos. País económicamente mucho más avanzado que Rusia en 1944, vegeta hoy como país tan rezagado como Rusia desde que cayó bajo el dominio de la Unión Soviética; y en cuanto apuntó en su seno un anhelo de libre discusión, la ocupó Rusia para imponerle la censura.

Volvamos pues al socialismo de verdad. Todavía nos quedará que distinguir entre el movimiento en sí, como un anhelo de justicia y humanidad y las formas positivas que toma al proyectarse sobre la realidad. Distinción a su vez doble: por un lado, se da un hiato entre el movimiento generoso del corazón que aspira a una sociedad perfecta y las disposiciones del ánimo que condicionan su aplicación; y por otro lado, se acusa un hiato paralelo entre el fin del socialismo, que es la justicia, y las instituciones, medidas y soluciones prácticas que propone, y que pueden estar más o menos bien concebidas para lograr este fin.

En cuanto al primero nos hallaremos, ante todo, frente a la psicología nacional. No basta pensar y sentir como socialista. Hay

que serlo. Y esto es ya más difícil. Yo conocí en mis juventudes a un ardiente liberal, partidario acérrimo de la libertad de la mujer y de su igualdad con el hombre; pero se casó con una rusa muy guapa, y al pobre, por más que hizo, no le fue posible eliminar la proporción de sangre mora que sin duda llevaba en las venas. Perdía la serenidad si un tercero, por amigo que fuera, se sentaba al lado de ella. Se la llevó a provincias y la encerró en un segundo piso condenándola a vida de harén. A poco desapareció y le escribió desde Móscova despidiéndose para siempre.

Una cosa es predicar y otra cosa dar el trigo. Para que las instituciones, socialistas u otras, funcionen, es menester que los seres que las forman las hagan vivir, doblegando su espíritu individual al colectivo. Quiere ello decir que el socialismo solo dará buenos resultados en países bastante gregarios para que en ellos domine el ser colectivo sobre el individual. Por lo tanto, lo que sirve en Suecia o en Holanda podrá fracasar en España o en Grecia.

Pasamos así al otro hiato, el que separa la teoría política del socialismo de las instituciones, reglas y prácticas que necesita su aplicación. Aquí también prescindiremos del comunismo, puesto que solo ha dado de sí un socialismo de Estado, centralizado, burocrático e incapaz. Queda que cada país libre va acercándose como puede al ideal socialista de justicia, según sus circunstancias históricas y su carácter nacional. En nuestro país, por ejemplo, se observa cierta tendencia a la nacionalización de grandes empresas y de bancos.

No la creo acertada. Nuestro carácter nacional no es bastante gregario, y nuestro sentido social no parece suficiente. Lo peor de España es la burocracia y la centralización. Lo mejor es la gente y la dispersión. Tomando ahora el vocablo «socialista» en el sentido concreto que lleva en la política española, diría que el porvenir de España está en huir del socialismo refugiándose en el sindicalismo. El modelo de la organización industrial de España no debe ser la RENFE, sino entidades como la que administra los transportes urbanos de Valencia: sindicalismo puro.

Todavía no nos damos cuenta clara de los desastres que nos aguardan por haber adoptado tantos países el sistema británico del Estado asistencial o «Welfare State». Este monstruo burocrático no amenaza solo con arruinar financieramente a todos los países que lo

han adoptado. Su ponzoña es mucho más grave. Está creando unas masas humanas sin sentido de la responsabilidad personal de su propio destino, ausentes de sus propios éxitos, indiferentes a sus propios fracasos; gentes que viven como los caballos, siempre seguros del pienso. La salvación está en el sindicalismo. Que cada industria tenga su sindicato y que el sindicato administre la asistencia social de los suyos. Dispersar el poder para responsabilizar a cada institución y a cada individuo.

Vaya pues cada pueblo hacia una sociedad justa —o menos injusta— por el camino que le abre su propio carácter nacional. Pero, entre tanto, está ocurriendo una revolución tecnológica que hubiera encantado a Marx como crítico aunque sorprendiéndole como profeta. Porque Marx, como es sabido, insistió, de modo muy especial, sobre la índole determinante de la técnica en la economía y por lo tanto en la vida de las sociedades; y hoy nos hallamos en los comienzos de una revolución industrial determinada por la técnica de los ordenadores.

Este fenómeno ha sido objeto de un libro que todo el mundo debiera leer: «El desafío americano». No conozco a su autor, Jean-Jacques Servan-Schreiber, más que de oídas, ni tengo con él otro lazo que el de salir ambos de la Escuela Politécnica. Puedo pues declarar con entera objetividad que se trata de un informe inteligente, concreto y exacto sobre la revolución industrial de nuestro siglo, que va a abrir la era posindustrial.

Esta revolución la están haciendo los Estados Unidos. Para mucha gente, quizá los más, aun entre los mismos yanquis, los Estados Unidos son el país del capitalismo, es decir, del liberalismo económico sin límites ni reservas. No hay tal cosa, ni la puede haber en un mundo tan complejo y tupido como el nuestro. El observador atento y objetivo se da pronto cuenta de que, sin teorizar ni filosofar, por la mera presión de la experiencia, los Estados Unidos han ido a pasar sin darse cuenta a un sistema de difícil clasificación precisamente por su novedad; que podría definirse como una orquestación de las iniciativas privadas bajo la batuta del Estado. Esta evolución no soñada por Marx obedece, sin embargo, a una de las leyes no precisamente descubiertas pero sí

formuladas por Marx; ya que se deriva del descubrimiento de una herramienta prodigiosa, que es el ordenador. Este aparato, que en diez años ha hecho asombrosos progresos y los permite augurar aún más asombrosos, multiplica de tal manera los poderes humanos que necesita para ejercerlos ensanchar también el ámbito de las actividades y creaciones de la industria. Reduce la mano de obra pero necesita enormes capitales. La mera asociación de grandes casas industriales ya no basta; y es menester apelar al Estado. De este modo se abren tres vastas perspectivas, que están transformando la vida industrial de los Estados Unidos de un modo revolucionario.

La ley de esta evolución revolucionaria no es el dólar, ni el imperialismo, ni ninguna de esas monsergas que se chillan para dispensarse de pensar: es la inteligencia pragmática. Se trata de reclutar inteligencias y de tenerlas en estado permanente de instrucción; porque las invenciones y las nuevas ideas surgen todos los días, y aun los más sabios tienen que volver a la escuela de cuando en cuando para no quedarse atrás. El secreto está en aplicar hoy lo que ayer se inventó y en estudiar hoy lo que se puede inventar mañana, para lo cual tanto el Estado como las casas industriales dedican ingentes sumas a la investigación.

Este es el camino que lleva a los Estados Unidos a una situación económica privilegiada que pronto reducirá el trabajo personal a menos de la mitad de los días del año, aumentando los salarios hasta los linderos de la riqueza. Así, ante estas perspectivas, comunismo, socialismo, lucha de clases, pobreza comienzan a tomar el aspecto de antiguallas históricas. En esta perspectiva de prosperidad, es de suponer que la lacra yanqui, el problema negro, terminará por absorberse. Pero dejemos al porvenir que haga lo suyo. Para nosotros, hoy, lo que importa es fijar dos consideraciones de peso: una es que las dimensiones de las tres grandes industrias futuras —el aire, el espacio y el cálculo electrónico— requieren la integración de Europa si nuestro continente no va a quedar francamente rezagado y en forma de un polvo de colonias económicas de los Estados Unidos, colonización que en ningún modo se debería a imperialismo americano, a ambición de poder o a cualquier otra actitud subjetiva de aquel país, sino sencillamente a la circunstancia perfectamente objetiva y aun ineludible del paso de

los Estados Unidos a una era nueva de creación económica que implica necesariamente grandes agrupaciones de tamaño continental; y la otra consideración es que, en el mundo nuevo, el verdadero socialismo de esencia y fondo no ha menester ya del socialismo ideológico y formal, porque para crear la justicia se le abren avenidas nuevas mucho más amplias.

Las regiones

En 1899 estudiaba yo quinto de bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros. Nuestro profesor de Historia Natural era un anciano de ideas originales que había concebido delegar la administración de la clase en dos alumnos. Él daba sus lecciones, pero la disciplina y las preguntas a los alumnos y demás deberes de su cargo se los llevaban dos compañeros nuestros. Aunque yo dediqué casi todo aquel curso a leer novelas francesas, recuerdo perfectamente a aquellos dos viceprofesores. Uno de ellos se llamaba Dantin Cereceda. Andando el tiempo, este Dantin Cereceda escribió un excelente libro llamado «Las regiones naturales de España». Fue, según creo, el primero en llamar la atención sobre la importancia del suelo y subsuelo, el clima, la fauna y la flora en el concepto de región, quizás hasta entonces orientado en demasía hacia lo histórico, lo lingüístico y eso que se llama lo racial (y que a mí siempre me suena a cosa de perros). Hoy ya se hila más delgado en todas partes; y el auge que se observa en el regionalismo se nutre de elementos geoeconómicos tanto como de los aportes históricos y políticos que han solido monopolizarlo.

El regionalismo está hoy a la moda en toda Europa. El de Alemania pudiera muy bien ser mera transacción entre los que al caer Hitler querían despedazar a Alemania y los que se oponían a solución tan bárbara y elemental del peligro nacionalista teutónico. Pero no cabe duda de que el federalismo alemán reposa sobre un regionalismo natural, geográfico, histórico y político.

Algo por el estilo cabe decir de Italia, cuya historia como nación unificada, más bien que una, es tan reciente. La constitución vigente da cabida a una autonomía regional relativamente avanzada; pero se da el caso de que la regionalización efectiva no adelanta; y ello se debe a que hay regiones —Toscana, Umbría y Romagna, por ejemplo— donde la autoridad regional sería comunista.

Pero el triunfo más notable del regionalismo se hallará en Francia y en Inglaterra. Estos dos países han sido siempre los más unitarios de Europa. A pesar de ser tan variados como España, han unificado sus instituciones con mucho más vigor, si se exceptúa la sobrevivencia del derecho y del sistema judicial escocés. Cuando ya hace años publiqué sendas ediciones francesa e inglesa de mi «De la angustia a la libertad», donde abogaba por una autonomía regional en uno y otro país, la idea era todavía muy remota para ambas opiniones públicas. Hoy ha progresado mucho, dicho sea sin vanidad, pues apenas si me toca nada en ello.

¿A qué se debe este cambio? La respuesta exigiría un libro entero, porque el movimiento regionalista actual está repleto de causas, contracausas, colores y matices. Apenas si cabe referirse aquí a los más importantes de estos aspectos. El primero entre ellos es sin duda el mero crecimiento de la vida colectiva en intensidad, velocidad y momento. Se vive más. Se produce más. Se viaja más. Se legisla más. El Estado se mete en todo y gasta mil o diez mil veces más que hace medio siglo. La burocracia es gigantesca. La información es enorme. La legislación es abrumadora. Las cámaras no dan abasto; y los gobernantes no respiran. Algo hay que hacer. La respuesta evidente es la descentralización.

En sentido inverso, las unidades administrativas locales, otrora ajustadas a la diligencia y al caballo, resultan chicas para el ferrocarril, el automóvil, el avión, el teléfono, el telégrafo, la radio y la televisión. Se siente la necesidad de agrupaciones mayores que los condados ingleses y sobre todo esos absurdos departamentos franceses que a su vez inspiraron las no menos absurdas provincias españolas. Sobre el diseño nuevo podrán articularse economías locales prósperas y bastante potentes.

Así, pues, vienen a actuar en el campo de fuerzas de la vida colectiva moderna dos factores antagonistas que se complementan: la descentralización, que busca subcentros a los que delegar parte de la administración central; y la agrupación de las provincias, que busca epicentros donde concentrar actividades locales demasiado dispersas. Una y otra fuerza se orientan naturalmente hacia la región.

Esta idea de región es natural y es histórica. Natural, porque suele tener por cauce o cuenca un territorio más o menos bien

definido por la geografía; histórica, porque al cabo de los años, los hombres han logrado verter y como colar en el molde de la geografía una forma humana de perfil y color definido. La creación histórico-geográfica del pasado viene así a ofrecerse a la demanda o necesidad de la vida político-económica presente. Así surge en la sociología moderna el regionalismo político aun en países tan monolíticos y unitarios como las tres naciones más viejas de Europa: Inglaterra, Francia y España.

Esta evolución, a su vez, se compone (en el sentido mecánico-racional de la palabra) con la que tiende a aunar a las naciones europeas en una Europa federada, evolución indispensable si nuestro continente no ha de caer al nivel de dos imperios coloniales, de Rusia uno y de los Estados Unidos el otro. Así se dibuja una evolución doble que tiende a descongestionar a los Estados hoy apopléticos de poder, que delegarían no pocas de sus funciones por un lado en la Federación europea, por otro en las regiones de la nación. De este modo se iría diseñando una estructura continental en la que el Estado nacional, hoy absoluto y omnipotente, quedaría reducido a ser uno de tantos niveles en la federación de federaciones, escalonada entre Europa y sus municipios.

A lo más que pueden aspirar las libertades regionales de Francia es a una leve desconcentración de poderes centrales en pro de la región, compensada por una concentración de poderes departamentales y municipales en pro de la región misma; a no ser que las fuerzas locales exijan más, cosa que queda por ver.

El obstáculo más formidable en el camino de esta evolución es sin duda el Estado francés. En este aspecto el general De Gaulle es la reencarnación de Napoleón, Luis XIV, Richelieu, Enrique IV, Francisco I y Luis XI. Los movimientos regionalistas que el Estado francés actual permite y los planes de reforma que inspira responden, no obstante su forma regionalista, a ese espíritu centralista que destruyó las libertades de todos los países componentes de Francia, desde Bretaña a Navarra, y que hizo a los catalanes volver a Madrid en busca hasta del Conde-Duque de Olivares, huyendo del centralismo francés.

En la Gran Bretaña el problema es más complejo, por existir dos países con tradición más nacional que regional, como son Gales y Escocia. Son casos muy distintos; Gales con vida lingüística y cultural más neta y separada, Escocia con vida política e institucional más vigorosa. En ambos se da un potente regionalismo con flecos separatistas. Es muy de observar que las veleidades localistas y aun separatistas de estos dos países sean de fecha tan reciente y crezcan con tanta rapidez; porque así se confirmaría la tesis que ya apunté hace años al analizar los separatismos españoles, que el extremismo en estas cosas viene de la ley muy humana que expresa nuestro refrán: «Donde no hay harina todo es mohína». Hasta que se perdió Cuba, las sardanas no tomaron sonoridades estridentes. Hasta que la Gran Bretaña cesó de ser gran potencia no hubo separatismo ni en Escocia ni en Gales.

El galés es una lengua de la familia del irlandés y del bretón; «el» escocés no existe. Hay escoceses que hablan gaélico, pariente del irlandés, y los hay que hablan una variedad dialéctica del inglés. Este es un caso interesante en apoyo de los que alegamos que no se debe ni puede fundar la etnia sobre el lenguaje. Los negros de los Estados Unidos hablan inglés y los de Cuba español; y de cada cuatro vascos, dos o tres no saben vascuence, aparte de que el castellano nació entre vascos. Los valencianos hablan catalán pero no son catalanes y los argentinos hablan castellano y no son españoles. No se puede fundar la etnia sobre la lengua sin hacer trampa con la baraja semántica.

Esta es una cuestión más grave de lo que parece. Si el general De Gaulle se cree autorizado para gritar: «Vive Quebec Ubre», el doctor Kiesinger podría gritar: «Es lebe das freie Elsass», y la reina de Inglaterra: «Long live free Brittany»; y toda Europa se descuajaringaría, quedándose cortada en tajadas para las quijadas del oso rojo. Lo único serio y digno de una Europa inteligente es la combinación de la federación continental de naciones con la federación nacional de regiones. Y aun así habría que vigilar estrechamente a las regiones para que, una vez autónomas, no se pusieran a centralizar dentro después de haber descentralizado fuera. Esto es mucho menos paradójico de lo que parece. El descentralizador puede darse en dos tipos distintos y aun contrarios: el liberal, que busca la repartición máxima y lógica del poder en

todos los niveles, de modo que logrado el poder en el nivel regional buscará cómo distribuirlo lo más que se pueda en el municipal; y el absolutista, que habrá regionalizado el poder por hallarse al nivel que recibe, pero que se negará a seguir descentralizando cuando se trate de desprenderse de lo que ha conquistado. Sucede a veces que el regionalista hacia fuera, una vez victorioso, se vuelve centralista dentro de la región. Porque de lo que se trata es de mandar.

En el auge moderno del regionalismo hallamos, pues, como es natural, un problema de equilibrio de fuerzas, de no muy fácil solución. Por un lado la fuerza central descendente; por el otro las fuerzas locales ascendentes. La razón y la sabiduría aconsejan un equilibrio natural en el que cada institución, en cada nivel, goce los poderes que le son necesarios para cumplir su cometido. Así los municipios tendrían plena autoridad, poderes y fondos para dirigir y administrar la vida municipal; y *mutatis mutandis* la comarca, la región, la nación, la federación europea.

Pero esta construcción racional y razonable no agrada a todos. En Francia, por ejemplo, a lo que se va es a una reagrupación de los espacios vitales económicos, sin merma alguna del poder central, de modo que los organismos regionales quedan reducidos a una función meramente consultiva. Esta manera de regionalizar se queda en la mera tecnocracia. De seguro creará dificultades en Francia y desde luego no servirá ni para España ni para la Gran Bretaña.

En la Gran Bretaña, el problema se podría afrontar a la francesa en la Inglaterra propiamente dicha, pero de ningún modo en Gales o en Escocia. Y aun en la misma Inglaterra, lo que queda del vigor tradicional del *self-government*, esa admirable aptitud del inglés para el bien común, no consentiría quedar reducido a un papel consultivo. Ya se habla de constituir regiones que descentralicen los poderes ejecutivo y legislativo en el país inglés. Estas regiones recibirán sin duda parlamentos locales.

Pero donde será indispensable organizarlos —y quizá con más poderes— es en Gales y en Escocia; porque se trata de dos países con personalidad acusada que hasta cierto punto recuerdan el galés al país vasco y Escocia a Cataluña. En estos dos casos, la historia viene a reforzar la geografía; y a veces se llega al extremismo

separatista.

El separatismo, claro está, es un disparate. Pero la tendencia a disparatar es muy humana; y tanto en Escocia como en el País de Gales, se pueden observar síntomas que no dejan de inquietar a los tres partidos. Esta inquietud ha sido fecunda, porque ha obligado a los partidos a ocuparse del tema regional de modo más serio y continuo que antaño y está consiguiendo resquebrajar el fuerte unitarismo centralista de los ingleses. Es, pues, probable que, en cuanto se disipen los nubarrones económicos y financieros que oscurecen el horizonte inglés, el tema del regionalismo entre en una etapa activa. No dejará de contribuir a ello el éxito, al parecer seguro, de los partidos nacionalistas galés y escocés en las elecciones de 1970, o cuando sean. [3]

Esta reactivación del problema regionalista en la Gran Bretaña es muy de celebrar, porque el tema es complejo y delicado, y siempre será beneficioso para todas las naciones europeas observar cómo lo aborda y resuelve una nación que, pese a sus errores actuales, tiene en su abono una larga carrera de sabiduría política.

La anarquía sindical inglesa

El partido laborista inglés descansa sobre la Unión Sindical (TUC) como una de las dos columnas de su poderío, siendo la otra lo que llaman «los distritos», o sea la opinión no sindicada más o menos de izquierda, más o menos socialista. La situación se explica ante todo por la anarquía que reina en el mundo sindical inglés.

Esta anarquía se debe al empirismo del pueblo británico, rasgo sobre todo inglés, ya que tanto galeses como escoceses tienden más al dogmatismo, y lo que de empírico les queda, a los ingleses se lo deben. Por esta causa, el sindicalismo de este país se ha ido desarrollando de un modo peculiar y hasta paradójico —ya que en buena lógica y objetividad hay que considerarlo como una forma del liberalismo, y aun del liberalismo capitalista más anticuado, el del siglo XIX que explica y casi justifica las diatribas de Marx.

Podrían imaginarse dos especies de sindicatos, según se coloque la clase obrera que los compone en postura de guerra de clases o en postura de tensión de clases. En el primer caso, el sindicato tendrá solo por táctica la mejora de los intereses de sus socios; pero su estrategia será hacer fracasar el sistema capitalista para, en su lugar, imponer el socialismo. Esta es la postura de los sindicatos franceses e italianos dominados por el comunismo, aunque no precisamente la de los de otras obediencias que se dan también en estos dos países.

En el segundo caso, los sindicatos optan por una interpretación distinta de la sociedad actual, la de nuestros días. En nuestra sociedad, las clases no viven en guerra a muerte sino en tensión de vida. En un motor, el émbolo está en constante oposición con el vapor o el gas en explosión que lo empuja y vuelve a empujar mil veces por minuto; pero esta oposición es fecunda y creadora de energía. En la clase obrera alemana o sueca, esta es la actitud que prevalece; por lo cual, los sindicatos velan por una justa y adecuada

distribución de los rendimientos de la industria entre propietarios y obreros, pero se guardan muy bien de poner en peligro como institución la empresa de que forman parte.

Para esta manera de concebir nuestra sociedad, el sindicato será, pues, ante todo una institución de empresa, con tendencia a federarse en una institución de industria. Los obreros del metal, los de la edificación, los del ferrocarril se organizarán en sendos sindicatos que defenderán sus intereses dentro de la armazón de su industria, y esta es la doble perspectiva de la misma industria en el plano internacional, y en el conjunto de todas las industrias en el plano nacional. Ello implica, en general, la eliminación del sindicato de oficio. El carpintero, el fontanero pertenecerá al sindicato de la industria en que sirve —ferrocarril o naviera— y pasará de un sindicato a otro si cambia de industria.

Sobre esta base, cabe concebir una industria nacional organizada racionalmente, que logre vivir en paz y prosperidad, mediante acuerdos anuales a base especial primero, nacional después. La historia económica de Alemania, de Suecia, de Suiza, lo prueba de modo convincente. El vigor de la economía alemana, país vencido, tan paradójicamente superior al de Inglaterra, país vencedor, no reconoce causa más fuerte; porque sí se invoca que el país vencido tuvo que rehacer su equipo industrial y el vencedor se quedó atrasado, pero este argumento, confuso en teoría, no es muy exacto en la práctica, porque la renovación del equipo industrial inglés ha sido admirable. Lo que hay es que el patrono alemán puede asegurar que entregará la mercancía en la fecha convenida, y el inglés no. ¿Por qué? Por el caos que reina en los sindicatos.

No hay nada más difícil de describir que el caos. Al describirlo, ya se le impone un mínimo de orden que en la práctica no tiene. El sindicato inglés es un hijo natural (si no ilegítimo) de la casualidad y el oportunismo. Ni es de oficio ni es de industria. Ni es de tensión de clases ni es de guerra de clases. Es algo instintivo y atávico, que se mueve a impulsos de la tradición familiar, y recuerda los abuelos que sufrían hambre de paro forzoso, y enfermedad de hogar escuálido en los tiempos del capitalismo desenfrenado. Este temor ancestral, hoy transfigurado en desconfianza y rencor, hace de los sindicatos ingleses ejércitos cívicos en guerra permanente. Guerra contra todo, y contra todos. Contra los patronos en primer lugar.

Pero contra el público también. Y hasta contra los sindicatos rivales.

Raro es el sindicato de industria —el de los mineros, por ejemplo— que no es un potentado dueño de grandes capitales; y se da el caso de sindicatos que recurren a especialistas del capitalismo para colocar su ingente capital en inversiones fructuosas; y que poseen propiedades de recreo para sus socios en países de buen clima, como Italia. Pero el sindicato inglés más típico es el enorme consorcio de obreros de numerosos oficios coaligados en común, como el de los Obreros generales y Municipales o el Sindicato General y del Transporte que reúnen cientos de miles de obreros y tienen que ver con centenares de empresas —cosa de lo más caótico que cabe imaginar.

En ciertas industrias, como la naviera, Inglaterra no hace más que perder terreno porque mientras sus ingenieros y técnicos son cada vez más brillantes, sus obreros son cada vez más díscolos. Se da además el caso de que, en esta industria, florecen los sindicatos rivales, que luchan por reclutar a sus adherentes y aun robárselos, si el oficio es idéntico; o por hacer valer sus derechos a tal o cual labor concreta de la construcción, que si tal mueble armario empotrado en la pared lo va a hacer el ebanista o el decorador, y si tal tornillo lo va a colocar el metalúrgico o el calderero. Por estas guerras no de clase contra el patrono sino dentro de la clase, entre obreros, se han declarado huelgas que han costado millones a la industria y al país.

Pero aún hay más, y de esto se trata precisamente en el conflicto que hoy separa al Gobierno laborista de los sindicatos que lo apoyan con su cuota —pues todo obrero paga automáticamente con su suscripción al sindicato otra para el partido laborista—. El conflicto nace de que el Gobierno aspira a someter a los sindicatos a la ley, a lo más elemental de las leyes: la que exige el cumplimiento de los contratos, el voto secreto de las huelgas, y la sanción legal de la violación de los acuerdos con los patronos; mientras que los sindicatos pretenden que no se les obligue a votar por sufragio secreto antes de declarar la huelga, ni a responder de las consecuencias dolosas para la empresa que puedan resultar de una ruptura de contrato colectivo.

Es evidente que este cuadro no sugiere una actitud de colaboración por oposición, como la del émbolo y la mezcla

explosiva, porque hay empresas que tienen que habérselas con treinta o más sindicatos y hay sindicatos que arrebañan a treinta o cuarenta oficios incoherentes. Es también evidente que no corresponde a ningún espíritu marxista o socialista, porque se dan huelgas por rivalidades entre sindicatos, huelgas ante las cuales las empresas se tienen que cruzar de brazos y aguardar con paciencia a que se avengan las tribus en que se dividen sus obreros. Entonces, ¿qué espíritu anima a la inmensa mayoría de estos obreros ingleses?

El espíritu de lucro; y no otro. Sobre esto no cabe duda; y si no se suele decir con tanta claridad es porque vivimos en una era de gran hipocresía política. Cuando en las costumbres caen las hojas de parra y hasta las hay que se olvidan de ponerse el bikini, en la política cada vez se atreve menos la gente a llamar las cosas por su nombre natural. No existe la menor diferencia entre dos casas comerciales que se disputan los clientes y dos sindicatos del mismo oficio o de la misma industria que se disputan los operarios. El abuso de monopolio que hacen algunas industrias privilegiadas no difiere en nada del abuso del monopolio que hacen ciertos sindicatos —salvo quizás en la moderación de las primeras—. Porque se han visto —y con frecuencia— huelgas que han acarreado graves molestias y perjuicios al público por conquistar ventajas materiales a obreros va bastante bien pagados. Sin embargo, no deja de darse también cierta rebeldía irresponsable que en parte se debe a la prosperidad. En el momento en que esto escribo se declara una huelga en toda una fábrica, con pérdida de bastante exportación, porque a un aprendiz que viene al taller de pelo largo y se niega a cortárselo le ha sido negado el acceso a los talleres mientras no se lo corte al largo que exigen la higiene y la seguridad, dejándole con paga entera y sin trabajar.

Prevalece hoy entre la clase obrera inglesa un espíritu de indisciplina y anarquía que pretende sustraerla a toda responsabilidad no ya industrial sino civil. Un sindicato firma un acuerdo con su industria. Al poco tiempo, se dan huelgas «inoficiales» provocadas por agitadores casi siempre comunistas. [4] Estas huelgas violan descaradamente el acuerdo. Los responsables del sindicato que lo firmaron se declaran incapaces de imponer su autoridad. Las pérdidas ocasionadas a la empresa, a otras empresas nacionales o extranjeras, y al país, son enormes. Pero el sindicato

no responde ni de un céntimo del daño de que es causante. Y cuando el Gobierno aspira a introducir orden y derecho en esta manigua, los sindicatos se quejan de la opresión.

Esta es la realidad de verdad. La historia y la sicología nos advierten que Inglaterra está pagando hoy las iniquidades que bajo el primer liberalismo cometieron los primeros capitalistas ingleses modernos con su clase obrera. Y esto es tan verdad que, de olvidarlo, la Inglaterra de hoy parecería más bien un manicomio. Pero de entonces acá ha pasado mucha agua bajo los puentes del Támesis; y parece que la clase obrera inglesa no arriesgaría nada y ganaría mucho con reorganizar su sistema sindical en forma que permitiera el funcionamiento normal, pacífico y orgánico de la industria al estilo sueco o alemán.

Pero aquí surge otro problema: el de las personas. La colectividad inglesa suele ser modelo de objetividad y, a fuerza de vigilarse y criticarse a sí misma, consigue en muy alto grado eliminar o al menos reducir el factor personal en el planteo de los problemas públicos. Pero algo queda; y quizá más en la clase obrera. Ya se comprende el poder que acumula un hombre que lleva en su mano el voto acumulado de cientos de miles de obreros. Los jefes de estas uniones monstruosas, no solo por su masa humana sino por la incoherencia de los oficios que acumula, saben no solo que en un congreso obrero pueden dominar, si no los debates, al menos las decisiones, sino que está en su mano hacer la paz o la guerra en centenares de industrias y en casi todos los servicios del Estado. Esta situación de que gozan los secretarios generales de los grandes sindicatos híbridos explica la resistencia que «la clase obrera» opone a la política de Wilson sobre el estatuto jurídico del sindicalismo inglés.

Pero no hay que hacerse ilusiones sobre la situación. Los jefes potentes de este sindicalismo no son apóstoles del marxismo en busca de una sociedad mejor: ni (salvo pocas excepciones) comunistas a caza de la sociedad capitalista en sí; ni menos estadistas del obrerismo trazando en oposición cooperativa con los patronos una construcción orgánica de la industria. Son empresarios que venden trabajo al precio más alto que pueden alcanzar caiga quien caiga, es decir, al estilo capitalista de hace cien años. Y la tarea de los Gobiernos ingleses de Inglaterra será no solo obligarlos

a entrar en el derecho común —a lo que se niegan— sino reformar su estructura incorporándolos en una industria orgánica.

Sobre Hamlet

Muy especialmente me ha interesado el artículo sobre este tema publicado por Ángel Zúñiga en *Destino* el 7 de junio de 1969. Parece que este misterioso y, sin embargo, claro personaje de Shakespeare ha encontrado al fin su intérprete ideal en el joven actor Nicol Williamson. Si me permito volver sobre el asunto tan vigorosamente tratado ya por el autor del artículo, es porque tengo algo que aportar a la discusión. No en vano inicio este mi artículo diciendo que el de Zúñiga me ha interesado muy especialmente.

Citaré primero a Zúñiga: «Nicol Williamson se atrevía a romper con las tradiciones de los últimos setenta años para situarse tal vez más cerca de sus fuentes originales. La crítica ramplona y a menudo ignorante, las ratas académicas de biblioteca, los eruditos a la violeta, también, copiándose las ideas unos a otros, habían hecho de Hamlet un eunuco intelectual, hermafrodita carcomido por la duda, atravesando la escena como otro fantasma más, sin nervios, ni sangre, ni vida… Era un Hamlet tan nuevo y original… La interpretación de Nicol Williamson es de tal luminosa vitalidad, tan varonil y voluminosamente humana, que Hamlet vuelve a ser un hombre».

Pues bien, todo esto habrá de verse a la luz de un libro publicado en Londres en 1948, reimpreso en Londres en 1964, y que se titula «On Hamlet»; cuyo autor es el de este artículo. Este libro, traducido por el autor al español, figura como introducción a mi traducción del «Hamlet» de Shakespeare, publicada por la Editorial Sudamericana en Buenos Aires en 1949, y por la Editorial Hermes en México en 1955. En este ensayo, rompiendo con la tradición, no de setenta sino de ciento cincuenta años, presenté a la opinión literaria inglesa un Hatnlet totalmente nuevo.

Los rasgos esenciales de este Hamlet, que creo haber sido el de

Shakespeare, son: su virilidad, hombría y empuje como hombre de acción; su prontitud para decidirse no solo con vigor, sino con brutalidad (como se ve, entre otros casos, en su modo de despachar a la muerte a sus dos compañeros Rosencrantz y Guildenstern); su carencia de delicadeza verbal y su tendencia al lenguaje fuerte y aun obsceno para con todos (salvo el rey); su indiferencia para con la vida de los demás; su egotismo que hace de la obra un monólogo apenas interrumpido por lo que los otros dicen; la contextura burda de sus sentimientos, como se echa de ver en su trato cínico e inhumano para con el cadáver de Polonio; su rudeza y violencia para con Ofelia a quien le dice: «¡Vete a un burdel!» (que eso quería decir en Inglaterra entonces «vete a un convento»), y otros rasgos más que despojan al Hamlet tradicional de la exquisitez introspectiva e intelectualista de que le habían disfrazado los románticos.

No es cosa para un artículo de *Destino* el demostrar cada una de estas nuevas perspectivas con el análisis y la documentación que el curioso lector hallará en mi libro; pero, con lo dicho basta para probar que ya en 1948, cuando Williamson tenía nueve años, la opinión literaria inglesa disponía ya de un Hamlet nuevo y genuino, muy semejante al que, por lo visto, el joven actor representa en Nueva York.

Me limitaré, pues, a considerar con algún detalle tan solo dos aspectos de la obra, uno que no toca Zúñiga, y otro al que solo alude por banda, aunque lo creo esencial; pero primero deseo referirme a dos detalles que parecen nimios y no lo son. A juzgar por la fotografía que publica *Destino*, Williamson hace Hamlet con barba. Jamás he visto un Hamlet barbudo. Hasta estos últimos años, la barba no estaba de moda. Cuando hace ya años discutimos en Nueva York los detalles de una cinta de cine sobre mi novela «El corazón de piedra verde», uno de los obstáculos más tenaces fue el empeño del productor y del cineasta en quitarle la barba a Hernán Cortés; y en todas las ediciones inglesas de la novela, el héroe, Alonso Manrique, está representado sin barba. Esta ha sido una de las supersticiones modernas hasta que llegaron los melenudos de la generación actual.

Hamlet, por lo tanto, salía barbilampiño. Yo declaré en mi libro que esta usanza era contraria a la voluntad del autor, que vivía en

época de barba (moda europea impuesta por Carlos V), y lo sabemos porque en un famoso monólogo, dice Hamlet:

¿Quién me arranca las barbas a mechones
Y me las sopla al rostro?

Y esta misma servilidad para con la moda, impone también que Hamlet en la escena del fantasma salga a cuerpo, por las terrazas del castillo, diciendo:

El aire corta y hace mucho frío.

Yo insistí en que debe llevar un capote fuerte.

En cuanto al sombrero, que la moda sigue prohibiendo, Hamlet va siempre descubierto, tanto fuera como dentro, con pleno olvido de la costumbre y del sentido común, en tiempos en que, aun dentro de la casa, los hombres iban de sombrero por la sencilla razón de que hacía frío. Y los directores de escena no reparan en lo absurdo que es representar al príncipe heredero recibiendo a Orsico (el jovenzuelo que viene a traerle el desafío de Laertes llevando el sombrero en la mano) con el ruego de que se cubra, siendo así que él mismo va descubierto: «Dad a vuestro sombrero el uso debido. Es para la cabeza». ¿Qué príncipe heredero va a hablar así a un cortesanillo insignificante, si no es lo normal que todo el mundo vaya cubierto?

Tales detalles revelan hasta qué punto de incoherencia ha llegado en la interpretación del personaje la falsificación del concepto que de él se hacía Shakespeare, sobre cuyo sentido exacto volveré luego. Antes hay que comentar los dos puntos a que aludí. El primero concierne a Ofelia. Su muerte es una de las escenas más poéticas y patéticas del teatro de todos los tiempos; y con su color emotivo tiñe, por decirlo así, retrospectivamente, todo el personaje. Pero ¿de dónde si no de la sentimentalidad lloriqueante del romanticismo pudo salir esa visión extravagante de Ofelia como la niña clorótica e inocente que venimos padeciendo desde hace ciento cincuenta años? ¿Qué tiene que ver esta Ofelia inocente hasta la ñoñez con la avispada damisela ducha en lances de *chichisveo*, como con tanta gracia dijo nuestro siglo XVII, flirteo como hoy se dice? ¿Acaso no sabemos cómo las gastaban las mujeres solteras,

casadas o viudas de la corte de Isabel I de Inglaterra, a comenzar por la reina misma? ¡Poco que se reirían los galantes cortesanos de Isabel I si les pusieran delante esa Ofelia químicamente pura que suelen dar los teatros ingleses! Toda esta hipocresía o memez (que de ambas hay) en la interpretación de Ofelia, se viene abajo en cuanto uno lee la obra sin gafas de prejuicio.

El propio Shakespeare pone ya en guardia al espectador haciéndole escuchar ya a principios del primer acto dos sermones sucesivos que, sobre el peligro de jugar con Hamlet, le espetan a Ofelia Laertes, su hermano, y Polonio, su padre. Y no cabe duda de que las respuestas de Ofelia a ambos, cada uno a su modo, dejan en el ánimo del espectador la bien fundada sospecha de que los temores del hermano y del padre no carecen de motivo. No una sino tres o cuatro escenas más he añadido para probar, como creo haberlo hecho, que solo hay una explicación que las aclara todas; y en particular aquella, no vista, y sin embargo, descrita por Ofelia a su padre con tanto vigor que uno crea haberla visto, aquella en que Ofelia pinta a Polonio cómo entra en su aposento Hamlet, todo en desorden físico y mental, *hasta sin sombrero* (lo que confirma todo lo que antes dije sobre este tema); porque en esta escena, como lo he apuntado en mi interpretación, lo que hace Hamlet al escrutar a Ofelia *en silencio* es preguntar lo impreguntable: «¿Me besas porque me quieres o te estás burlando de mí? ¿Eres mi amiga o mero instrumento de tu padre y del rey para perderme?».

Finalmente, el carácter no digamos ni con mucho disoluto, pero sí frívolo y nada recatado de Ofelia, queda evidente en aquel diálogo obsceno que cruza con Hamlet antes de la representación del drama italiano; porque es obsceno y es diálogo, ya que Ofelia no solo toma parte en él sino que hasta incita al príncipe a que le diga más cosas de índole tan desvergonzada que una joven, no ya mojigata sino meramente limpia de espíritu, no hubiera escuchado sin levantarse y dejar plantado al atrevido.

Pero ahora vamos a lo que constituye el eje del personaje. ¿Por qué se toma Hamlet cinco actos y un tiempo tan largo para vengar a su padre? Hasta 1948 las hipótesis usuales eran: que la venganza repugnaba a su conciencia delicada; cosa absurda en quien se conduce de modo tan brutal con Rosencrantz y Guildenstern, con Polonio y hasta con Ofelia; que era un intelectual incapaz de acción,

cosa no menos absurda, porque Hamlet demuestra su decisión y coraje en numerosas escenas, como cuando amenaza matar al que le corte el paso para seguir al fantasma en la noche, decisión, en sí, que en nada sugiere al intelectual anémico en la acción; y finalmente, y en período más reciente, una extravagancia freudiana de un profesor londinense que ve la causa de esta dilación en que Hamlet es un homosexual, enamorado de Laertes.

En mi opinión, todo esto no tiene nada que ver con Shakespeare; pero, si no he leído mal el artículo que vengo comentando, tampoco se le ha revelado la razón verdadera a Williamson o al menos no lo ha observado Zúñiga, porque este dice del Hamlet de Williamson: «Es el personaje atormentado todavía, pero feroz en sus dudas, con sangre en las venas, obsesionado hasta cumplir aparatosamente la venganza». Dudas. Venganza. Ahora bien, yo sostengo que en Hamlet no hay dudas reales, sino solo aparentes, a modo de freno intelectual que opone a su acción (del mismo valor que el pretexto de no querer ejecutar a Claudio cuando se lo encuentra rezando, porque sería salvarle el alma cuando merece el infierno). Y también sostengo que Hamlet, aunque mata a Claudio, no venga a su padre.

Aquí estamos en el eje mismo del personaje. Hamlet es un egocéntrico a quien, en el mundo, no le interesa nada más que Hamlet. Solo con Hamlet habla, aunque parezca hablar con otros. Solo le ofende quien ofende a Hamlet. Cuando se creyó ver burlado por Ofelia, la arrojó de sí; cuando dio en sospechar de sus dos compañeros, los hizo matar. Vengar a su padre no le interesa. Por eso considera esta venganza como un deber molesto y pesado al que se va sustrayendo por la dilación. De aquí, las dudas, la pieza italiana. Para aclarar por qué no mata a Claudio, solo hay que ver por qué lo mata. Porque en efecto lo mata, y dos veces. La segunda, al fin de la obra; pero la primera, cuando mata a Polonio, ya que lo hace creyendo que mata a Claudio. En ambos casos, mata defendiendo a Hamlet, o vengando a Hamlet. Porque Hamlet solo obra en pro de Hamlet. Y para ponerlo bien en claro, en la última escena, Shakespeare pinta la muerte de la reina Gertrudis de modo que esté bien evidente que la madre de Hamlet muere envenenada por Claudio y que Hamlet lo sabe —y no hace nada.

Tradicional es el liberalismo intelectual y político de la sociedad inglesa. No poco hacía falta para recibir con tan inteligente

cordialidad como se recibió en 1948 un ensayo de un extranjero enderezando una interpretación, según él, torcida, de un héroe tan universal, pero tan nacional para los ingleses como lo es para nosotros don Quijote. Dicho está que mi ensayo halló una acogida de muy diversos matices y aun actitudes, pero siempre cordial si exceptúo uno o dos casos que no deseo puntualizar allende decir que quizá se arrimaban en demasía a la interpretación homosexual. Calculo que un tercio de la crítica aceptó mi versión, otro la negó y otro se quedó indeciso y desconcertado. La influencia sobre los directores de teatro fue considerable. No creo exagerar diciendo que, desde que se publicó mi libro, no se ha vuelto a representar un Hamlet a la antigua, y que cada día se va acercando más la obra que se hace a la que yo describí. Alee Guinness, uno de los grandes actores ingleses, intentó una representación inspirada en mi libro. Era en 1951 y yo me hallaba a la sazón en Australia. La crítica tradicional se le echó encima y, a los ocho días, Guinness capituló. Hoy habría triunfado.

El episodio no deja de evocar perspectivas sobre la sicología inglesa en general. La deformación del carácter de Hamlet se va desarrollando durante el siglo XIX, era de la hegemonía inglesa y de la Pax Britannica. Coincide esta era con el predominio de la aristocracia y alta burguesía en el país. Hamlet se fue sobrecargando de valores éticos, que ni por asomo soñó Shakespeare, porque el inglés de la clase dominante lo fue poco a poco modelando como el prototipo del *gentleman,* concepto decimonónico que poco o nada tiene que ver con el inglés de la época de Shakespeare. Ciertas tendencias naturales del personaje halagaban las que el *gentleman* observaba en sí mismo; y en particular, su indiferencia arrogante para con las opiniones ajenas, su independencia para con los situados fuera del grupo, su reticencia elegante en cuanto a las intenciones propias, todo un aristocratismo que trasladaba al teatro la sensación de soberanía universal que el ciudadano inglés respiraba durante el imperio.

Pero no era posible en la era victoriana encarnar el *gentleman* en un personaje tal y como lo había concebido Shakespeare —borgiano, libre de toda ética, nietzscheiano antes que Nietzsche—. No era posible aunque era real. Estas características, esta aceptación tácita de que los sobrehombres disponen en su pro de la vida moral

y aun física de los hombres a secas, formaba parte, en efecto, de la mentalidad del *gentleman* Victoriano, pero no de modo explícito y expreso. Por eso hubo que ir purificando a Ofelia y embelleciendo a Hamlet, labor para la cual ofreció admirable ambiente el romanticismo.

Todo eso pasó. El *gentleman* hoy tiene que ayudar a su mujer a lavar la vajilla después de comer; y el Imperio británico ha pasado a la historia. En la historia se sitúa cada vez más el Hamlet que Shakespeare soñó en el ambiente aquel del quinientos, tan rebosante de humanismo integral y, bueno o malo, verdadero. Hamlet se atreve ya a llevar barba; aunque sea para honrar, no a Carlos V sino a «Che» Guevara.

Por qué soy anticomunista

Ocurre a veces en el ajedrez que una pieza amenaza a otra muy valiosa y sin embargo no la ataca porque el jugador abriga miras ulteriores. Esta observación se me ha ocurrido más de una vez al oír a personas de un liberalismo indudable ponerle peros a mi oposición irreductible al comunismo. Quizá no fuera inútil, pues, definir esta oposición; y me propongo hacerlo ahora distinguiendo, en lo posible, lo económico, lo político y lo humano. Al disponerlo así, declaro ya de antemano que este orden es para mí ascendente, puesto que, como liberal que soy, doy la importancia mínima a lo económico, la mediana a lo político y la máxima a lo humano.

El comunismo de hoy está dominado por el marxismo-leninismo ruso. Diré de pasada que la base de esta dominación no es económica, sino puramente militar y política, de modo que ya en sí es un hecho fuera del marxismo si no contrario a él. El marxismo-leninismo, además, es una etiqueta absurda por contradictoria, equivalente a «la negrura de los blancos» o a «ardiente como el hielo»; porque apenas si hay en el leninismo nada que quepa conciliar con el pensamiento de Marx. No perseguiré ahora esta liebre porque no entra en mi propósito, pero sí diré, como botón de muestra, que Marx soñaba con la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos, mientras que Lenin se propuso emancipar a los trabajadores a patadas, cuando no a tiros.

Mi oposición al comunismo en lo económico no ha menester, sin embargo, de esa consideración; porque se funda en otro orden de ideas, que la experiencia de más de medio siglo de comunismo ruso ha venido a confirmar. Toda vida económica —como toda vida sin más— gira sobre dos polos: el individual y el social. El comunismo

prescinde del polo individual. Fatalmente lleva pues al socialismo de Estado, que, al acumular en las mismas manos pecadoras (y no hay otras) todos los poderes, lleva fatalmente al absolutismo. La experiencia ha demostrado que no hay comunismo económico sin absolutismo.

Me refiero por ahora tan solo al absolutismo económico. Ahora bien, la actividad económica es de una complejidad desconcertante, en la que intervienen equilibrios automáticos y otros conscientes. Dicen que el que baja una escalera esforzándose en hacer conscientes sus movimientos se cae; porque con la costumbre ancestral estos movimientos se armonizan mediante corrientes nerviosas que no suben hasta el cerebro, sino que toman, por decirlo así, un atajo por la médula. Al obligarlos a subir hasta el cerebro se embrolla su coordinación, y el cuerpo se derrumba.

Pues bien, en la vida económica de un país se dan conjuntos en los que no tiene por qué intervenir el cerebro y otros en los que sí debe intervenir. Estos son los que pueden y deben dirigir el socialismo de Estado; aquellos pertenecen por naturaleza al liberalismo. El diálogo-discusión permanente entre liberales y socialistas versa sobre la raya entre unos y otros o sea la frontera que separa los procesos automáticos de los conscientes. Cada cual piensa sobre ello según su leal saber y entender; y la experiencia decide, no sin consulta a la sicología. Yo sería más socialista en Suecia que en España. Pero lo esencial es que se den los dos polos, en constante interinfluencia y tensión. Al no darse más que uno —caso del comunismo— la vida económica fracasa; porque hay un sector muy vasto de la vida económica colectiva que rebasa la capacidad humana y que, por lo tanto, hay que dejar a la naturaleza social. Esta es, pues, la objeción que hago al comunismo desde el punto de vista económico.

Mi objeción política se desprende ya de lo anterior. Puesto que no puede haber comunismo sin absolutismo económico, tampoco lo puede haber sin absolutismo político. Es pueril querer presentar el absolutismo ruso de hoy como una mera fase en la desaparición eventual del Estado, profetizada por Marx; más pueril todavía,

aspirar a pintarlo como una «dictadura del proletariado», otro de esos eslóganes comunistas que equivalen al blanco negro o el hielo ardiente. De 1917 acá han pasado más de cincuenta años y el Estado ruso es hoy más absoluto que nunca.

En Rusia no hay libertad. El que disiente de la actitud oficial va a la cárcel o al manicomio. En Rusia no hay igualdad. La distancia que separa los ingresos más altos de los más bajos es mucho mayor que en Inglaterra, y el tren de vida que llevan (en secreto) los caciques y mandamases, es digno de sátrapas orientales. (Véanse las revelaciones de la hija de Stalin). Los socios del partido comunista gozan de privilegios —los de arriba, desde luego, de muchos más privilegios que los de abajo—; pero los no-comunistas carecen no ya de privilegios sino de derecho alguno. Finalmente, en Rusia no hay fraternidad, pero este aspecto quedará para más adelante.

Rusia vive, pues, bajo un régimen absolutista fundado en la mentira. Por ejemplo, se presenta como una república federal, pero este federalismo no se levanta ni un ápice del papel en que está escrito, porque para eso se ha inventado la maña de la doble organización: frente a Cosiguin, presidente del Consejo de Ministros, actúa Brezynef, secretario general del Partido; y ante una decisión concreta, el que manda no es el presidente sino el secretario general. En Rusia, pues, el Gobierno es un mero agente ejecutivo de aquello que manda el partido. Extiéndase el sistema a toda la estructura federal, y ¿qué pasa? Que en cada república «autónoma» hay un presidente del Consejo, con sus ministros y sus ministerios, que no hay más que hablar; pero que en toda la «Federación» o Unión Soviética no hay más que un partido con un secretario general; de modo que la federación de Gobiernos está mandada por un partido de centralismo absoluto que dicta lo que cada Gobierno local ha de hacer. En una palabra, la federación es mentira y el centralismo es verdad.

Esta insinceridad forma parte integrante del comunismo, y lo ha llevado a una política pragmática sin escrúpulo, de modo que no hay apenas país en donde los otros partidos no hayan tenido que padecer de su falta total de buena fe. No es cosa de hacer aquí el catálogo de estos casos. Bastará recordar que la historia de los

frentes populares es lastimosa, y más todavía la de los asaltos a la soberanía de otros países, como lo ilustran dramáticamente los casos de Budapest (1956) y de Praga (1968).

Por esta causa me parece un grave error toda alianza con el comunismo aun para la causa más santa. Para mí la causa más santa es la de la libertad; pero ir a luchar por la libertad del brazo con los comunistas me parecería tan tragicómico como ir a fundar un convento de monjas con don Juan Tenorio como capellán y la Niña de los Peines de priora; puesto que no se da en la historia el caso de un solo país que haya salvado la libertad, ni de un partido político que haya salvado la existencia después de instalar a los comunistas en el poder.

En este aspecto político de mis objeciones he de consignar también la repugnancia ante la memez y la incoherencia de las actitudes usuales del comunismo. Los textos, eslóganes, comunicados de pasta de papel; las cabriolas que hay que hacer para seguir al día lo que piensa el secretario o el Comité, hoy Stalin genial, mañana Stalin criminal, pasado mañana Stalin no tan criminal y hasta algo genial, y tener que cortar páginas de enciclopedias para suprimir a Beria, ayer formidable guardián de la seguridad del pueblo ruso, hoy traidor, criminal, enemigo del pueblo; todo este tejemaneje de un país de 200 millones de seres humanos sin derecho a sus ideas propias, obligados —como papagayos— a repetir las cartillas ñoñas, imbéciles u odiosas que el partido le obliga a leer, toda esta actitud elemental y primaria para con el pensamiento de cada cual, es tan intolerable que solo cabe ante ella una rotunda repulsa.

Ello no obstante, no faltan doctrinas ni sistemas en el mundo que presenten rasgos también discutibles en su ideario económico y en su práctica política, sin por ello suscitar una indignación tan vehemente como la que provoca el comunismo de hoy. Repito que hablo del de hoy porque no vacilo en declararme convencido de que, en lo que me queda por decir, Marx estaría de acuerdo con nosotros, los que vemos en este comunismo algo, no solo repugnante sino también contrario al fondo mismo de Marx. Porque si Marx era economista y comunista de cerebro, era humanista y liberal de corazón. Aunque ñor caminos y medios que un liberal rechazaría, lo que Marx se proponía era la libertad humana. A Marx

le habría horrorizado la idea de tener a 200 millones de rusos y casi un centenar de millones más de europeos aherrojados en una dictadura estúpida y cruel todavía medio siglo después de la revolución.

La objeción más fuerte que cabe hacer contra este comunismo o marxismo-leninismo que abusa del nombre de Marx, es su índole inhumana y cruel. No es cosa de volver a hacer el inventario de los crímenes de Stalin, hecatombe jamás rebasada, ni aun por Hitler, monumento a la vesania humana a la que puede llegar el poder absoluto. Pero sí es tiempo de recordar que entre los que acusaron a Stalin ante el mundo, Jruschof, por ejemplo, fue estrecho colaborador del criminal tirano en su Ucrania natal; que Brezynef y Cosiguin no habrían llegado a la cumbre del poder si en el período álgido de la vesania de Stalin no hubiesen colaborado activa y asiduamente con él en la caza del hombre.

Se suele argüir que la revolución es la revolución, y que hay que resignarse a sus excesos, y hasta que son excesos justos que equilibran y vengan los sufrimientos del pueblo que se alza, y tantas otras zarandajas. Pues no vale. Valdría, se resignaría uno de mala gana, si se tratara de meses. Un año de matanzas ya es mucho revolcarse en las pasiones de mala bestia; cinco años sería monstruoso. Pero más de medio siglo es inadmisible, y prueba que no se trata de los tumbos que da un barco en una tempestad, o de un tren que descarrila, sino de un aspecto constante y permanente del sistema establecido.

La honradez intelectual fuerza a reconocer que el comunismo tal y como lo practica Rusia y lo obliga a practicar arrastra aspectos de una crueldad inaudita en frío, tales que avergüenzan nuestra común humanidad. En primer lugar, la mala fe. Maleter, jefe de Estado Mayor y ministro de la Guerra en Hungría, recibido a las 10 de la noche en el cuartel general ruso cerca de Budapest para negociar con el mando ruso los detalles de la evacuación, ya convenida, de las tropas rusas, fue preso allí mismo por la policía armada rusa y ejecutado. Los vocales del comité polaco de resistencia contra Hitler propuestos por Edén a Molotov para formar parte de un Gobierno de coalición con el Comité (estalinista) de Lublín, despojándose de su clandestinidad bajo la protección de un salvoconducto del

coronel Ivanov, de la policía militar rusa, fueron a parar a una cárcel de Móscova. Los Gobiernos de Estonia, Letonia y Lituania obligados por Molotov a aceptar sendos pactos de no agresión que no han pedido y a recibir en su consecuencia guarniciones rusas que no desean, forzados por estas guarniciones a organizar un plebiscito amañado por los ejércitos soviéticos, que los anexiona a la Unión — e inmediatamente, la expulsión a Siberia de toda la clase educada de los tres países—, hombres en un tren, mujeres en otro, niños en otro.

¿Para qué seguir? La historia de los actos de mala fe cometidos por el comunismo en estos cincuenta años es inagotable. Pero los agrava todavía más la crueldad del detalle. Dantesca visión la de las colas de las familias de los presos, esperando horas en el helado invierno ruso para al fin lograr el suspirado momento de preguntar en la ventanilla si el ser amado y desaparecido está en la siniestra cárcel de Lubianka. No pide más. Solo saber si está. Y nada. Pues no. No está. Y dentro, a lo mejor, perdido en las filas de los quinientos presos amontonados en una sala para cien, apiñados de día, acostados vientre a espalda de noche, aguardando para cambiar de postura a que toda la masa humana de pared a pared lo haga de una vez. Escenas que uno quiere y no puede olvidar. Eso es lo que da calor y pasión al anticomunismo; que lo que es los errores políticos y económicos ya los iremos digeriendo.

Ah, pero ahora… Pues ahora es igual. Grigorenco, general que se batió en la guerra pasada, valiente que protestó contra la persecución de los intelectuales que a su vez protestaban contra las condenas de Syniavski y Daniel, Grigorenco está encerrado en un manicomio. Y así con tantos hombres de letras y de ciencias cuyos nombres se conocen, sin contar con aquellos, Dios sabe cuántos, cuyos nombres se ignoran.

Y se sabe demasiado en qué condiciones de repugnante inhumanidad se llevaron los rusos a Dubcek a Móscova y lo tuvieron pudriéndose en su propio cuerpo hasta que Svoboda, amenazando con suicidarse, obligó a Brezynef a entregarlo. Y se saben tantos otros casos de inhumanidad no espontánea y brutal, sino estudiada y deliberada para quebrantar la voluntad del resistente rebajando su humanidad al nivel de la bestia.

He aquí un caso reciente tal y como lo ha publicado el *Times* de

Londres, diario que nadie acusará de poco abierto a las relaciones cordiales con la Unión Soviética. En marzo de este año (1970), Brezynef y otros 24 funcionarios y agencias del Gobierno y del partido recibieron sendos ejemplares de una nota informativa redactada por una asociación clandestina de madres rusas protestantes de la secta bautista: diez páginas a máquina sobre la persecución que se sigue haciendo en la Unión Soviética a todas las religiones; más un apéndice de 40 páginas que ocupan las listas de 1.453 firmas de gentes de ciudades y pueblos de siete repúblicas. Ni qué decir tiene que las firmantes saben a qué se exponen, porque hay centenares de ellas ya en la cárcel. El documento apunta que, como consecuencia, hay ya más de 200 criaturas abandonadas, amén de que no pocos de los niños más chicos van a la cárcel con sus padres. Las madres bautistas se quejan de que sus hijuelos vayan a vivir sus años de formación en cárceles llenas de crimen y de vicio.

Entre los casos concretos que da el documento figura el de Nadesyda Sloboda, de 33 años, y su marido, de la aldea de Dubrava, en Bielorrusia, que el 11-11-66 fueron condenados a pérdida de su patria potestad por haber educado a sus hijas en la religión cristiana. Galya, de 11 años, y Xura, de 9, arrancados a su hogar, fueron a vivir a un asilo infantil, donde reinaba tal suciedad que hubo que afeitarles la cabeza para librarles de los piojos. Se les prohibió recibir cartas de sus padres. A la mayor le supuraban los pies a causa del calzado siempre húmedo, y ambas padecieron sarna dos veces. Sin poder aguantar más, y arriesgando la vida, las dos niñas se escaparon y llegaron a casa el 2 de enero de 1968 a las nueve de la noche, heladas de frío. No tardó la policía en enterarse y se las llevó otra vez al infierno del que habían huido, indiferente a los gritos de sus compañeras de escuela, ¿qué diría Dostoievsqui con este cuadro de sufrimiento infantil? Y conste que el segundo caso que da el *Times* es mucho peor.

Esto es lo que ninguna persona de sentimientos humanos puede perdonar al comunismo leninista de hoy. Se trata de un sistema inhumano. Todos los regímenes tienen manchas de inhumanidad ya en el tiempo ya en el espacio; pero no reposan en la inhumanidad como sistema. ¿Qué otro régimen en el mundo prohíbe la salida con un muro de cal y canto, con zonas de alambradas eléctricas, de

campos de minas, de torres de ametralladoras y de perros? Otros sistemas entran en fases de horror y terror, Francia en Argelia, los EE. UU. en Vietnam, Nigeria en Biafra, y se producen protestas y el país se sacude hasta los tuétanos, y la fase de horror acaba; porque no concebirían fundar el sistema sobre el horror y el terror. Solo los nazis lo hicieron y murieron de ello; y los comunistas lo hacen y viven y prosperan a costa de sangre y lágrimas.

Y esta es la causa que lleva a muchos liberales, como el que esto firma, a oponer un «no» tenaz al comunismo. Que yerre en su producción económica, bueno; que yerre en su estructura política, bueno. Pero que pretenda fundar su Estado en la inhumanidad más general, ubicua, permanente y espantosa que la historia humana ha conocido, no puede tolerarse. Y ante este hecho incontrovertible, no cabe alegar posturas de ajedrez por valiosa que sea la pieza a la que se aspire a dar mate.

El liberalismo de hoy

El liberalismo ha muerto ya tantas veces que ya nadie se sorprende si le dicen que se está muriendo otra vez. Mera prueba de su vitalidad. En nuestros días todavía ocupa un lugar honorable en la escena política de algún que otro país como Italia, Suecia o el Canadá; pero en general parece retroceder en una especie de bajamar. Y, sin embargo, al mirarlo de más cerca, se pregunta uno si este retroceso del liberalismo en la opinión pública universal no será cosa de apariencia más que de realidad.

En parte, al menos, por paradójico que parezca, la causa principal de esta pérdida de popularidad del liberalismo se debe a su éxito. Este éxito es doble: en las ideas y en los hechos. En cuanto a las ideas, hoy en día no hay apenas quien no sea liberal. Como lo leen ustedes. Porque hasta aquellos que han pasado siempre por profesar las ideas más antiliberales sostienen hoy estas ideas de un modo y con un estilo que son liberales; y hasta los comunistas, cuando les conviene, se las echan de liberales también.

La cosa está bien observada. En cuanto se reúnen media docena de especialistas de lo que sea —comercio, tarifas, transportes, fuerza motriz, televisión, mano de obra, cultura, lo que sea— sale un dictamen y ¿qué propone? Que «lo que sea» se «liberalice». Esto es de cajón en todos y cada uno de los sectores de la actividad humana. Hay que «liberalizar». No parece, pues, que la idea del liberalismo esté en mengua.

En cuanto a los hechos, no cabe negar que las directrices de la legislación que han ido elevando el nivel de vida general en todo el mundo deben su inspiración al liberalismo. Contra lo que pensaba Marx, a los obreros no los emanciparon los obreros por medios revolucionarios, sino los burgueses por medios parlamentarios. Los países que intentaron emancipar a la clase obrera por medio de la revolución los han esclavizado y ellos mismos, los países, han

perdido su libertad. Los que emanciparon su clase obrera por el voto hicieron libres a sus obreros y como naciones salvaron su libertad. A cualquiera de los aspectos de la vida moderna que volvamos la vista —capitalismo, colonialismo, imperialismo— observaremos que la mejora ha consistido en hacer actuar la tradición liberal que vivía en los emancipadores ya viviera o no en los emancipados. (Ejemplo, África).

Este éxito casi universal del liberalismo es el que ha llevado a gentes de pensamiento gregario a volver la espalda a las ideas liberales. Sin recordar el vigor incomparable del liberalismo como factor positivo en la historia de la paz, de la libertad y de la cultura, estas gentes corderiles suelen tan solo traer a cuento los errores y pecados antaño cometidos en su nombre. Es cosa de recordar la frase de madame Rolland, camino de la guillotina: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!». Y esta es otra de las causas que han sustraído al liberalismo no poca de su fuerza política. Así, por ejemplo, el liberalismo se suele confundir con el capitalismo y este, a su vez, con un viva-quien-venza o rebatiña para arramplar en toda ocasión con los beneficios máximos sin escrúpulos ni inhibiciones. Hay quien le cuelga al liberalismo crímenes sociales como la explotación de hombres, mujeres y niños en las fábricas y minas hace siglo y medio, en los comienzos de la revolución industrial, así como el abuso de los pueblos coloniales por los capitalistas metropolitanos. Mera confusión. Para disiparla, basta con hacer constar que si el liberalismo, al dar suelta a las fuerzas financieras y técnicas dio pábulo a su abuso, también dio suelta a las fuerzas intelectuales y espirituales que, tarde o temprano, iban a moderar primero y a reprimir después tales abusos. Solo que, por subsistir en nuestro mundo moderno pescadores de ambas orillas que pescan en agua turbia, esta confusión se sigue cometiendo y aun enseñando, de modo que la relación entre liberalismo y capitalismo (bueno o malo) sigue embrollando el problema e impidiendo una estimación objetiva de las ideas y actitudes sinceramente liberales.

No deja también de perjudicar al liberalismo la tendencia a confundirlo con el libre cambio. Hay quizá liberales que todavía viven en la era de la escuela de Manchester; pero quienes

identifican el liberalismo con el libre cambio parecen olvidar algún que otro aspecto de esta cuestión tan compleja. Citaré dos. El libre cambio no es siempre de verdad «libre» para ambos lados, y aun cabría decir que lo más probable es que no lo sea. No faltan economistas —el eminente maestro François Perroux, por ejemplo— que hayan analizado la función que desempeña en el sedicente libre cambio la economía «dominante». Por otra parte, el libre cambio entre naciones tiende a ir a dar a la especialización entre ellas. Ahora bien, «en lo económico», la especialización suele ser beneficiosa; pero ¿y en el aspecto humano?

Vale la pena detenerse un poco en ello. El tema en discusión sería: si es lícito que un país sacrifique sus campesinos, obreros, pescadores, profesiones liberales, mujeres, para especializarse dentro de una zona de libre cambio; o si, por el contrario, no vale más sacrificar el libre cambio a las necesidades naturales de una familia humana varia de ambiente, ocupación y espíritu, y armoniosamente equilibrada. Apunta así una como grieta o desacuerdo no solo entre el libre cambio y el liberalismo, sino también entre el liberalismo económico y el liberalismo humano. De donde surge el riesgo de que el mismo progreso del uno pueda provocar una reacción contra el otro.

Aquí sale a escena Carlos Marx, que además fue una verdadera trinidad: o sea, el crítico, el científico y el profeta. Como crítico, Marx fue buen observador, censor penetrante e implacable; como científico, definidor de lo que es y de lo que no solo debe ser, sino va a ser, no sería justo negarle el mérito de haber dado cuerpo y sustancias a la historia del pasado; pero no logró formular conclusiones exactas sobre el porvenir, como el porvenir mismo (que es nuestro presente) lo atestigua; y por lo tanto, en su tercera persona, como profeta, Marx ha sido un completo fracaso. Pero ¿qué importa? El profeta no ha menester acertar en sus vaticinios. Ni siquiera ha menester ser creído. Bastará con que tenga secuaces. Y las masas, que no lo han leído, siguiendo a los militantes, que lo han leído poco, lo siguen, alejándose del liberalismo al que deben su emancipación.

Todo, por supuesto, confusión y torbellino. Tanto que apenas si cabe ya recordar que Marx tenía mucho de liberal. El marxismo —el suyo, más que el de sus epígonos— era en el fondo una especie de

herejía del liberalismo; como el cristianismo era al principio mera herejía del judaismo. No creo que ni aun el marxista más beato se atreva a negar que Marx se dio perfecta cuenta de que el verdadero fin de la producción es la satisfacción del hombre y no la mera fabricación de mercancías. Para Marx era monstruoso y aborrecible el sacrificio de hombres para producir cosas, tal y como se hacía en el capitalismo de entonces; y claro es que no lo sería menos en el capitalismo de Estado inexorable tal y como se hace en los países sometidos al comunismo de hoy.

Lo cual, con ser evidente, no impide que muchos socialistas incluso todos los comunistas pretendan seguir a Marx cuando en realidad lo niegan y repudian tres veces: supeditan la satisfacción de los hombres a la producción de las cosas; declaran a los obreros incapaces de emanciparse a sí mismos, arrogándose el derecho y el poder de hacerlo ellos como minoría de mando; y suprimen todas las libertades espirituales. Y así resulta que el sector quizá más importante de la opinión pública, el llamado (con no poca inexactitud o quizás incongruencia) la «izquierda», se orienta en contra del liberalismo en nombre de Marx siendo así que en estos tres importantes aspectos, Marx estaba más cerca de los liberales que de la llamada izquierda.

Todavía quedan lo menos otros dos aspectos de nuestro tiempo que laboran en contra del liberalismo. Uno es la mecanización creciente de la vida tanto individual como colectiva. Las sociedades humanas van adquiriendo cada vez un cariz más pronunciado de máquinas descomunales en cuya inmensa fábrica quedan incorporados los individuos como meras piezas. Quizá podrían fecharse los comienzos de este proceso allá por el siglo XVII en el que el genial matemático francés Blas Pascal —precisamente ejemplo y modelo de gran personalidad individual— inventó el ómnibus, germen de la mecanización social. Hasta que a él se le ocurrió idea tan evidente y práctica, cada cual resolvía a su manera cómo ir de un lugar a otro: los ricos, en su carroza o silla de manos; los menos ricos, a caballo; los pobres, a pie; pero todos cómo y cuándo querían y, como suele decirse, de puerta a puerta. El invento de Pascal consistió en darse cuenta de que el ovillo

enmarañado de todos estos trayectos individuales se podía analizar en tres partes: una parte central y larga, que era común a todos, y dos partes terminales y cortas en las que se concentraban al salir y se dispersaban al llegar los que en el trayecto central iban unidos. De este modo, el viaje puerta a puerta quedó limitado a los ricos, mientras que los pobres lograban el inmenso beneficio de la rueda y el caballo para la parte más larga de su trayecto, mediante una suma módica a su alcance. Pero como los coches colectivos por fuerza tenían que someterse a un horario fijo, los pobres lograron la ventaja económica del viaje colectivo a costa de un sacrificio, si bien modesto, de su libertad.

Este cambio significaba una verdadera revolución, que fue ampliándose al tren, al automóvil, al avión y se dilató al correo, telégrafo, teléfono, radio, televisión, sin contar la salud pública, el alcantarillado, el gas, la luz, la fuerza —hasta que hoy nos encontramos todos sumidos e integrados en un vasto mecanismo-organismo que aun sin querer va corroyendo nuestra libertad. Como ilustración de la inexorabilidad de este proceso vale citar el automóvil, que al principio parecía ir a restaurar para casi todos la libertad de tiempo y espacio del «puerta-a-puerta» prepascaliano, hasta que, por su misma abundancia, vino a dar a esas calles y avenidas de tráfico mecánico que equivalen a cañerías de transporte.

Es muy posible que esta evolución irrepresible venga a producir sus efectos más profundos en el campo de la sicología. Si todos somos piezas de máquina, mejor será que todos seamos del mismo metal y tengamos la misma forma y sirvamos para lo mismo. Los seres con vocación de piezas de recambio abogan todos por la igualdad y apenas si recuerdan la libertad como no sea para fruncir el entrecejo. Los medios de masa laboran en pro de la uniformidad. Las opiniones, las emociones, las actitudes se van «condicionando» con arreglo a directivas que preestablecen los mandamases; de modo que, sin que los individuos se den cuenta, se va preformando y predeterminando su libertad.

En ciertos Estados comunistas se ha logrado en este proceso un grado siniestro de perfección; lo que ha inducido a no pocos

investigadores científicos a estudiar objetivamente hasta qué punto es posible ejercer influencia sobre las facultades del individuo. Basta pensar un instante en los logros inmensos que en este campo ha conseguido la publicidad comercial para darse cuenta de que la respuesta a tal pregunta tiene que ser muy afirmativa.

Casi todo esto, triste pero necesario es reconocerlo, converge hacia un incremento inevitable del poder del Estado. Es evidente que cuanto más se va pareciendo a una máquina la sociedad humana más siente necesitar una mano y una cabeza que gobiernen las palancas o los computadores de mando, mientras que el hombre corriente queda cada vez más desplazado de la dirección de la vida ambiente y de la vida propia a causa de la complejidad cada vez mayor y más técnica de las cosas sobre las que hay que pronunciarse. También es claro que la misma perfección de los mecanismos modernos, ya sean físicos, como las armas nucleares, ya morales y sicológicos, como los medios electrónicos de comunicación y sugestión, van facilitando cada vez más la labor del poder público en cuanto concierne al modelado de la opinión, para adueñarse de ella, o su dominación por la fuerza, si intenta resistir.

No ha lugar, pues, a pintar de color rosa el porvenir de la libertad y del liberalismo, aunque ambos no tuvieran además que enfrentarse con gentes que, sin saber de lo que están hablando, intentan refutar ambos alegando que hay libertades que no se pueden tolerar, y aun citan ejemplos. Como si no fuera de la misma esencia del liberalismo el reconocer los límites de toda libertad, determinados por la libertad ajena y por la libertad del ser colectivo. Lo que el liberalismo proclama es que no es la libertad la que ha de menester justificación, sino los límites que se le imponen. No niega, antes proclama, que hay límites; pero afirma que estos límites tienen que justificarse, mientras que la libertad no.

Todo esto hallaría una acogida más universal si no tropezara con el escepticismo de los semicultos —sobre todo los anglosajones— para con todo lo que huela a ideas, y que ellos motejan de «ideología». No deja de tener gracia que, tras de esta actitud, se oculte una verdadera ansia de libertad de acción. El famoso empiricismo anglosajón se habrá o no propuesto explícitamente soltar a los dos inmensos sabuesos sobre el coto de caza del imperialismo, pero es precisamente lo que ha hecho.

Hoy en día esta corriente empírica y antiidealista se mezcla con la del desencanto. Ya nadie quiere creer en nada. La revolución rusa, que tantas esperanzas hizo nacer en los pechos generosos, fue a dar a un absolutismo tan odioso como ridículo; la simiente de libertad sembrada en África ha levantado una cosecha de dictadores megalómanos; y aun antes, la «guerra para dar fin a la guerra» (1916-18), dio de sí la guerra de 1939-44; y el plan de Wilson de hacer el mundo seguro para la democracia, produjo Hitler, Mussolini y Stalin. Ante tamaña frustración de la extrema derecha a la extrema izquierda, todo lo que termina en «ismo» pierde fuerza; y el liberalismo padece.

Pero hay que distinguir. Marxismo, socialismo, capitalismo, colonialismo, imperialismo, anarquismo son o abstracciones o teorías que buscan la reducción del paisaje del mundo o un solo color. El liberalismo es una fe, una necesidad del espíritu. El error que se comete amontonándolo con esos otros ismos equivale al que se cometería amontonando el respirar con vegetarianismo, desnudismo, moda y otras variantes del vestido o la limpieza.

Vestir o no vestir, bañarse o no bañarse, comer carne o no comerla, tiene su importancia. Pero respirar es esencial; porque el que no respira se muere. Así, que cada cual escoja su «ismo» como le parezca; pero todos debemos fidelidad al liberalismo, porque el que no es libre, se muere en espíritu.

Confusión de confusiones

Cuando Ossorio y Gallardo era gobernador civil de Barcelona, hizo unas declaraciones en que figuraba esta frase: «Un lirismo, funesto como todos los lirismos…». Se apoderó de este lapso Ortega y escribió en *El Sol* un artículo magistral que terminaba diciendo sobre ñoco más o menos (porque cito de memoria): «La patria, por ejemplo, es un lirismo, y si no hay patria no hay nación, y si no hay nación no hay Estado, y si no hay Estado sobran los gobernadores civiles».

Creo que fue Confucio quien hizo hincapié en la importancia de definir las palabras. Donde no se definen, perece el Estado. Nada menos. Pero guardémonos de sonreír. El filósofo chino tenía razón. Si las palabras no están claras, no lo estarán los conceptos. Si los conceptos no están claros, no lo estarán los motivos. Si los motivos no están claros, no lo estarán los actos. Y ¿qué Estado se salvará del caos si sus ciudadanos no saben lo que se hacen ni por dónde andan?

El síntoma más grave de los males gravísimos de que adolece hoy la humanidad es la confusión mental. Mucho ha contribuido a esta confusión la Unión Soviética con su continuo barajar y cortar los naipes del vocabulario político, de que son brillante ejemplo frases como «las democracias populares», notorio caso de albarda sobre albarda, o la «centralización democrática» para designar la dictadura… no del proletariado, que el pobre no toma arte ni parte en nada de lo que allá se hace y manda, ni siquiera la del partido, sino la dictadura de unos cuantos —el Politburó— sobre todo el partido y el país.

Pero si bien el comunismo es quizás el manantial más potente de confusión verbal y mental en que braceamos, está muy lejos de ser el único. Todos los partidos y modos o humores de opinión llevan

su parte de responsabilidad en ella. Así que, mal que me pese, he de incluir en esta crítica y condena a uno de los partidos más afines al liberalismo que profeso. El partido radical socialista francés ha publicado un folleto con el título de «Plataforma del partido radical socialista adoptada por el Congreso de los días 14 y 15 de febrero de 1970». Esto se solía llamar en francés «programa», pero ahora, en el «frangíais» que se habla y escribe en Francia, se dice «plataforma»; y menos mal que no da como *planchas (planks* en «yanquinglés») las partes de que se compone.

No le iría mal el nombre de *plancha* al primer párrafo de la tal plataforma; helo aquí en todo su esplendor:

> *La «naturaleza de las cosas», he ahí el enemigo. El hombre que hace su oficio de hombre es aquel que se niega a someterse a ella. Entre el comerraíces y el conquistador de la Luna, la historia de la humanidad se inscribe en esta negativa, al dominio progresivo de las leyes de la naturaleza, en su abolición.*

Con el mayor respeto para con el partido radical socialista francés, este párrafo no lo entiende ni el ilustre padre que lo engendró. Es, por lo tanto, lo que se llama un *engendro*. Tan posible es para un hombre negarse a someterse a las leyes de la naturaleza como evadirse de su propia piel; y apuntar a la naturaleza como el enemigo del hombre equivale a ignorar lo que es naturaleza, lo que es enemigo y lo que es hombre. ¿Cómo va a ser la naturaleza enemigo del hombre, cuando son parte integrante el uno de la otra y la otra del uno, de modo que no cabe imaginar al hombre sin la naturaleza ni la naturaleza sin el hombre? ¿Y cómo puede ni imaginarse que la historia de la humanidad tenga por fin la abolición de las leyes de la naturaleza?

En la misma «plancha» que vengo comentado asoma el origen del error; ya que se marcan los extremos de la historia de la humanidad: «Desde el comerraíces hasta el conquistador de la Luna»; y si bien se menciona, muy sabiamente, el «dominio progresivo de las leyes de la naturaleza», se apunta, con menos sindéresis, a «su abolición». Muy ambiciosa es esta plataforma, aun para un partido tan pujante. La abolición de las leyes de la

naturaleza no está al alcance de ningún hombre. Que hayan llegado algunos a la Luna, bien; pero no lo hicieron aboliendo las leyes de la naturaleza, sino obedeciendo lo que prescriben, que, como ya sabían bien los antiguos, es el único modo de mandar sobre tan omnímoda señora.

¿Cuáles eran, en efecto, las dos leyes naturales que impedían al hombre llegar a la Luna? La atracción de la Tierra y el conjunto de condiciones fisiológicas que obligan a la especie humana a vivir en un ambiente de muy estrechos límites físicos. Por ejemplo, las temperaturas conocidas van de -270 a varias decenas de millones de grados, pero la vida solo es posible de unos -50 a 50. Cien grados, en total, o sea un sector casi invisible de la inmensa escala del termómetro de la naturaleza. La primera de estas dos leyes se venció por medio de propulsores especiales de enorme potencia, para salvarse del radio de acción de la gravedad terrestre, y de otros capaces de funcionar sin aire, para moverse fuera de nuestra atmósfera. La segunda se dominó mediante un conjunto asaz complicado de defensas contra el frío, el vacío, el hambre, la sed, la asfixia y otros síntomas (quizá no todos conocidos aún) de la incompatibilidad del hombre con el espacio extraterrestre. Pero no hace falta perderse en el detalle para dejar sentado que no se ha abolido ni se abolirá jamás ninguna ley natural. Lo que se ha hecho es obedecer a ellas de modo que no nos impidan llegar a la Luna; aunque la empresa siga siendo costosa, precaria y de muy corta duración.

Todo esto no está más que un tantico así por encima de lo elemental; pero ¿quién iba a pensar que un partido que se ve a sí mismo como renovador de un país famoso por su inteligencia comenzara su programa con una afirmación de tan garrafal contrasentido como para necesitar esta discusión tan modesta? ¿Y qué confianza cabe otorgar a quienes con tan mal pie salen de casa a hollar la plaza pública cargados con tamaño haz de falacias?

Demos un paso más por esta *plataforma* y descubramos que «la invasión decisiva del hombre industrial que permite al fin vencer la naturaleza y la penuria está hoy secretando también otra manigua, otra “naturaleza” nueva. Esta invención es el crecimiento económico continuo». La *plataforma* aspira a adoptar esta invención pero a salvar al hombre de sus efectos, porque «la

economía es, de por sí, ciega e inmoral». Todo esto es discutible. Las imágenes no son quizá felices; los asertos pecan quizá de dogmáticos; pero la intención es laudable. Ello no obstante, uno se pregunta si era indispensable tanta literatura y tanta fantasía. Porque, por este camino de la naturaleza y de la manigua que secreta esa invención (y ya es inventar una cosa que secreta maniguas), vamos a pasar a esta conclusión: «Ha llegado el momento. Después de la etapa de la coacción: la naturaleza en el poder; después de la etapa del liberalismo: la economía en el poder; he aquí lo que se trata de lograr: la etapa de la política: el hombre en el poder».

Esta conclusión es una ensalada indigesta de fórmulas contradictorias, cuando no incoherentes. ¿Qué es eso de la etapa de coacción equiparada, además, con «la naturaleza en el poder»? ¿Cuándo ha estado en el poder la naturaleza *sola* (que es lo que se dice)? ¿Cuándo no lo ha estado de algún modo u otro? ¿Qué mescolanza es esa de filosofía barata y política más barata todavía? ¿Cómo se puede decir que «la economía en el poder» corresponde a la etapa del liberalismo? Y el liberalismo y la economía ¿son responsables fuera de la naturaleza? ¿Qué es lo que está en el poder en Rusia si no la economía, y además la coacción, y qué tiene que ver hoy aquel país con el liberalismo? ¿Y cómo anunciarnos la era nueva que va a abrir el radicalsocialismo como «la etapa de la política», cuando no ha habido jamás en el gobierno de las gentes una etapa que no haya sido la de la política y la de la naturaleza? Y ¿qué es eso de «el hombre» en el poder? ¿No era hombre Solón, no lo era Licurgo, no lo eran Salomón, Saladino, Iván el Terrible, Fernando el Católico, Colbert, Stalin y Perón? Y si se alega que de lo que se trata es del hombre abstracto, ¿cómo va a encaramarse al poder un hombre abstracto? ¿Quién casará jamás algo tan concreto como el poder con algo tan abstracto como el hombre? Y como decía Stalin del Vaticano, ¿cuántas divisiones tiene el hombre abstracto? ¿Y cuántos sindicatos?

No. Digámoslo sin ambages. Estas fórmulas tan fáciles como hueras no son lo que necesita uno de los siglos más tumultuosos de la historia. Como los ríos, la historia humana tiene sus remansos y sus rabiones; y nuestra era es de las que con más turbulencia y velocidad arrastra nuestros destinos a Dios sabe qué catarata o qué

nuevo remanso, que ni una ni otro se divisan todavía allende el horizonte, y ni lo que nos aguarda sabemos.

Pero bueno sería, entretanto, navegar por «las estrellas», que son los conceptos claros.

Mi propósito no es comentar un programa político francés, sino ilustrar con un ejemplo concreto el caos intelectual en que vivimos. Así, pues, sin empacho, antes con satisfacción, declaro que el tal programa revela no pocos propósitos laudables. De lo que dudo es del fundamento de algunas de sus motivaciones. Vaya otro ejemplo. Hablando de las sociedades de crecimiento económico dice la plataforma: «La novación, en estas sociedades, estriba en que el dicho célebre y eterno de Colbert *—lo que se da a unos se quita a otros—* ya no expresa la realidad. Hoy, la riqueza *se crea*».

Pero, vamos a ver, el labrador que sembraba trigo en tiempos de Colbert, o del Moro Muza, o del habitante de la Cueva de Altamira, y recogía su cosecha muy superior a lo sembrado, *¿no creaba riqueza* lo mismo que el yanqui de hoy? Y si se arguye que la creaba la tierra, redargüiré yo que el que araba era el creador de la riqueza, y no la tierra pasiva. Y el minero que sacaba plomo o plata de las minas de Tartessos y estaño de las de Cornualles, y el carpintero de armar que hacía barcos en la boca del Guadalquivir, ¿no creaban riqueza? ¿A qué viene eso de que «*Hoy, la riqueza se crea*»?

Lo que habría que decir es que hoy en muchos casos se crea más riqueza por unidad de materia prima, de mano de obra y de capital que antes; y esto, así en general y a ojo de buen cubero, es probablemente cierto; pero no es seguro que lo sea de un modo absoluto e incontrovertible en todos los casos, sin contar con que es posible que el aumento de riqueza material consumible, de comodidad, de limpieza e higiene, se pague con un descenso notable de riquezas más valiosas, como son un ritmo más reposado, un humor más igual y tranquilo, un estado de ánimo más suelto, una vida, en suma, más humana de la que hoy se vive en los países de máxima actividad hasta el suicidio, y el infarto cardíaco.

Esto lo reconoce y aun lo proclama el documento que vengo comentando, aunque pudo haber formulado este reconocimiento de

un modo más feliz, cuando proclama la primacía de la moral sobre la ley económica. En cuanto este principio expresa la tendencia a evadirse de la tiranía del economismo, es muy de aplaudir. Pero la palabra *moral* es demasiado vaga; y «la ley económica» o no es tal cosa o, si lo es, es ley natural y por lo tanto se impondrá y habrá que adaptarse a ella. Ley natural, digo, porque las sociedades humanas son también parte de la naturaleza, y sus leyes, en lo que tienen de naturales, no hay más remedio que obedecerlas.

Quizá requiera esto alguna ilustración. Si examinamos el sentido que cabe dar a las *leyes de la guerra*, veremos que se dan dos clases de ellas: las convencionales y las naturales. Las primeras se suelen respetar entre pueblos civilizados y varían con los tiempos y las costumbres; las últimas, en cambio, por ser leyes de la naturaleza social, se cumplen sin remedio. Hubo un tiempo en que se creyó que los gases mortíferos se proscribirían de los usos de la guerra por ley convencional; pero se impusieron por ley natural, puesto que natural es la ley que todo pueblo en guerra echará mano de todo lo que pueda para ganarla. Pero luego, la experiencia vino a confirmar que la guerra tóxica hacía tanto daño a los de casa como a los de enfrente —y así hubo que echar al mar en los Estados Unidos trenes enteros de gases tóxicos. Caso análogo y aún más elocuente es el de la guerra nuclear, excluida en la práctica, no por caridad para el adversario, sino por temor de ambos bandos.

Estas consideraciones nos dictan la pauta para las relaciones entre la moral y la economía. La sociedad humana no debe tolerar que el uso y el abuso del economismo lleven a la opresión del hombre por el hombre; pero *tampoco vale imaginar que donde falla la economía no va a fallar la moral*. Una y otra son ramas del mismo tronco, que es la sicología; y si la sociedad humana va a ser sana y feliz, tendrá que velar porque sus leyes sean no solo justas sino sensatas.

Daré un ejemplo concreto. Llevamos siglos los euro-americanos o atlántidas intentando someter a todos los individuos de nuestras sociedades a un régimen igualitario. Esto no quiere decir un descenso de todos al nivel de los más modestos en caletre y vigor, lo que solo se podría conseguir cortándoles las alas a las águilas y desjarretando a los galgos. Lo que «igualitario» quiere decir es que

todos tenemos que pasar ñor la misma justicia; que leyes y tribunales sean iguales para todos. Por lo tanto, nuestra divisa ha sido: *no habrá privilegios*. ¿Qué pasa hoy con la clase obrera inglesa? Que, vigorosamente organizada, se opone a que el Estado le aplique el principio jurídico más elemental que es: *nadie tiene derecho a perjudicar a otro sin compensación*. Si un sindicato obrero firma con una empresa un acuerdo de salarios y condiciones válido para cinco años, y si a los tres años el sindicato lo viola por descuido, por flojera contra sus propios rebeldes, por lo que sea, y si viene una huelga en violación del acuerdo, y si por consecuencia la empresa pierde en ello ingresos considerables, el sindicato le dice al Gobierno: nada de responsabilidad jurídica; con lo cual la empresa tendrá que abonar los perjuicios causados a sus clientes, pero no recobrarse con el dinero de sus obreros responsables. ¿En qué difiere esta conducta de la de los barones medievales, que se consideraban inmunes ante la ley común?

Otro ejemplo. Antaño la sociedad vigente entre nosotros los atlántidas era tal que todos los liberales la combatíamos; porque en ella una clase pudiente y potente gozaba de todos los derechos y se evadía por haches o por erres de toda obligación; habitaba las mejores casas de los mejores barrios, amén de casas de campo, disfrutaba de servicio doméstico, ganaba mayores ingresos y trabajaba menos horas, mandaba más, poseía el monopolio de las universidades y escuelas técnicas para su progenie, viajaba más y mejor, y sobre ella pesaba mucho menos el yugo de la ley y de la justicia. Todo eso pasó.

Pasó casi en todos los países del occidente. Pero en los países comunistas no solo subsiste esta desigualdad, sino que se ha agravado. En aquellos países, el partido es una sobreoligarquía cuya diferencia de nivel de vida con el resto del pueblo es muy superior a nada conocido por estos meridianos. Y tanto que se atribuye a un ingenio de la Unión Soviética este dicho notable: «El capitalismo era la explotación del hombre por el hombre. El comunismo es al revés».

El Premio Nobel y los rusos

«Fácil es criticar; pero el arte es difícil». Esta coletilla o muletilla que, como tantas otras del mismo andar, se debe al ilustre Boileau —¡oh Dios, y qué cosas habría escrito si se hubiera llamado Boilevini!—, esta máxima digo, así llamada irónicamente por contener un mínimo de sentido, podría servir de lema a la Academia Sueca que da el Premio Nobel. No hay año que no la critiquen, ora los unos, ora los otros. Y eso que hace lo que puede y que, dadas las circunstancias, no lo hace mal.

Se ha hecho valer por sus críticos más acerbos que la lista de sus laureados, leída hoy, hace sonreír, reír, llorar y aun gritar. Pero ¿y qué? ¿Es el sentir de hoy tan seguro y superior? ¿Qué pensarán de nosotros mañana? La posteridad es *mobile* como toda *donna* que se respeta; y este es uno de los aspectos que hay que considerar al mirar el problema que procura resolver la Academia. ¿Cómo acogerse en su selección a valores y criterios de bastante permanencia?

Forzoso es reconocer que el sistema en sí no es bueno. El jurado selector es demasiado «provinciano», recluido en su ambiente sueco, apenas capaz de juzgar de primera mano otras literaturas que las escandinavas, germánicas y francesas. Por otra parte, las decisiones de la Academia no admiten apelación ni acatan juicios de opinión pública que, además, no suelen emanar de instituciones, personas o grupos de indiscutible autoridad. Y, por último, es fatal que el criterio que rige la elección venga determinado por el gusto, la propensión, la personalidad de los electores.

No conozco a ninguno y ni aun sus nombres sé. La única vez que tuve contacto alguno con alguien del grupo Nobel fue durante mi primer viaje a Estocolmo, en 1937, cuando me invitó a almorzar un señor muy académico y sabio que, según me aseguraron, era

entonces el
hombre-clave
en cuanto al Premio Nobel literario. De una pregunta que me hizo deduje que el almuerzo tenía por objeto conocer mi opinión sobre el proyecto de darle el premio a España. La pregunta fue: ¿Qué le parecería *CONCA* Espina?

Eso pasaba, pues, en tiempos que podemos llamar de la pasada generación. No es nada parecida la impresión que causan los que hoy dictaminan y aconsejan a la Academia. De todo lo que se dice y escribe parece desprenderse que se trata de un grupo de hombres de buena fe, gran cultura, abnegada aplicación y altura de miras. Si fracasan alguna vez, no cabe duda que ello se debe a la casi imposibilidad de acertar. ¿Quién podría juzgar todas las literaturas sin errar? ¿Y no habrá también cierto desvío de la intención del fundador al imaginar el premio como una corona *al mejor*, en vez de un galardón a uno entre varios? Porque, al fin y al cabo, a uno hay que escoger y, afortunadamente, son muchos los buenos.

Creo que esta desviación existe, pero que aún hay otra más flagrante. Nobel padecía, si no arrepentimiento, al menos remordimiento por haber llegado a millonario como inventor de la dinamita. Por eso fundó el Premio de la Paz, que da un comité de políticos noruegos como puede, y según su leal saber y entender; así como los de Química, Física y Medicina; y por eso formuló su premio de Literatura entrelazando con el laurel estético ramas de ético olivo. No tengo a mano el texto, pero quien lo consultare vería que, para Nobel mismo, se premia no solo al artista verbal sino al que, entre ellos, piense más y mejor en la pobre humanidad.

Ahora bien, este aspecto del Premio Nobel de Literatura parece tenerles casi siempre sin cuidado a los selectores de Estocolmo, al menos en nuestra época. Más bien parecen atenerse a un esteticismo intransigente que les lleva a preferir la obra poética a toda otra obra literaria. La poesía es, al fin y al cabo, el alma de la literatura y no habrá hombre de letras consciente de su arte que critique al jurado Nobel por dar a los poetas el primerísimo lugar en sus selecciones; pero es posible que por esta fidelidad al arte puro tenga que pasarse varios siglos más el alma en pena de Nobel ardiendo en el purgatorio de los fabricantes de armas.

Para complicar aún más las cosas, las naciones, ya más de un

centenar, de este mundo nuestro tan humano —¿qué otra cosa va a ser el pobre?— se han dado a considerar que el Premio Nobel es indispensable para el prestigio de cada una de ellas; de modo que en Estocolmo se dan tremendas batallas diplomáticas para que el del año que viene sea para «nosotros» porque el del año pasado fue para «ellos». Y héteme aquí a Estocolmo hecha una especie de Roma donde las embajadas intrigan para conseguir esa canonización que viene a ser el Premio Nobel. Lo que Nobel imaginó como un concurso puramente intelectual entre físicos, químicos, médicos y literatos, se vuelve feria de nacionalismos.

Y por si el nacionalismo no bastara, avinagra el ambiente el perenne tema de discordia —comunistas contra liberales— que nos tiene a todos desazonados y divididos. Y aquí sí que se le estropean las cosas a Suecia. Porque si el jurado concede sus favores una vez más de lo que la estadística multiplicada por el prestigio hacía esperar, qué le vamos a hacer si nos ha podido el gusto estético del comité o el mérito excepcional del laureado; pero si la Unión Soviética frunce el entrecejo, brama, hiere el suelo con la potente zarpa, entonces hay que pensarlo un poco. Suecia está a media hora aérea de Rusia, y obligada a la neutralidad.

El pobre Nobel ha cerrado el ciclo. Fundó un premio para propagar la paz y su mismo premio pone a las naciones en humor de guerra. Los selectores de la Academia de Estocolmo tratan de distinguir al mejor artista literario y se le viene encima a su país un conflicto internacional. Cuando se anuncia en el salón que el premio 1970 es para Solsyenitzin se alza una salva de aplausos tal que el anciano rey, guardián del equilibrio, no del literario, ¿eh?, sino el de los cañones, tiene que dar con la regia mano la señal de la moderación.

Ahora estamos en pleno tema. Premio Nobel de Literatura: ¿cuánto arte, cuánta política, cuánta ideología entran en su composición? Cada cual responde a estas preguntas según su modo de ser. Los que juzguen con rectitud tendrán que distinguir el jurado en sí y el jurado como entidad formada de ciudadanos de un país pequeño vecino de un país gigantesco. Por lo pronto, podemos formular con toda claridad y seguridad esta regla: *si se da una presión política efectiva sobre el Premio Nobel de Literatura solo puede proceder de la Unión Soviética*.

Esta conclusión no implica que la presión soviética sea omnipotente o definitiva en Estocolmo. Ni mucho menos. Si mis informes son ciertos, por ejemplo, la presión soviética para «sacarle» el Premio Nobel a Pablo Neruda fue tan persistente como ineficaz. [5] No sería difícil citar algún ejemplo de mucha mayor timidez en materias tales por parte de una nación europea mucho más potente que Suecia. Creo justo hacer constar que Suecia ha demostrado en su administración del Premio Nobel una vigorosa independencia de todo criterio que no fuera el estético —claro es que aplicado con más o menos acierto—, sobre el cual no es fácil pronunciarse con seguridad, ya que ello implica poner el criterio del crítico por encima del criticado.

Pero el caso soviético es para Suecia terreno minado. Rusia es un país de espíritu original y creador, dominado por un partido en el cual, por un desdichado proceso de antiselección natural, se tienen que ir acumulando las gentes menos dotadas de los altos valores morales e intelectuales que suelen prevalecer en las clases dirigentes en un país libre. Por lo tanto, en la Unión Soviética es inevitable un conflicto permanente entre los que ven y crean y los que no ven y mandan. Familiares nos son ya las lacras a que da lugar tan desdichada situación, los procesos, las condenas a campos de exterminio, los encierros en el manicomio de los mejores espíritus, toda la gama de horrores que suele dar de sí la tiranía en cualquier forma que sea y en cualquier ideología en que se funde. Cuando esto escribo se anuncia que el partido, o sea los beatos del partido comunista ruso, van a «revisar» las ediciones de los poemas de Yesenin para ajustarlas a la «línea». Insisto en ello porque deseo hacer constar la consecuencia inevitable de esta grieta interior en una cultura nacional: *la identificación del Estado con la nación y de la nación con lo peor de la nación*. Esta consecuencia no es mero resultado de la atracción o repulsión de tal o cual crítico o escuela crítica para con tal ideología o Estado fundado sobre ella; sino fatalidad inherente a la situación, y que puede formularse así: donde un Estado se apoya en la mera fuerza, la literatura de los que apoyan al Estado es la peor. No es solo que sea así, sino que tiene que ser así.

Bastará para probarlo un breve análisis de la obra de arte; la cual es en su esencia un puente de materia para el cual el estado de

ánimo del
artista-poeta
pasa al
espectador-lector.
Esta definición sugiere tres criterios para juzgar la obra de arte: el que valora al artífice, estimando su poder sobre la materia para obligarla a transmitir el espíritu; el que valora al
poeta-músico,
que late en el fondo de todo artista, como ser capaz de sentir un momento poético o musical con unidad de emoción suficiente para que haya obra de arte; y el que valora al artista como ser humano; porque si la obra de arte expresa y comunica un estado de alma, tal valdrá la obra como el estado de alma que le da vida, y tal valdrá el estado de alma como el alma que entra en él. En último término, pues, la obra de arte vale lo que el hombre que la hace.

Ahora bien —para volver a los rusos— ¿qué valor cabe dar a hombres que ponen su arte al servicio del estalinismo? No se trata de decir: «X es estalinista, yo soy antiestalinista; luego X es un novelista malo». Se trata de algo más objetivo, hondo y grave. X es un novelista que ha estado siempre al servicio de los mecanismos estatales soviéticos para imponer la lamentable ideología soviética por los medios más miserables, persiguiendo a los escritores más nobles e independientes, que han padecido y padecen esta persecución, como lo probó en sus lamentables ataques contra Pasternak. No es, pues, posible que X pueda elevarse a los niveles en los que se crean las obras grandes.

Esta es la perspectiva con la que hay que mirar la relación entre el Premio Nobel y los rusos. Parece ser que cuando el comité de Estocolmo le dio el premio a Pasternak, se atribuyó, y con razón, el premio a su gran novela «El Dr. Syivago», pero ya antes tenía pensado el comité concederle el premio por su poesía —cosa muy característica del comité actual—. ¿Cabe sospechar al comité de tendencias anticomunistas? No me parece razonable. El mismo comité le concedió el premio hace unos años a Quasimodo, poeta italiano procomunista, siendo así que casi toda la Italia literaria hubiera considerado a Eugenio Móntale como mejor poeta; y hasta a Sartre fue a elegir el comité, autor que nadie tomará por fascista. Todo parece indicar que la selección de Pasternak fue objetiva y

debida a sus méritos. Antirégimen, sin duda; en consecuencia, pero no en causa. Así tenía que ser, ya que, por las razones aducidas, todo escritor ruso de primera categoría tiene que ser por fuerza contrario al sistema soviético.

Luego vino la reacción del régimen, callada y secreta, desde luego; pero, esta vez, eficaz. La Unión Soviética puso en juego sus métodos políticos de presión; y el comité tuvo que dar el premio a X, el novelista al servicio del stalinismo más despiadado, al hombre que ya se había distinguido por sus ataques a Pasternak; el literato de cámara del zar rojo. Y aquí sí que hubo intervención de la política. Una de las maniobras del stalinismo nacional y extranacional ha consistido precisamente en enumerar a X en línea con Pasternak y Solsyenitzin, como si fueran los tres pocos menos que intercambiables, para hacer pasar el plomo con los dos oros.

Porque ahora viene Solsyenitzin. Y claro es que este gran novelista tiene que ser, por la fuerza de las cosas, enemigo del régimen. No se pueden escribir novelas como «Un día en la vida de Iván Denisovich», «El primer círculo» o «El pabellón de los cancerosos» sin ser hombre magnánimo, cuya alma, por lo tanto, no cabe en la inmensa prisión que es la Unión Soviética. Inútil será que se le eche la «culpa» del premio a un anti-sovietismo, inexistente, del comité. Es sencillamente que, al otear el panorama ruso y divisar un novelista de primerísima clase, por las razones ya vistas, este novelista tenía que ser antisoviético. La causa es objetiva: la forma del mundo es así.

Al elegirlo, el comité ha logrado dominar la propensión al preciosismo de que padece a veces. Solsyenitzin es un autor más de fondo que de forma; su fuerza surge del dramatismo inherente a las situaciones. Nada en él sugiere la prioridad del modo de decir sobre lo que se dice, el «estilismo» consciente de un Oscar Wilde o un Villiers de l'Isle-Adam. A él le basta con «al pan, pan y al vino, vino»; porque su pan es candeal y su vino generoso, y todo ello es naturaleza. Por eso ha hecho tanta impresión enseguida aunque la política reaccionaria de la Unión Soviética haya hecho difícil procurarse sus textos originales. En francés, inglés, alemán leídos, el efecto dinámico es

casi tan potente. Al lector no versado en ruso le parecen buenas traducciones; entre los que conocen bien el ruso, estas traducciones tienen muy buena reputación; pero más que pésimas habían de ser para que no quedara poco menos que intacto el vigor dramático de su original.

Justo es añadir que estas grandes novelas de Solsyenitzin sobrepasan con mucho el aspecto antisoviético que a primera vista parecen ofrecer a la opinión pública, siempre alerta —de un lado o de otro— ante el tema comunista. La miseria intelectual y moral del régimen y de sus hombres no es el asunto ni el objeto del autor. Su objeto, su asunto, ¿qué va a ser sino la vida? ¿Y qué vida va a ser sino la que ve en torno suyo? La miseria intelectual y moral del régimen se desprende de lo que relata, como la pestilencia emana de lo putrefacto. Solsyenitzin pinta la vida de las gentes tal y como son en sus adentros. Claro que no lo puede hacer sin pintar la vida de las gentes tal y como están, insertas en un régimen humano. Pero no pinta el régimen como tal régimen. Solo en cuanto condiciona y aun determina las vidas humanas que le ha tocado observar.

Por esta vez, en todo caso, el comité de Estocolmo parece haber elegido a su laureado con un criterio humano y permanente. Esta selección lleva trazas de figurar entre sus aciertos de mayor resistencia a la obra demoledora de los tiempos, las opiniones y hasta las modas. Solsyenitzin es y será uno de los grandes poetas-novelistas de Rusia —la Rusia de más hondura y humanidad, la que dio al mundo a Gogol y a Tolstoi, a Dostoievsqui, a Chejov y a Pasternak; la que seguirá viviendo y floreciendo cuando esta edad cavernaria de los tristes bolcheviques no sea ya más que un recuerdo casi increíble en los anales del mundo.

Sobre el colonialismo

La vida es multiforme y multicolor; inesperada, rica en sorpresas, fértil de creaciones, espontánea y nada maleable a la presión del intelecto. El cual, a su vez, es dado al cubismo. Todo ha de ser previsible, pretrazado, proyectado y uniforme. Esta me parece ser la causa más honda y general del divorcio entre todos los «ismos» y la realidad. Los ismos son cestas para el agua, moldes para flores, alambres para el relámpago. No fracasa Marx por Marx sino por intelectual. Quiso «monocromatizar» la historia, siendo así que, para ser fiel a la vida, la historia tiene que ser multicolor. Marx procrea una escuela de intelectuales para quienes todo ha de explicarse por la economía.

Para Marx era la economía la clave de todo, como el sexo para Freud. Tanto da. Reducir al hombre a una de sus mil y una funciones o apetencias es manía del intelecto simplificador, luego falsificador. El hombre es tan múltiple, inesperado, espontáneo como toda la vida; y ya cuando decimos «el hombre» falsificamos porque simplificamos, que ni aun en la misma España es el andaluz como el catalán ni el gallego como el castellano; así que ¿cómo va a ser el portugués como el sueco, o el napolitano como el japonés? Ni el manirroto como el avaro, ni el juerguista como el ordenado. Hizo falta toda la capacidad de abstracción de un alumno de la Escuela Normal Superior de París para irse a Bolivia a predicar marxismo a los indios. Ahora se lo explica a los rotos de Chile.

¿Qué mejor ilustración de este vicio del intelecto marxista que la interpretación que ha querido dar del colonialismo como un episodio natural de la realidad económica del siglo XIX visto por los epígonos de Marx? Era menester abrir mercados, y «el capitalismo» hizo lo necesario mandando a sus ministros, generales y periodistas que, a tal efecto, emprendieron guerras coloniales. Todo esto es pura novela de economistas metidos a historiadores.

Para poner en pie tamaño engendro fue necesario personalizar una o varias abstracciones. Este es través frecuente en los intelectos teóricos, que hablarán de los progresos que hace «la cirugía» o la «evolución», como si estas meras abstracciones fueran sendas señoras que con pie animoso siguen la senda que va hacia el porvenir. Así hay quien ve al «capitalismo» como un siniestro traidor de teatro que, casi siempre entre bastidores, da órdenes o dicta actitudes o frases a los gobiernos, a la prensa, al ejército. Todo novela. Los capitalistas, aun unidos, y pocas veces lo están, ni en sueños se atreverían a tomarse libertad alguna con el poder político, de quien dependen mucho más que este de ellos; así que las cosas van siempre por muy otro camino. O, dicho de otro modo, el análisis marxista del colonialismo no tiene nada que ver con la realidad.

Las empresas llamadas coloniales han debido su origen a hombres animosos que se aburrían en la inacción; o a ejércitos bien armados y provistos de un cuerpo de oficiales con más agallas que cerebro. Cuando a fines de septiembre de 1931, en Ginebra, como presidente del Consejo de la Sociedad de Naciones tuve que ir al Hotel Métropole para pedir explicaciones a mi colega japonés sobre el ataque a China en Mukden, todo el mundo sabía ya de qué se trataba: no había tal colonialismo económico. Las dos grandes casas japonesas de negocios Mitsi y Mitsubishi se estaban quedando suavemente con toda la riqueza de Manchuria sin que nadie se enterara, sin que nadie protestara, ni siquiera los chinos. Pero la oficialidad japonesa no quería dividendos; quería gloria militar. La guerra de Manchuria fue, pues, un episodio creado no por el «homo oeconomicus», sino por su adversario, el «homo militaris».

Cuando Guillermo II comenzó la primera guerra mundial, la banca alemana se estaba quedando suavemente con la economía francesa, muy a gusto de todos; tanto que casi todo el champaña que bebían los franceses, si era francés por la uva y la manufactura, era alemán por la hacienda y hasta por el nombre. Pero la oficialidad alemana quiso una guerra «gozosa», a la que tampoco era contrario cierto sector patriotero de París. Y, con gran repugnancia y contrariedad de los capitalistas de ambos países, estalló aquella guerra que así tenía que ver con la economía como con la teología.

Cuando el Gobierno inglés se ve obligado a enfrentarse con el problema de Egipto, que le pide un ejército para dominar el furor religioso-nacional del famoso caudillo sudanés, el Mahdi, Gladstone manda un coronel; sin duda creyendo que un coronel inglés rodeado de egipcios era capaz de habérselas con un fanático musulmán. Cuando los del Mahdi derrotan a los egipcios, aun así «coronelados» a la inglesa, Gladstone, bajo la presión de la opinión pública y contra la opinión de los capitalistas, que no querían ni líos ni impuestos, manda al general Gordon. ¿Era Gordon un agente del capitalismo? Nada de eso. Era tan devoto de la Biblia como el Mahdi del Alcorán. Y, por negarse Gladstone a socorrerlo, pereció Gordon. Solo entonces, ante la emoción nacional causada por la sangre y no por la ganancia, mandó el Gobierno a Kitchener para vengar la afrenta. ¿Qué tiene todo esto que ver con Marx?

¿Dónde está, pues, ese mítico capitalista que decide que hay que «abrir mercados» y da órdenes a los Gobiernos para que se los abran a cañonazos? En ninguna parte, fuera de la imaginación de los escritores marxistas. El capitalista que se hubiera atrevido a levantar la voz a Gladstone… no. No es ni imaginable. Si en algún caso pudo haberse dado algo parecido —y poco, como vamos a verlo—, fue en los siglos anteriores, en la India, donde la fuerza impulsora vino de la famosa Compañía de la India. Pero hubo que fundar la Compañía porque el Gobierno inglés no quería hacerse cargo de aquel continente que sus hombres de empresa, o de presa, como Clive, le habían conquistado. ¿Para abrir mercados? Nada de eso. Para llenarse el pecho del aire de la vida. ¿Qué agente de qué capitalismo fue Hernán Cortés? Camino de las Indias, ya dijo a sus amigos que o comería en vajilla de oro o moriría en la horca. Cortés no era comerciante, sino gran señor; como Gordon no era comerciante, sino general cristiano; como Livingstone no era comerciante, sino explorador también «tocado» de cristianismo a caza de prosélitos; y el mismo Cecil Rhodes, a quien se le suele rodear de una aureola de oro… y diamantes, era mucho más aventurero que financiero. Como lo era aquel Jameson del famoso Raid. Y si se quiere meter en todo ello al no menos, sino más, famoso Joe Chamberlain, habrá que recordar que toda aquella aventura tuvo mucho de conspiratorio y secreto, y nada de

sistemático y menos de oficial. Y los franceses que exploran el África, ¿qué son sino militares «cocardiers», como aquel capitán Marchand, que de mercader no tenía más que el nombre?

Así, pues, toda esa teoría económica del colonialismo es pura invención de los marxistas. En el siglo XIX se dio un conjunto de circunstancias que basta para explicar los hechos. La más fuerte fue un resurgimiento del nacionalismo, no solo en los países pujantes, como Inglaterra, Francia y Alemania, sino en todos. Era una sensación de plenitud, de satisfacción, de hinchar el pecho, que en cada país se manifestó a su modo, porque Marx o no Marx, cada país tiene su modo de hacer las cosas. Así, por ejemplo, hubo países de tan intenso nacionalismo como Suecia y Suiza, que ni por asomo pensaron en adquirir colonias; y sin ellas, lograron elevar el nivel de vida de sus pueblos respectivos; hubo otros, como Francia e Inglaterra, que vieron en el colonialismo algo por el estilo del Imperio romano y del Imperio español, aunque este se solía olvidar o calumniar, precisamente porque era objeto de tanta envidia secreta. Los hubo como Alemania, que, mientras estuvo dirigida por Bismarck, empujó a Francia a las aventuras coloniales precisamente para quitársela de encima en Europa; y solo cuando el deficiente Guillermo II se encargó del poder, se contagió de la vanidad imperial y comenzó a delirar *Lebensraum*. Todo el mundo sabe, o debiera saber, que para Italia no fueron jamás sus colonias fuente de beneficios, sino algo así como aquellos plumeros que llevaban todavía hace muy poco los generales de todos los países, y que venían a ser un híbrido de adorno y de
mete-miedo.

Pero el caso más interesante quizá sea el de Holanda. Cuando hacia el final de la segunda guerra mundial se vislumbró el fin del Imperio colonial holandés, ¿quién no vaticinó el fin de la misma Holanda? Pero Holanda no ha sido nunca tan próspera como desde que se quedó sin Imperio colonial.

Obsesos con el mítico capitalismo, los críticos marxistas no han prestado la debida atención a otras causas de la colonización, una de las cuales ya hace muchos años comentó Ramiro de Maeztu con agudeza. La clase más directamente interesada en la expansión colonial ha solido ser la burocracia. Esta clase es el puerto seguro de los graduados universitarios. Al ampliarse con el progreso

escolar el número de estos graduados, se iban encontrando con que cada vez había más aspirantes y menos puestos. Así se preparaba en la clase media un sector social siempre predispuesto a simpatizar con la expansión colonial. Basta pensar en lo que la India dio de cargos (bien retribuidos y acolchonados con pingües jubilaciones) a los graduados de Oxford y de Cambridge, para explicar la colonización de aquel inmenso país sin acudir al espectro capitalista. Y, aun así, no hubo plan, proyecto, propósito deliberado. Las cosas vinieron rodadas. Mientras que esas teorías «*a posteriori*» más bien recuerdan aquel coro de caballeros armados de punta en blanco que salía a escena cantando: «Vamos a bregar en la Guerra de Treinta Años».

Este interés tan natural de la burocracia da no poco colorido al tema; porque sucede que al emanciparse los inmensos países que constituían el Imperio británico, se perdió casi todo aquel «mercado» para los profesionales británicos; y aunque algunos quedan en las ex colonias, y no pocos que ya retirados cobran pensión, las nuevas generaciones se encontraron con mucho diploma y poco dinero. De aquí, sin duda, la conversión al socialismo de tanta gente joven y aun de la ya menos joven; porque, en la práctica, el socialismo, volviendo la espalda a Marx, se resuelve en hinchazón del Estado, y, por lo tanto, de la burocracia; de modo que, gracias al socialismo, es casi seguro que hay hoy en el Estado inglés más burócratas colocados que los que había antaño en el país más en la India; y los que, aun así no hallan sitio y sueldo, lo encuentran con creces en las inmensas burocracias internacionales que giran en torno a las Naciones Unidas.

Pero sería injusto no hacer constar que los imperios coloniales edificados en el siglo pasado, y demolidos en el presente, hicieron también obra constructiva. No es este el lugar para ni siquiera esbozar un balance de esta labor; pero sí para dejar sentado que, en obras públicas, administración, justicia y cultura, las naciones colonizadoras, aunque empezaron mal y con escasa comprensión de los intereses humanos en presencia, mejoraron mucho con el tiempo y terminaron bien, según modelos que rebasan los estrechos límites de la economía. El hecho es que, cada una a su modo, las naciones europeas que tuvieron en su poder países de Asia y de África han quedado en buena relación con ellas, pese al caso desdichado de

Vietnam.

Importa establecer este punto porque si ha quedado cierto vínculo de amistad entre las ex colonias y las ex metrópolis, ello implica que las ex colonias siguen existiendo como tales países independientes. ¿Hasta qué punto independientes? También esto ha menester claridad. Por un conjunto de razones, y sobre todo por falta de capital, de crédito y de minorías preparadas para las funciones de gobierno, administración y técnica, estos países no han logrado todavía asentar su independencia. Pero ya es mucho que nos choque el hecho, cuando aún no hace diez años alguno de los hoy jefes de Estado estaba todavía en la cárcel por rebelde a la metrópoli, y si a mano viene, lo volverá a estar dentro de diez meses por rebelde a la «ex colonia». Pero «esta dependencia es independiente»; es decir, estos países dependen de algún otro que les suministre capital, crédito y técnicos; pero poseen plena libertad de elección de ese «otro» de quien decidirán depender. Quiña ha elegido a Inglaterra, pero Tanzania ha preferido a China.

Ahora bien, este hecho basta para distinguir el imperialismo-colonialismo occidental del de Rusia o del de China. En Rusia se considera el colonialismo como un modo de devorar a la colonia en beneficio de la metrópoli. Para empezar, se corre un velo. No hay colonias. No hay más que repúblicas federadas, cada una con su Parlamento, sus ministros, toda la armazón política usual de un Estado; pero toda esta armazón es una mera tramoya. El que manda no es el Gobierno, sino el partido; y el partido, rígidamente centralizado, obedece ciegamente al Politburó de Móscova, es decir, a Rusia.

Para el partido no hay poderes federados. Solo el partido manda.

Tanto es así, que Stalin suprimió de una plumada tres o cuatro de estas sedicentes repúblicas federadas y trasladó sus habitantes a Siberia, en condiciones tales que solo sobrevivieron pocos del pueblo y ninguno de la minoría profesional y culta; y esta es la fecha en que lo que queda de estas repúblicas sigue pidiendo, en vano, volver a sus hogares. (Razón por la cual no resulta muy convincente el entusiasmo ruso en apoyar el retorno de los «fedayin» a su suelo natal).

La política que sigue Rusia para con las repúblicas «federadas» de Siberia se inspira en la rusificación más descarada. Las gobierna mediante comunistas del país que ocupan la fachada política, y funcionarios del partido que detentan el poder de verdad; y las rusifica por los métodos usuales de la demografía política. En cuanto a China, sabido es que no solo se apoderó del Tibet, sino que ha abolido su religión, perseguido implacablemente a los lamas, reducido a los tibetanos por la matanza y el hambre.

Todo esto ha de tenerse en cuenta al tratar de estimar el colonialismo de los EE. UU. Para un hispánico no cabe ilusión. Si los EE. UU. no aspiran a absorber toda la América hispánica, su política en aquel hemisferio carece de sentido. Por lo tanto, nosotros, los españoles, tenemos más autoridad que otros para discutir estos temas con serenidad. La política tradicional de los Estados Unidos en Hispanoamérica es consecuencia de su filosofía de fondo, empírica «behaviourista» y, por tanto, amoral. El enfrentamiento entre las dos culturas se considera como un encuentro darwiniano predestinado al «viva quien venza». En la historia pasada y aun reciente de este enfrentamiento se dan episodios que así lo prueban. Pero los Estados Unidos no han impedido que Cuba, Perú y ahora Chile sigan cada cual no precisamente su camino, sino el camino de una minoría con poco derecho a trazarlo. Compárese la actitud de Kennedy en Cuba con la de Brezynef en Checoslovaquia. Esta mera ojeada a las formas que el colonialismo toma en los centros del poder a oriente y occidente basta para confirmar el punto de vista aquí presentado sobre el colonialismo y el imperialismo como aspectos históricos que en nada se compaginan con la interpretación económica o materialista de la historia. Se trata de formas complejas del hambre de poder que radica en lo más hondo del alma individual del hombre y del alma colectiva de la nación; y en la época actual se manifiesta con máxima intensidad en la Unión Soviética y en la República Popular de China.

Viaje antiguo con glosas modernas

En 1946 hice un viaje por Hispanoamérica del que tomé un diario. Aquí lo publico con glosas que me inspiran hoy los recuerdos de ayer.

Aeropuerto de Miami

Gran cazuela donde hierve una humanidad adormilada, hambrienta, sedienta, grasienta, cansada y cargada de equipaje erizado de críos, loros y guitarras; cuadro abigarrado inscrito en un marco de mostradores, teléfonos, básculas, y otros aparatos que procuran conferirle un aire de responsabilidad tecnocrática. Me acerco al mostrador donde hay que inscribirse para el viaje —*check*, palabra universal que allá significa todo, y que hasta en el mundo hispánico contribuye a pudrir nuestra lengua con ese infecto «chequear»— y al verme el tinterillo de turno observando mi sombrero flexible, se sonríe, no sin amabilidad, y arriesga una opinión: «No hay más que verle. Usted no es un hombre de negocios». Echa una ojeada a los papeles: «Ah, hombre de letras». Vacila, pluma en mano, desconcertado por mi profesión; y al fin, se decide. «Bueno. Pondremos
College-Professor».
A más exactitud no alcanza el mundo de teléfonos y máquinas de pesar cuando hay que describir el mundo de los seres humanos, loros y guitarras. Vaya pues. Haremos el viaje de
College-Professor.

O sea que procuraré hacer de transición, vínculo, intérprete entre el cuadro de tecnólogos y tecnócratas que está tratando de

mecanizar al mundo, a fin de dotarlo de un manubrio que les venga bien a la mano, y ese otro mundo de seres humanos que maldito si desea lo mecanicen y hagan dar vueltas como un organillo, hasta por los aires, por donde antaño solo viajaban las brujas; pero así es, que si no, esa matrona mulata de amplia espetera, caderas potentes y facciones formidables no estaría ahora con sus seis pequeñuelos cruzando los cielos a quinientos kilómetros por hora sobre el Istmo de Panamá hacia la señorial Lima o Dios sabe qué otra ciudad indoespañola. Aquí está presente el cuadro de aparatos, y no como mero cuadro sino como armazón que sostiene en el aire el frágil castillo de aluminio; y allá en la cabina de mando los maestros del vuelo son los representantes del mundo de insectos inteligentes que poco a poco va apoderándose del mundo de loros y guitarras otrora tan libre y confiado en los bosques y aldeas de la era premecánica.

Glosa

Aerodromedarios

Islas suaves. Langor. Lascivas palmeras.
Labios de arena húmedos de espumas amargas…
Yo aquí seco sobre el asfalto de las pistas aéreas
que el sol dardea con sus largas lanzas.
¿Dónde los grillos chirriando en sus estradivarios?
¿Los pinos haciéndose sombras con sus verdes adargas?
El aeropastor vigila desde su torre esmeralda.
Su rebaño de aerodromedarios
con la joroba en las nubes y los pies en continentes varios.
¿No subes?
¡Ah!, el pasaporte, el pasaporte…
Ese picaporte de papel que abre las puertas fronteras…
Volarás sobre una manta de nubes
Sí, ya lo sé. La joroba en las nubes
y los pies en trabas aduaneras.
¡Pobres aerodromedarios!
Tan jorobados y tan estrafalarios…
Atronando las salas pululantes

de multitudes ululantes,
los rebuznos feroces
que rasgan el gaznate de los altavoces,
dan gritos estradivarios.
¿Adónde iréis a caballo de las jorobas de esos aerodromedarios?
Arropado en una manta de nubes
crees que te quedas abajo cuando crees que subes
y cuando llegas te apeas de la joroba
con una arroba de recuerdos varios,
indios, americanos, escandinavos, árabes y canarios.
Pisto de colores que se te indigesta
en la testa,
aturdida por las vitrinas gigantescas
de los aeropuertos inhospitalarios…
Oh tristes aerodromedarios…

Salta

¡Qué encanto encontrar un Cádiz o una Valencia a más de mil quinientos metros de Buenos Aires! Calles tan lindas como limpias y aseadas, casas bajas, pintadas de colores alegres, un casino que, por elevarse a dos pisos, se las echa de rascacielos; un hotel que parece transplantado de Andalucía, y de los mejores, una catedral amarilla, y la bellísima torre encarnada del monasterio de San Francisco, elevándose sobre el único solar de la ciudad que no ha cambiado de dueño desde que Hernando de Lerma la fundó y los repartió en 1582. Solar y letras. De setecientas a ochocientas personas a mi conferencia, auditorio alerta al que no se le va ni un punto, alusión, intención. Bienestar sencillo y por lo tanto noble. Ni asomo de ostentación ni de vulgaridad. Espacio. Ríos majestuosos. Semiocultas en los pliegues del valle, chozas color de polvo, donde vegetan apacibles campesinos. Nada de aparatos de cromo. Paz.

Glosa

Por aquellas tierras se oye todavía el galope de Güemes. Si su espíritu ronda el valle, ¿qué pasará? De seguro que se gozaría con la Salta que yo vi entonces el 46, chiquita, pero no solo culta sino civilizada, amena, humana. Pero aquella Salta brillaba engarzada en una Argentina cruzada y recruzada por aires contrarios, vientos, vendavales, huracanes. Y sigue la tempestad. Lo quiere el siglo. Con tal de que se salve aquella Salta y lo que aquella Salta encarnaba.

Buenos Aires

Ciudad multimillonaria de habitantes ¿qué será sino abominación? Pero tan vasta que en su infierno caben no pocos pequeños paraísos. El negocio y la política baten con ritmos encontrados en las arterias de la ciudad, y a veces la agitan y calman, causándole fiebres; pero en su enorme ser quedan intactos y tranquilos lugares discretos, jardines donde, en torno a un hombre o una mujer, el de casa y el de fuera pueden gozar buena música, buena poesía, buena conversación —y hasta buena mesa—. Los trabajadores bullen y buscan, sin haber logrado todavía plasmar su energía en instituciones creadoras. Las clases altas, españoles casados con italianas, o viceversa, viven vidas inglesas en casas francesas y comienzan a bizquear hacia Nueva York, de donde vienen los chismes de acero cromado para mecanizar la existencia. La añeja capital criolla se reeuropeiza con nuevas ondas invasoras, españoles republicanos, ex nazis alemanes, ex fascistas italianos, ex víctimas de unos y otros, liberales italianos, judíos alemanes, europeos anticomunistas de allende el telón de acero, que van creando una Europa nueva en el seno de esta capital que siempre se sintió más europea que ninguna otra del nuevo mundo. Bajo el desorden, despiste, a veces desasosiego, late una sensación de poder, bajo la inestabilidad, una sensación de firmeza y de constancia, que revelan una fe. Buenos Aires vive en el porvenir.

Glosa

La fe sigue ardiendo, pero faltan las obras. Los aires, vientos, vendavales, huracanes, siguen soplando. Buenos Aires, ciudad del porvenir, vuelve la vista atrás. ¿Cabe mayor desorientación? Mirar el Este en vez del Oeste, sea. Ya se corregirá. Mirar el Sur en vez del Norte, bueno. Ya lo veremos. Pero mirar a los ayeres muertos y no a los mañanas vivos, ¡qué pena!

Vuelo sobre la Pampa

Sabana inmensa de tierra. Una trinchera natural de una vara de hondo adquiere honores de barranco, casi de abismo; y los ríos, aburridos de tanto fluir sin correr y tan poco bajar, se borran del mapa por suicidio. En estos vastos espacios yacen ocultas las raíces de esa sensación de poder que deja la indiferencia difusa de Buenos Aires. Parece como si de estas lejanías donde el cielo se iguala con la tierra emanara la majestad del hombre cuyos horizontes son casi eternos, y el inmenso vagar que disuelve los quehaceres en contemplación.

Glosa

¿Quién sabe? Quizá sea esta lejanía inmensa de los horizontes de la pampa lo que hace al argentino tan intransigente con toda realidad que no se ajuste al azul celeste. Esa bandera, azul y blanca… Colores puros. Colores de horizonte pampero. Y si no va a ser azul y blanco, no lo quiero. Así van los argentinos anda que te anda por la pampa interminable hasta que el mismo suelo que pisan se vuelva blanco y azul. Pero, cuidado, del matiz exacto del que pisa.

Santiago

La de más relieve y vigor entre las ciudades que en el mundo

hispano llevan el nombre del Apóstol matamoros es hoy una gran capital. La última vez que estuve aquí, hace once años, todavía flotaba en calles y plazas el encanto de la vieja ciudad catedralicia española que ha debido de haber emanado durante siglos. Hoy es populosa, ruidosa, hacendosa, y casi todo el día (ya no el *santo* día), acosada y apresada capital del mundo de los chismes de cromo, en la que discuten de abonos y metales financieros de casa y de fuera, bajo la mirada hostil de sus adversarios comunistas. Acaba de empuñar el timón un presidente juvenil. En su tripulación ministerial, tres comunistas dan testimonio elocuente del poder de infiltración del Islam moderno. El diario de segunda mayor circulación es comunista. El poeta más famoso del país es también adepto del nuevo Islam. Siguiendo la moda de los países hispanoamericanos del Pacífico, este poeta y sus amigos comunistas se arrogan la representación y protección del aborigen americano contra la dominación de «los españoles» en el pasado y de «los ricos» en el presente. Chile es un país de blancos acomodados que gobierna una clase media algo mestizada y un pueblo en que abunda el indio. Cámbiense los porcentajes, y la definición se aplica a todo el Pacífico americano. Al Norte, en cuanto se extiende hacia el Atlántico, estos países se matizan también de sangre negra, lo que a su vez complica la sociología y la política de aquellos pueblos. La creciente influencia comunista inyectará seguramente mayor sentido de realidad donde se curaban males sociales con mera retórica.

Glosa

Poco duró aquella luna de miel de González Videla con los comunistas. Dimitieron los tres ministros, Videla rompió con la Unión Soviética en octubre del 47 y luego hizo votar una ley (junio del 48) que hacía ilegal el partido comunista. Todo fue a dar pocos años después a una dictadura militar, la de Ibáñez. Dios nos libre de experimentos que así terminan. Pero Chile está siempre expuesta a ellos por prurito de novedad intelectual y cierta vanidad de pasar por inglés que el chileno debe a la abundancia de ingleses (y

también a la de alemanes) en su inmigración. Ello les inspira una actitud simpática, pero algo infantil, de chico estudioso y de buena conducta. Cuando se trató de escoger (en el Parlamento) entre Allende, Tomic y Alessandri, lo inteligente, lo sensato y, a mi modo de ver, lo más democrático, hubiera sido elegir a Tomic, que era el que más se acercaba al conjunto de la voluntad nacional. Pero ¿qué hubieran dicho los ingleses? **[6]**

Vuelo sobre el desierto

Ahora me doy cuenta de lo que vale la famosa revelación que hacen los manuales de geografía: si se pone el sur de Chile en Marruecos, el norte estará en el de Noruega. Tuvimos que levantarnos con el alba para salir de Santiago y no llegaremos a Lima hasta el anochecer. Y casi todo el trayecto se hace volando sobre el desierto. Un desierto que confirma la sabiduría del dicho inglés: «Demasiado de lo bueno»; porque lo que esteriliza esta inmensa faja de terreno es el exceso de salitre que en dosis moderadas lo fertilizaría. De cuando en cuando baja un río de los Andes al mar y, por haberse llevado el exceso de salitre, hace florecer sus orillas de espléndida vegetación. El sol se pone, iluminando la Cordillera que ahora semeja una inmensa fortaleza tallada en cinabrio. El avión vuela sobre el mar. Lima, cubierta de neblina seis meses al año, es entonces solo accesible penetrando en su valle desde el mar. Así nos adentramos en el valle de Rimac y a poco aterrizamos en el mejor aeródromo que hasta ahora he visto.

Lima

¡Qué razón tuvo el gran y tan calumniado Pizarro cuando se empeñó en fundar Lima en este lugar! La que fue otrora capital del virreinato de Sudamérica es hoy capital del transporte aéreo del continente. Hacia Santiago al sur, hacia Bolivia y Buenos Aires al sureste sobre la altiplanicie, hacia Guayaquil, Quito, Bogotá y el Atlántico al norte, irradian las líneas aéreas como los radios de una

rueda con el cubo en Lima. De aquí la belleza y excelente organización de este aeropuerto. Esta nueva importancia de la veterana ciudad de los Reyes se expresa en las avenidas de hermosas mansiones que la adornan. Lima ha crecido como un hongo en los últimos diez años; y las moradas que a centenares se están construyendo revelan un bienestar que nosotros europeos observamos unos con envidia, otros con sospecha de que ya resulta tardío y como de otra edad. El estilo es bueno —casi siempre, adaptación feliz y temas españoles—; y el efecto general, espacioso y noble.

Ocurre además que este incremento de riqueza y poder que revela la capital coincide con una evolución discreta pero concreta de su situación política hacia un ensanche de la base de su vida colectiva. Los dogmas y principios del APRA (Acción Popular Revolucionaria Americana) no son de lo más claro que cabe imaginar: pero, en lo que importa que es el hecho eficaz, su acceso al poder implica el triunfo del mestizo, su arribo si no al ejercicio del poder, al menos al de su debida influencia sobre la opinión. Este mero hecho canaliza la marea creciente de las fuerzas democráticas en una dirección divergente del comunismo; porque el APRA, hecho que sorprende aunque debiera parecer natural, se torna cada vez menos revolucionaria a medida que se carga más de responsabilidad gubernamental. Pero cabe esperar en el Perú lo que ya hemos visto en México —que la revolución es menos política y hasta menos económica que racial. Se retira de la escena la aristocracia blanca, y la sustituye la clase media mestiza.

Quito

Vivo ejemplo del don español de crear nacionalidades: el Ecuador lo logra a pesar de estar compuesta de una zona tórrida-marítima y de una meseta a tres mil metros del nivel del mar. Hoy en día, se sube de Guayaquil a Quito en horas; pero en los tiempos en los que era el caballo el transporte más veloz… Este hecho todavía domina la tierra y la gente. Quito es todavía una ciudad española

provinciana en cuyas calles las indias, descalzas, bien arropadas en faldas y refajos, y con el sombrero hongo en la cabeza, parecen exóticas. Quito se ufana, y con razón, de una escuela antigua de pintores y de unas iglesias notables, dos de las cuales figuran entre las más hermosas del mundo. Una de ellas, la del monasterio de San Francisco, más antigua que El Escorial, es obra maestra del Renacimiento
italo-español.
Esta solera es la que hace de la cultura española, aquí como en toda Hispanoamérica, el puente natural para hacer penetrar las ideas occidentales en los estratos más hondos de la población que aquí (más que en ningún otro país de América, salvo Bolivia) es india. Estas tierras de encanto, ricas y bien regadas por las nieves circundantes, no han menester más que hombres emprendedores para transfigurarse en aquel Eldorado que la imaginación ha colocado en la vecina Colombia.

Bogotá

Esta es la Tierra de Eldorado. La República que se ufana de su tradición, de orden y cultura política, y de una sucesión pacífica de presidentes civiles, sin espadones ni entorchados. «¿Y a qué o quién se lo deben?», le pregunté a uno de los colombianos de mayor relieve y prestigio en el país. El cual me contestó: «Al conquistador que fundó esta ciudad; porque Quesada era un letrado».

Pero el caso es que para que el orden prevalezca en una república, se necesita un mínimo de densidad de población, y este país inmenso, con sus ocho millones de habitantes, está poco menos que vacío. Los republicanos españoles han estimulado no poco su vida económica; y me cuentan que hoy se dan ricos arrozales en terrenos que antes de nuestra guerra civil no daban nada, gracias a irnos españoles que trocaron la espada por el azadón. El porvenir político del país depende del que le espera, o le hará, el partido liberal. Dividido por una disidencia demagógica, ha cesado de actuar como el elemento estabilizador de la política. Amenaza pues el extremismo —de derecha o de izquierda, queda por ver.

Glosa

Queda por ver todavía. Entretanto, el país de letrados y poetas ha caído en país de trabucaires, donde las luchas políticas se resuelven a tiros. Quizá le corresponda alguna responsabilidad al propio liberalismo. Con ser, en sí, a mi ver, la única doctrina política capaz de llevar a una vida común civilizada, el liberalismo cae con frecuencia en un verbalismo ineficaz. En Colombia no faltaba —más bien sobraba— materia prima para que un liberalismo inteligente y generoso levantara y pacificara al país. Todavía estaría a tiempo. Pero ya va quedando cada vez menos.

Caracas

La democracia en el poder después de años y años de dictadura militar. Sus gotas —y aun litros— de demagogia. Votaron los analfabetos según el color de los boletines de voto. El país, un paraíso. Pero también vacío; de modo que hay tierras y más tierras de riqueza envidiada que yacen estériles porque el campesino se va al olor del petróleo y de sus altos salarios. «En Venezuela», dicen y repiten, «todo es caro menos el dólar». Verdad. Las compañías pagan buenos dividendos a los poseedores de las tierras que cubren el petróleo. Cunde el comunismo. El embajador soviético es un técnico del petróleo. Su mujer también. Las rentas del petróleo enjugan el déficit del diario comunista más importante, cuyo dueño es del partido, con sus millones y todo.

Glosa

País fronterizo en el mapa de la ideología. Venezuela se defiende como puede. Por un lado el mal; por otro el remedio, peor que la enfermedad. Recuerdo, en otro de mis viajes, los campos de cacao en la Costa de Puerto Cabello, abandonados por falta de mano de obra. Aquel cacao que solía ser la admiración del mundo y la

riqueza del país en los tiempos tan calumniados (por ignorados) de los españoles. Todo aquí (como en la Argentina) es riqueza potencial, riqueza de mañana, que podría serlo de hoy; pero que no lo será más que, si acaso, en el siglo XXI, porque hay que resolver las cosas enseguida y con perfección. Prisa y perfección, enemigos de lo bueno y de lo eficaz. De etiquetas, no me ocupo.

Habana

Otro paraíso; y tan hermoso que da vergüenza trabajar aquí. Sin embargo, hay trabajadores y hay comunistas, y hasta un senador comunista de nivel intelectual muy respetable. El poder del dólar es aquí menos discreto que en otros países. La *Cuban Telephone Company* tiene bastante gusto para construir un edificio de buen estilo español donde alojar sus oficinas, pero no bastante para comprender que es una grosería grabar su nombre en inglés en las dos puertas de la casa de una institución pública en un país de lengua española. El enorme hotel que recoge y manda a Nueva York casi todos los dólares que los turistas yanquis gastan en La Habana comete la misma grosería lingüística. Así se van estropeando relaciones que pudieran ser buenas. El país vive de azúcar cuyo precio fija a su antojo el mismo «Norte» que es el mayor comprador.

Glosa

Otro caso de prisa y perfección: el sueño de independencia. Aquí circuló el oro hasta 1898, único país de Hispanoamérica, salvo Puerto Rico, en el que el oro circulaba. Aquí no hubo miseria hasta que Cuba fue independiente, como en Puerto Rico, que ahora exporta miseria a Nueva York, y Fidel Castro es tan solo independiente en que, hasta cierto punto, escoge de quién va a depender. De la prisa y de la perfección líbrenos Dios.

Méjico

Después de Buenos Aires, es Méjico la ciudad más grande y populosa de la América española. Su desarrollo en los últimos diez años ha sido más espectacular que sano. Las leyes agrarias de la evolución revolucionaria que viene moviendo el país hace una generación han liberado mucho capital, y los ex terratenientes, antes inactivos, lo han invertido en edificar. Se observa mucho progreso en escuelas rurales, sanidad y comodidades particulares, pero queda no poco por hacer. Se va curando el país de la insensata política de persecución religiosa que en tiempos de Elias Calles hizo de curas mártires y de iglesias granjas. En la catedral de la época virreinal, mujeres y críos se instalan como en su casa, y los pequeñuelos juegan al escondite entre columnas e imágenes de santos, mientras las comadres les cambian los pañales a las criaturas, a dos varas del oficiante de una misa.

Los trabajadores están bien organizados, pero sus sindicatos no parecen ser instrumentos eficaces ni siquiera genuinos del obrero. De alguien lo serán. La producción de petróleo ha bajado mucho, mientras que ha subido la proporción de los salarios en la suma de los gastos. Se siente cierto optimismo entre intelectuales y políticos. Como los demás países hispanoamericanos, Méjico está relativamente vacío, y una fuerte inmigración, sobre todo si fuera italo-española, lo haría rico y potente en un par de generaciones. Los refugiados españoles han resultado ser de gran utilidad para reforzar la economía y la cultura del país. Un grupo antiespañol, dirigido por artistas e intelectuales mestizos, que no disgustaba, ni mucho menos, al gringo, se ha revelado comunista.

Glosa

Todo sigue igual pero más. Gracias a Lázaro Cárdenas, la crisis de la nacionalización del petróleo se ha resuelto como un triunfo para Méjico y para sus técnicos. La población aumenta más que en ninguna parte, por el viejísimo procedimiento de la procreación,

que ya practicaban Adán y Eva. El elemento español sigue positivo, vigoroso y creador (y aun sospecho que procreador); el elemento antiespañol se deja hipnotizar por Cuauhtemoc.

Cortés sigue aguardando —y no precisamente un monumento de piedra o bronce.

Retorno a Nueva York

Aquí está la mano que manejó la red que ha pescado a toda la América ibérica en sus mallas. No la cultura ni la ingenua construcción de la Unión Panamericana, sino la red admirable de líneas aéreas organizadas por el genio yanqui es lo que ha captado a Iberoamérica.

Pero las redes no bastan para captar el espíritu. ¿Podrán los Estados Unidos ganar así, abrazar, lo que han captado? Creo que sí y que deben hacerlo, aunque no sea más que para mejor seguridad de paz en el mundo. Pero tendrán que pensarlo mucho y mejor, que, lo que es ahora, con sus modos de hoy, no lo están haciendo.

Glosa

En todo lo que va de siglo, los Estados Unidos no han hecho más que retroceder en Iberoamérica. Injusto sería que se llevaran toda la responsabilidad. Alguna tendrán los otros también. Pero la impericia, la arrogancia, la ignorancia, y, quizá lo peor de todo, el antihispanismo de fondo del yanqui, son las causas más graves del mal.

Los EE. UU. han cometido en Hispanoamérica muchos errores. El más grave es imaginar que pueden quedarse con ella eliminando, falseando, o corrompiendo lo que en ella hay de español. Este error es doble. Primero, porque los EE. UU. no podrán jamás quedarse con Hispanoamérica ni debieran querer hacerlo. Segundo, porque el hispanismo es muy duro, pero muy duro de pelar.

El comunismo y los intelectuales

El fascismo es la imagen del comunismo en el lago del miedo. Las ideologías no pueden ser más distintas. La una emana de Carlos Marx y la otra de Ramiro de Maeztu. Pero al pasar del papel a la acción, las ideologías palidecen como las estrellas al salir el sol; y solo brillan las pasiones. Brillan porque arden.

La razón de todo esto es relativamente sencilla. Se trata de la propiedad. «Ah, pero ¿no habíamos quedado en que las ideologías habían palidecido?».

—Perdone usted. Pero no interrumpa. Iba diciendo que se trataba de la propiedad. Pero la propiedad solo se puede definir en términos de libertad. *El que tiene una onza la cambia*, dice un refrán español de aquellos tiempos en los que «una onza» quería decir una onza de oro y tan evidente era que ni se decía. De modo que la propiedad de una onza de oro se podía definir como la libertad de gastar (o no gastar) una onza de oro. Y otro tanto vale decir de una casa o de un coche.

El marxismo, al pronunciarse contra la propiedad, anula la libertad. Por eso los amos del comunismo tuvieron que erigir en torno al mundo comunista un telón de acero y un muro de Berlín: porque la gente prefiere su libertad a su hogar, oficio, patria y tierra. Los que así se escapaban, «votando con los pies» no se iban meramente por estar en contra de la ideología marxista —fíjese usted bien, señor mío, que me interrumpió hace un rato—, sino porque el comunismo se había alzado con la fuerza pública del país y estaba en condiciones de imponer por la fuerza… ¿qué?

Pues ahí está el busilis. En el proceso de abolir la propiedad, el comunismo se tropezó con que la gente no quería que se aboliese: porque todos tenían alguna, por poco que fuese; y todos aspiraban a tener más. El leninismo resolvió el asunto ametrallando a los

marineros de Cronstadt, que no eran más que socialistas, para que los supervivientes se hicieran comunistas a la fuerza. Hubo pues que establecer una dictadura. Esto ya lo había previsto Marx; solo que él la vio como dictadura del proletariado, que es como decir vértice de la base o círculo del cuadrado. Para ejercer una dictadura tan inverosímil fue necesaria una clase. En teoría, esta clase iba a ser el proletariado; en la práctica, resultó ser el partido comunista. La propiedad, expulsada por la puerta, volvió por la ventana. Los nuevos ricos son miembros del partido comunista; pero su propiedad es a la vez más y menos efectiva que la de los liberales. Más efectiva porque la ejercen con más libertad, ya que hacen lo que quieren con ella y que impiden que otros tengan acceso a ella; menos efectiva porque el partido, como dictadura que es, es una pirámide de poder, y el comunista de abajo depende siempre de que el de arriba lo derribe, y a la cárcel.

El miedo del comunismo produjo el fascismo, el cual, por lo tanto, no es una ideología original, sino tan solo derivada o refleja. El fascismo se dice: «Dictadura por dictadura, hagamos la nuestra. Violencia por violencia, ataquemos con la nuestra. Si se va a consignas, frases o gestos, hagamos los nuestros». Y así se crearon aquellos regímenes de Mussolini y de Hitler que eran imágenes de Lenin en el lago del miedo. Claro es que «como nada es bueno ni malo si así no lo dice el pensamiento», tanto el comunismo como el fascismo tienen que empezar por aherrojar el pensamiento. El hombre que piensa por cuenta propia es el enemigo de ambos.

Surge así un problema que a todos nos concierne; y es el que plantean los numerosos intelectuales que en los países libres se aferran al comunismo. Históricamente podría hallársele una explicación razonable. Primera generación: entusiasmo ante un movimiento revolucionario que derriba al odioso zarismo. Segunda generación: desengaño ante la índole reaccionaria y brutal que Lenin primero y Stalin después imponen al comunismo; pero fidelidad al principio aún deshonrado y fracasado, aunque no sea más que para no quedar en ridículo. Así, hubo muchos intelectuales comunistas en Occidente que ante la represión de Hungría por los carros de asalto de Jruschof, se pasaron al «titoísmo», sin saber con qué se comía aquello, como el que se cobija debajo de un puente sin saber adónde va el camino que le queda sobre la cabeza.

Pero quedan muchos comunistas de países libres entre los intelectuales, y es cosa de preguntarse si estos tales siguen con bastante atención lo que allende el telón de acero y muro de Berlín se hace con nuestros hermanos de profesión. Quiero recordar aquí cómo no logré jamás hacer buenas migas con el PEN Club porque los que lo regían se empeñaban en invitar y recibir a escritores de países comunistas, cosa que yo consideraba y considero como una ofensa a nuestros colegas amordazados en la Unión Soviética. No relataré hechos concretos que demostraban lo ya evidente *a priori*, que de allá solo se podía esperar o agentes de policía secreta o plumíferos serviles; y aún se me ofrece a la memoria un caso en el que apoyé mi actividad con este argumento: «Yo puedo discutir con un soberbio, con un insensato, con un tonto, con un dogmático, con un hombre de mala fe; con quien no puedo discutir es con un disco de gramófono».

Pues bien, por ahí andan no pocos intelectuales comunistas en países libres que recuerdan el caso aquel del marido de una mujer muy fea que, de regreso prematuro a casa, se la encontró sobre las rodillas de un colega: «Hombre, que yo lo haga, es mi obligación, pero usted que es libre…». ¿Quién obligará a todos estos comunistas y comunistoides de por acá a tomar una postura tan ridícula y tan odiosa? En el Congreso del Sindicato de Escritores Soviéticos de 1967, se presentaron Louis Aragón y Jean Paul Sartre a protestar contra la prisión de Sinyavsky y de Daniel. Protesta ridícula. Pues, ¿que no sabían Aragón y Sartre que ya Lenin había negado palmariamente el derecho a la libertad de opinión en un régimen comunista?

Ridícula, pues, la protesta. En un comunista, el conformismo es odioso. La prensa de por acá, aun la que más desea un acuerdo con la Unión Soviética, publica constantemente casos lastimosos de escritores que sufren inauditas torturas en su cuerpo y en su espíritu por no poder reducir su inteligencia al nivel de la de Cosiguin, ni su imaginación al nivel de la de Brezynef. Estas torturas solo las puede medir con su intuición el escritor-artista; y de aquí que se den allende el Telón-Muro decenas, centenas y millares de casos de espíritus libres humillados

y comprimidos en estrechas cárceles de ladrillo para el cuerpo y de mentecatez y bellaquería para el alma, y los intelectualoides comunistoides de fuera, tan satisfechos.

Sí, ya sé que muchos sostienen que lo mismo pasa en los Estados Unidos. Pero esto es falso. Lo que se pierde de vista en estos casos es que en todo sistema colectivo tiene que haber imperfecciones de detalle y aplicación; pero una cosa es el mal que se comete por infracción del sistema y otro el mal que se comete por aplicación del sistema. Escudarse tras los Estados Unidos para apencar con crímenes que se cometen entre nuestros compañeros rusos, escritores encarcelados por no ajustarse al realismo socialista, o encerrados en manicomios por no pensar como Brezynef, es imperdonable.

Hay en Rusia una pequeña minoría militante una de cuyas figuras de vanguardia es el físico-matemático Sajarof. ¿Qué pide este valiente, osado, vanguardista de los derechos humanos? La modestia de sus reivindicaciones da pena. Que se permita viajar al extranjero sin tener por ello que emigrar. Que se revoque el artículo del código penal que castiga la salida (no autorizada) del territorio soviético como alta traición. Que se ponga en libertad a las personas encerradas en «asilos siquiátricos», léase manicomios. Estamos siempre frente a lo mismo. Someter a la gente, sobre todo a la que piensa, a un aislamiento y una sumisión totales.

He aquí el caso de Andrei Amalrik, escritor soviético. En marzo (1971), condenado a tres años en un campo de concentración por no ajustarse sus escritos al criterio oficial, tiene que emprender largo viaje; y las penalidades de antes más las del viaje le producen una meningitis que lo deja sin sentido toda una semana en un hospital de Novosibirsk, la ciudad-escaparate para la ciencia física rusa. Se restablece, muy bien atendido, por cierto, y lo mandan a un campo de concentración en el círculo Ártico, en la región de Colima, lugar aterrador aun para los hombres sanos. Caso claro de «justicia» vengativa del que se pueden citar docenas, no parece conmover a nadie; mientras que cualquier jipi californiano que sufra un estacazo —desde luego, condenable—

de un policía yanqui ocupa las primeras páginas de toda la prensa occidental. Cuarenta y siete ciudadanos soviéticos, gente solvente y conocida, han solicitado, a principios de octubre del 71, que se ponga en libertad a Vladimir Bukovsky, biólogo de 28 años expulsado de la Universidad por sus opiniones políticas y encerrado por la policía secreta en el Instituto Serbsky, famoso por sus mezclas de política y siquiatría. A los 28 años, Bukovsky cuenta ya un pasado de cinco años de cárcel por «agitación y propaganda». Todos los firmantes aseguran que su estado mental es perfecto; no es seguro que lo puedan repetir cuando salga, si sale, porque en la Unión Soviética hay siquiatras para todo, hasta para administrar drogas que le quiten la razón al que entre sano. Todo esto es sabido en las capitales occidentales sin que los numerosos intelectuales comunistas que en ellas viven alcen la voz. Están tan ocupados con la guerra de Vietnam…

Mucho se habla de las culturas regionales. ¿Quién se acuerda de mencionar cómo está la Unión Soviética rusificando a todas las culturas alógenas de Rusia y de Siberia? ¿Quién explica que la Unión Soviética, al parecer federación política, es un país ferozmente unitario puesto que las formas federales están obligadas a obedecer lo que el partido único —y ruso— dice? Daré un ejemplo concreto que quizás interese a los intelectuales comunistas catalanes. En mi juventud, la moda en Barcelona era llevar chalina flotante; hoy parece que lo que se lleva flotante son las ideas. Pues bien, uno de los temas que hubo que abordar en el Congreso del Sindicato de Escritores Soviéticos celebrado en Móscova del 29 de junio al 2 de julio de 1971, fue el de las traducciones; y los ucranios protestaron de que no se pueda traducir a ninguna lengua extranjera obra alguna escrita en ucranio hasta que se haya publicado en ruso; ni se pueda publicar en ucranio obra alguna traducida de lengua extranjera sin que primero se haya publicado en ruso.

Hay que ver esto de más cerca. Porque, además, para que un libro llegue a imprimirse en ruso o en cualquier otra lengua, hace falta que su autor sea socio del sindicato de escritores, del que lo expulsan a la menor disidencia de la opinión oficial. Importa hacer hincapié en esto porque hay países en los que la aplicación de esta regla eliminaría de las letras al 99 % de los mejores escritores.

Imaginemos ahora a España, con Cataluña haciendo el papel de Ucrania. Hay un sindicato de escritores españoles, centralizado en Madrid, y dominado por los centralistas. Un escritor catalán quiere publicar un libro en catalán. Si no place a los de Madrid, no se lo imprimen; si place, se publica. Si luego viene un editor de allende el Pirineo y lo lee y se dice: «Voy a publicarlo en francés», el Sindicato de Madrid le enseña la ley: «No se puede, porque este libro ha salido en catalán, pero todavía no en castellano». Si un editor catalán lee en Londres un libro que le interesa y quiere publicarlo en catalán, los de Madrid le dicen: «Lea usted la ley. No se puede. Primero hay que publicarlo en castellano».

Ese es el porvenir por el que los intelectuales de chalina roja suspiran. Que Dios les ilumine la chalina.

Ahora le acaban de conceder a Pablo Neruda el Premio Nobel. Los responsables de esta decisión parecen, por lo visto, padecer la enfermedad del juicio que podríamos llamar *simetritis*. No se puede simetrizar. No se puede considerar un comunista inglés, italiano o francés como un comunista ruso. Neruda, excelente poeta (cuando se olvida del comunismo), ensalzó a Stalin y recibió el Premio Stalin, volviendo la espalda a todo lo que simbolizan Pasternak y Solsyenitzin. Más que simetría, esta última sentencia del jurado sueco revela incoherencia, y aun cierta ingenuidad.

Que quiera que no, la organización académica que otorga los Premios Nobel es hoy una institución oficial, aunque no gubernamental, en una categoría donde se insertan de suyo el Vaticano, la Cruz Roja y alguna que otra por el estilo. Estas instituciones no pueden, aunque quieran, adoptar una actitud neutra, indiferente o apolítica; porque si no intervienen, intervienen por no intervenir. Ejemplo elocuente lo está dando la Academia Sueca en el caso de Solsyenitzin; se trata de saber si, por los obstáculos que el Gobierno soviético ha opuesto a la entrega normal del Premio en Estocolmo, se le entregaría al laureado en la Embajada sueca de Móscova; a lo que el interesado se declaró de acuerdo con tal de que el acto fuera público y de que él, Solsyenitzin, pudiera leer su discurso de gracias. Aquí interviene el Gobierno sueco, y se opone porque no quiere correr el albur de un disgusto diplomático con la Unión Soviética. Y pregunta Solsyenitzin: «¿Es acaso el Premio Nobel un botín de malhechores

que haya que entregarse a puerta cerrada y sin testigos?».

Así se echa de ver el peso de responsabilidad pública que lleva la Institución dispensadora de los Premios Nobel. Y es cosa de preguntarse si en la selección de Neruda no ha pesado más la diplomacia que la verdadera responsabilidad. Sabido es que ya hace años que la diplomacia soviética trabaja en pro del comunista más famoso del continente americano. Al meterse en el atolladero que resultó ser el premio a Solsyenitzin, quizá se pensara en que un premio a Neruda lubrificaría el manubrio diplomático de la Embajada sueca en Móscova.

Si así ha sido, es cosa de aplicar aquello de «el remedio es peor que la enfermedad». Cuando Allende lucha por moderar el extremismo comunista, distinguir a un poeta chileno comunista, sin duda, excelente en sí, menos cuando cae en las vulgaridades estalinistas, y aun declarar que se hace porque «su poesía, con la acción de una fuerza elemental, vivifica el destino y los sueños de un continente», es olvido evidente y lamentable de la responsabilidad que pesa sobre toda institución internacional, amén de ser un insulto a los intelectuales rusos, amordazados en el país, en sus cárceles y en sus manicomios. La última decisión del Premio Nobel de Literatura es descabellada. No cabe atribuirla a fallo del juicio de gente cuya inteligencia está por encima de todo reproche. Solo queda la triste verdad: sumisión a la repugnante realidad del poder.

La libertad de prensa

In illo tempore había un periodista catalán que era malagueño y un periodista madrileño que era catalán. Mario o Marius Aguilar paseaba por las Ramblas un imponente bigote negro que había obligado a adaptarse a las cadencias de la lengua catalana en la que era (me decían) maestro; y Fontdevila, con el acento catalán más encantador, era no sé si director o redactor jefe, pero sí sé que alma del *Heraldo de Madrid*.

Sucedió que por un audaz manejo de las noticias menos que exactas, se provocó en los Balcanes una crisis que pudo haber sido grave; y la Sociedad de Naciones nos confió el asunto a tres de nosotros, vocales de su Consejo; que pensamos (no recuerdo si de veras o para poner dique a la furia de la opinión) en redactar un Convenio Internacional para garantizar la veracidad de las noticias que se daban en la prensa. Así las cosas, me topé en Ginebra con Fontdevila, el cual, muy preocupado, me apostrofó en presencia de sus compañeros: «Hombre, no, don Salvador, no fastidie usted, que con falsas noticias derribamos a Primo de Rivera».

Así se enfrentan dos modos de abordar la información: el objetivo, que aspira a presentar al público las cosas como son; y el subjetivo, que las presenta con cierta intención. Según las circunstancias, estos dos sistemas pueden resultar diametralmente opuestos o, por el contrario, casi iguales. En Inglaterra, por ejemplo, donde cada quisque saca a luz un periódico cuando y como le da la gana, la multiplicidad de las presentaciones subjetivas equivaldría al sistema objetivo. En la Unión Soviética o en la Alemania de Hitler, la diferencia entre uno y otro sistema no podía ser mayor. De aquí la importancia de un régimen de prensa inspirado en la libertad.

Los Estados modernos se rigen por la opinión. Puede incluso

darse este hecho como una definición de la democracia pero mal podrá regir un país una opinión que no sabe por dónde anda. El primer deber de un Gobierno moderno es pues el de procurar que la opinión del país esté total y objetivamente enterada.

Contaré aquí otra vez, y lo volveré a contar muchas, que el almirante marqués de Magaz, que era el «vice» de Primo de Rivera y que yo conocía bien de Ginebra antes de su encumbramiento, recibió una carta mía aconsejándole que, por mucho que el nuevo sistema experimentara con las instituciones parlamentarias, había que respetar la libertad de la prensa; a lo que él contestó que eso no le interesaba más que a una pequeña minoría del país; y yo le repliqué: «Si mete usted en el río la cabeza de un hombre, lo que se moja de su cuerpo es solo una minoría de sus células, pero el hombre se muere».

Sea pues nuestro primer principio que la libertad de la prensa es una condición esencial del Estado moderno (y claro que «prensa» va por radio, televisión y todos los medios habidos y por haber, de información pública). Pero aquí comienza Cristo a padecer, que no hay nada más fácil que enunciar un principio ni más difícil que aplicarlo.

Hay, pues, que asegurarle al país una opinión bien informada; y puesto que del país se trata, habrá de ser deber del Gobierno, lo cual no excluye que también sea deber de los ciudadanos. Aquí surge la primera dificultad; porque hay quien se imagina que, por ser deber del Gobierno, es también función del Gobierno. Basta trasponer el tema para probar que esta idea es absurda: deber es del Gobierno asegurarle al país buenos hospitales, pero a nadie se le ha ocurrido que sea función del Gobierno hacer análisis, diagnósticos y operaciones.

Vale incluso argüir que un Gobierno, por el mero hecho de serlo, está descalificado para ejercer la función informativa. En efecto, uno de los servicios esenciales que la información desempeña es el de la crítica, que no consiste necesariamente en denostar, denigrar o desvirtuar la acción del que gobierna, sino exponerla en lo que vale, poco o mucho; y esta no es labor que el Gobierno puede hacer, porque el proverbio que afirma que nadie puede ser juez y parte no es solo de justicia sino de sentido común.

Entonces, si no el Gobierno, ¿quién? Siempre es útil observar la

respuesta empírica, lo que da de sí una colectividad al enfrentarse con un problema vital. La prensa de los países modernos surge en toda su variedad del encuentro de la libertad de empresa, de las necesidades económicas, del gusto del público, de la publicidad y de la brega política. Tan varia es y tan matizada que se le puede aplicar el cuento aquel de Esopo que pensaba ser la lengua lo peor y lo mejor que había en el mercado. Todo lo malo que se diga sobre la prensa, que en ciertos grandes países tira hasta 10 y 12 millones de ejemplares a fuerza de arrastrarse en el fango de la obscenidad, es poco; pero el sistema empírico ha permitido la creación de periódicos de gran prestigio y dignidad como *Le Monde, The Times, Neue Zürcher Zeitung, Die Welt* y el *Times*, de Nueva York, entre los que se distingue nuestra lengua con los dos grandes diarios bonaerenses, *La Prensa* y *La Nación*, y *El Tiempo*, de Bogotá.

Creo, pues, que se puede enunciar también para la prensa lo que ya tantas veces se ha dicho para la política: cada país tiene la prensa que se merece. Al fin y al cabo, en un país moderno, a nadie le obligan a comprar el periódico que lee. Pero, con todo, la experiencia tiende a confirmar la opinión de los que piensan que, dada la primordial importancia de esta función, la mera libertad no basta para asegurarle al país la información que ha menester para su salud política y social.

Dicho de otro modo, estimo que la noción de «libertad de prensa» no comprende solo una emancipación de esta actividad sociopolítica que la independice de todo poder, ya sea político, ya económico; sino también una organización bien pensada que la defienda contra los vicios de fuera y de dentro de su propia función. En una palabra, la libertad de la prensa no podrá sostenerse tan solo como una regla de conducta si no descansa también sobre una institución.

Daré dos ejemplos: uno, al que ya antes aludí, que existan diarios cuyas opiniones sean leídas a millones porque van cocinadas con la pimienta de la obscenidad. Un país donde la libertad de la prensa se comprende y vive como una institución, no toleraría tamaño desatino. Otro me lo inspira un defecto al que es muy vulnerable la prensa de España de todos los tiempos: ocurre, en efecto, que los españoles somos bastante aptos para el periodismo, porque casi todos los rasgos de nuestro carácter (vivacidad, rapidez,

don verbal) casan bien con esta profesión. Pero ¡ay!, que está ese *casi*. Adolecemos de un defecto que ya observó aquel gran catador de europeos que fue Carlos V. Cuenta, en efecto, Santa Cruz, su cronista mejor enterado, que el emperador «era muy sospechoso, principalmente de los españoles, en tanta manera que si le *aconsejaban* pensaba que era más por amistad y malicia que por razón».

Puntería certera. El emperador da en el mismo centro del blanco. Lo que Santa Cruz dice, por cierto con suma claridad, se llamaría hoy falta de objetividad, intención buena o mala (que buena era la de Fontdevila), pero que mala o buena tuerce el curso único de la verdad objetiva.

Claro es que no somos los españoles los únicos europeos que nos dejemos desviar de lo objetivo por intención, pasión o ceguera; pero el caso es que este es un defecto grave para ejercer la profesión de periodismo, para la cual, por otros aspectos de nuestro carácter, solemos ser tan aptos.

Así, pues, la libertad de la prensa habrá de estar, por decirlo así, administrada y defendida por una institución. ¿Sería razonable entregar esta institución al Estado? Claro que no. Ni tampoco a los periodistas, ya que su objetivo sería velar por la objetividad de la información y también por la objetividad de los informadores. El problema pertenece a la especie hidra, pues no le faltan ni cabezas ni colas; y varía tanto de país a país y de época a época, que los intentos de solución que se vayan ideando tendrán que ser lo flexibles que sea menester para adaptarse, sin perecer, al tiempo y al espacio.

No solo flexibles, sino complejos. Parece que los problemas que se plantean se pueden agrupar en dos clases: los que atañen a la verdad y objetividad, y los que aluden al poder. Los primeros, por paradójico que parezca, quizá hallen su mejor solución en una aceptación pura y simple, pero explícita, de la renuncia a la objetividad. Por ejemplo, si un periódico aboga por intereses altos y jornales bajos, no será siempre fácil demostrarle que yerra; pero si se le obliga a poner en su página titular: *Órgano de la industria bancaria*, se purga su parcialidad al hacerla pública y oficial, y se gana un dato importante: que en tal coyuntura, los bancos creían oportuna tal política financiera. Otro tanto cabe decir de un

periódico de opiniones opuestas.

Por este sendero llegamos quizás al modo más seguro de alcanzar la objetividad: que es hacer públicas y oficiales las subjetividades de unos y de otros. El problema entonces se desplaza. ¿Cómo hacer que se oigan todas? Esto desemboca en el tema del poder, al que vendremos luego. Porque en esto de la objetividad aún queda el rabo por desollar. Hasta ahora nos hemos ocupado de una objetividad, por decirlo así, objetiva. «Entre los que sinceramente se ocupan del objeto, ¿cuál lo ve mejor?, ¿qué opinión preferir?». Pero queda el incapaz de objetividad, el que en todo *qué* solo ve a un *quién*, ya sea él mismo o la cuñada de su primo, o el cura de su pueblo, o Dios sabe qué persona que le tira de los hilos del cuerpo, del alma o del bolsillo.

Para este caso de subjetividad absoluta la institución que vemos para administrar la libertad de la prensa tendrá que disponer de instrumentos que delaten al subjetivista y le obliguen a respetar la verdad. En un país de buen nivel de educación política podría bastar la misma abundancia de periódicos parciales de parcialidad conocida, y, por lo tanto, en cierto modo, objetivada. En otros países más apasionados, habría que pensar en algo parecido a un tribunal profesional.

Queda el problema del poder. En los países libres se suele dar gran importancia al poder, tan siniestro como oculto, del capitalismo. Quizá peque de abstracto este concepto no fácil de definir. Industrias potentes sí que las hay, a comenzar por la del petróleo; pero eso del capitalismo es algo semejante a la serpiente de mar. Lo que hay es que, en ciertos lugares y épocas, se dan ciertas circunstancias que permiten a ciertas personas ejercer poder excesivo sobre ciertos periódicos. No parece razonable apuntar más alto; sería quizás ingenuo estimar el peligro en menos.

Pero, por poco que sea el riesgo, el Estado moderno no debe hacer la vista gorda; porque la libertad de la prensa es algo esencial. Visto más de cerca, el problema se divide en papel y tinta, imprenta, distribución, noticias, personal, venta y publicidad. ¿Quién puede más? Los Estados deseosos de «meter en cintura» a la prensa, no se olvidan del papel. Dándolo bueno y abundante a los amigos, poco y malo a los adversarios, se puede hasta ganar unas elecciones. La institución que debe ser la libertad de prensa habrá

de organizar las cosas de modo que el poder no se entrometa en la objetividad. Diré de pasada que no veo por qué han de ser los redactores los que dicten la línea política del periódico. Sería excelente para el país que hubiera un periódico cuya línea fuese, y se supiese ser, la de los redactores que lo hacen; pero, como principio general, no se ve bien por qué ha de importar la opinión de los redactores de un periódico cualquiera más que la de los que le venden la tinta al periódico. Creo que reina no poca confusión entre los que así piensan.

Como vamos recorriendo el camino espinoso de un problema paralelo al de la radiotelevisión, apuntaré que, por la misma razón, me pareció carente de sentido común (aunque astuta de sentido político) la pretensión que en 1968-69, no sin algún éxito, hizo valer el personal de la Radio-Televisión francesa de intervenir en cómo se utilizaba tal formidable aparato para orientar al país. Que se le escuche y oiga su opinión en casos concretos, excelente; pero que pese sobre las decisiones de principio y estrategia me parece inadmisible.

Queda, pues, como residuo neto de esta meditación, que la función informativa del Estado exige no solo la mera libertad sino toda una institución que garantice y mantenga esta libertad. ¿Quién va a dirigir esta institución? No existe panacea que lo defina. Cada país, según su genio, hallará la forma que más convenga a su modo de ser. Pero de la solución de este problema depende que la democracia liberal se salve o perezca.

Basta recorrer un mapa y ver cómo va tirando la democracia liberal en cada país para darse cuenta de que, en último término, va como se lo permite el carácter nacional. No hay que hacerse ilusiones. Aun con una institución bien pensada para administrarla y protegerla, la libertad de la prensa valdría en cada país lo que los hombres que regentasen la institución. Dicen los ingleses que nadie puede, de un salto, salirse de su piel. Con todo, no dejaría de contribuir a la seriedad y autoridad de la prensa el poder contar con un plantel de hombres de conocido prestigio que mirasen por su bien.

No hay que exagerar, para estos casos, la importancia de las sanciones. Estamos aquí en el terreno de la autoridad moral. De

existir un tribunal de prensa de indudable autoridad moral en el país, bastaría que, visto un caso, la prensa toda, y en particular el periódico en falta, publicase la decisión-sentencia del tribunal para ejercer una presión formidable sobre la opinión. La evolución natural en estas cosas públicas se orienta, para un Estado moderno, hacia sanciones puramente morales.

Por otra parte, el Estado moderno se hace cada vez más fuerte para con sus propios ciudadanos que tiende a transformar en súbditos, pero cada vez más débil para con otros Estados fuertes o hasta para con meros factores ultranacionales de acción económica y aun política. No hay que pensar solo en «el capitalismo» y su explotación del obrero o del país débil. El tema es mucho más complejo. Por ejemplo, las películas *western* hacen mucho más daño que el capitalista más maquiaveli-diabólico. ¡Y qué no daríamos nosotros por una institución que salvase el castellano de la teleputrefacción!

Así vemos ante nuestros ojos surgir lenta pero seguramente el Estado Universal, manifestándose, claro está, primero en la fermentación de la vida de toda suerte y forma, en canales de acción que apenas si respetan las fronteras. A esta fermentación corresponde la institución aquí preconizada, en su forma internacional: el Instituto Internacional de la Prensa, cuya autoridad ha logrado establecerse en la opinión mundial.

Quizás habría que aspirar a una evolución simultánea de abajo a arriba y de arriba a abajo. Los gremios periodísticos regionales locales, colaborando con los centros regionales de cultura, organizarían la institución nacional de la prensa a nivel de la región y, mediante lazos federales, se iría edificando una vasta construcción que contaría con las instituciones nacionales, federadas luego en el ya existente Instituto Internacional. Así y solo así se podría aspirar a asegurar la libertad y la dignidad de la información a todos los niveles sin que los futuros Fontdevila tuvieran que propalar noticias falsas para tumbar a un dictador.

Los derechos del hombre

> *A lo largo de una dilatada serie de siglos el conservador ha creado los presupuestos que justifican su propia lógica, como el derecho natural, las ideas esenciales y permanentes y los mismos derechos del hombre, que solo valen, si bien se mira, para un hombre bastante selecto.*
>
> ANTONIO ÁLVAREZ SOLÍS
>
> Notas sobre un artículo *Destino*

Dreyfus

El 12 de julio de 1906 (tenía yo veinte años), asistí a la rehabilitación de Dreyfus por el Tribunal de Casación de París, todas las salas juntas, imponente espectáculo de un centenar de magistrados, todos de toga carmesí. Así daba fin a la sórdida persecución de un capitán de artillería francés por el mero crimen de ser judío. Ser judío en la Francia patriota y militarista de principios de siglo no era nada selecto. Antes al contrario, venía a ser una contraselección.

Además, el Ejército, de cualquier país que sea, es en sí un aparato de selección. El general Mercier era ministro de la Guerra y, a espaldas del acusado, suministró al consejo de guerra documentos sin valor probatorio alguno, pero que en aquel ambiente ponzoñoso dieron pie a la condena de Dreyfus. Seguro es que Mercier, que era general, era más selecto que Dreyfus, que solo era capitán, y mucho

más que el coronel Picquart, el primero que demostró documentalmente no solo que Dreyfus era inocente, sino que el culpable era Esterhazy. Todo esto pasaba en 1894 y 1895.

Pero la gente, sobre todo los hombres de letras como Zola y los políticos de izquierda como Clemenceau, se soliviantaron. Su trabajo les costó, pero lucharon contra una opinión terca y militarista. ¿Por qué lucharon? ¿Qué les iba en ello? Pues el derecho natural y los derechos del hombre. «Pero si Dreyfus es un judío miserable», les chillaban los otros (que eran los conservadores). Y ellos perseveraban, porque ante el derecho no hay judíos ni cristianos, sino hombres, unos selectos y otros no, pero hombres todos, y eso basta.

Dreyfus era poco simpático; no solo era judío; era feo, era rico, en fin, ostentaba todos los defectos de que un hombre puede adolecer; pero era un hombre, y toda la izquierda se alzó para ponerse a su lado; y los más selectos, como Picquart y Zola, se jugaron la carrera y fueron a la cárcel, porque se trataba de un hombre y sus derechos. Y entonces estas cosas se tomaban en serio.

Francisco Ferrer

En 1909, acusado de complicidad en la llamada Semana Trágica de Barcelona, Francisco Ferrer fue condenado a muerte, por imposición de un sector de la opinión española tan imperioso y potente como minoritario. Ferrer era inocente. No solo de los disturbios de la Semana Trágica, sino del atentado contra el rey el día de su boda, en que se le quiso implicar. No era un hombre selecto. La opinión pública universal se indignó alegando que se habían violado en su caso los derechos del hombre. Ferrer no era nadie. Era como los demás, ni más ni menos; pero era un hombre con todos sus derechos, y los hombres sensibles al derecho se alzaron en su favor. Yo tomé parte activa en aquella campaña.

Sacco y Vanzetti

En 1920, acusados del asesinato del pagador de una fábrica, dos anarquistas italianos, Sacco y Vanzetti, fueron detenidos en Boston y, después de largo proceso, condenados a muerte. En 1925, un tal Celestino Madeiros confesó haber sido cómplice. Ello no obstante, Sacco y Vanzetti fueron ejecutados en 1927. La protesta fue universal. Pero como ni Sacco ni Vanzetti eran hombres selectos, el Estado de Massachusetts se negó siempre a reconocer su inocencia, aun en 1959. No solo por ser Sacco zapatero y Vanzetti pescadero, sino por ser ambos anarquistas y, peor aún, italianos. La protesta universal se debía a haberse violado los derechos del hombre. Los que protestaban eran unos selectos y otros no. Hubo selectos, como Elihu Root, que había sido secretario de Estado y candidato a la presidencia, que estaban convencidos de la culpabilidad de los dos italianos; en cambio, el profesor Frankfurter, que enseñaba Derecho en Harward, editó todo el proceso con un prólogo suyo que condenaba el caso como un ejemplo monstruoso de injusticia. Frankfurter fue luego juez del Tribunal Supremo Federal en Washington. Pero cuando atacó a la justicia oficial sin morderse la lengua, arriesgó su carrera con un valor cívico admirable. Conocí a Frankfurter en todas las etapas de su carrera académica y judicial y me consta su absoluta generosidad. Lo esencial para él era que se habían violado los derechos de dos hombres. Que las víctimas fueran un pescadero y un zapatero no tenía nada que ver con la protesta. Lo que tenía que ver es que eran hombres.

Gandhi

Poco más o menos por entonces, un abogado indio, llamado Mohandas Gandhi, iba a su camino por la acera de una calle de una ciudad sudafricana (entonces parte del Imperio británico), cuando un guardia municipal, blanco, desde luego, para recordarle que a la gente de color les estaba prohibida la acera, lo derribó al arroyo de un bofetón. Este abogado, que había estudiado su carrera en Londres y era entonces más bien favorable al Imperio británico, juró dedicar su vida a la independencia de su país.

El auxilio más eficaz le vino de sus adversarios. Al terminar la primera guerra mundial el movimiento en pro de la independencia

de la India recobró su libertad de acción, a la que opuso Londres fuerte y potente resistencia. Gandhi, a su vez, proclamó la *Satyagraha* o desobediencia cívica. Ante la prohibición de que su pastor y guía entrase en el Punjab, el pueblo provocó desórdenes en varios lugares. En Amritsar no los hubo, pero el Gobierno inglés hizo detener a dos médicos simpatizantes, lo que dio lugar a choques, en el curso de los cuales murieron cinco europeos; pasó el poder a mano de los militares, y después de dos días de paz, se reunió una multitud considerable en una explanada de la ciudad. El general Dyer avanzó sobre ella y mandó hacer fuego sin aviso ni advertencia alguna. La matanza duró diez minutos y costó la vida a 379 indios, indias e inditos, todos, claro es, sin armas ni pensamiento de ellas.

Los intelectuales ingleses no dijeron nada. La comisión nombrada medio año después censuró a Dyer, pero en la Cámara de los Comunes defendieron muchos al intemperante general, y en la de los Lores se condenó la censura de la comisión. La City le ofreció una espada de honor y un cheque de 28.000 libras.

Estos eran los conservadores. Los liberales y los laboristas estaban en contra. Aunque el favor de la opinión estaba con Dyer, el derecho natural y los derechos del hombre estaban con los indios. Adrede me abstengo de relatar lo peor que Dyer cometió entonces contra los selectos y los no selectos de la India. Los selectos y los no selectos de la metrópoli no estaban aquel día en pro, sino en contra del derecho natural.

Desafío a la tiranía

Esta cadena de relatos podría ser muy larga. Abarcaría la solución de las huelgas ametrallando a los huelguistas por el fundador de la dinastía Rockefeller; la mortalidad de 100 % entre los obreros del ferrocarril del Congo, que demostró e hizo pública Andró Gide; el asesinato de seis millones de judíos por Hitler, y el de diez mil oficiales polacos por Stalin; la hecatombe de adversarios que sirvió a Stalin de pedestal para subir al trono como zar de Rusia, y tantas otras matanzas de que ha sido víctima la triste

humanidad de selectos y no selectos a manos de no selectos y selectos.

Porque el problema no está en la selección ni en la actitud conservadora, ni en la revolución, ni en la reacción. El problema está en las pasiones humanas: el apetito de poder y la arrogancia racial o profesional; la estrechez ideológica; la codicia individual o nacional. Cada cual podrá diagnosticar tal o cual de estos traveses humanos en tal o cual de los casos de vesania que he venido refiriendo. Lo que no verá es que exista a través de la historia humana una tendencia, conservadora o no, a erigir ideas permanentes, el derecho natural y hasta los derechos del hombre, como una malla defensiva para proteger sus mezquinos intereses.

Los que poco a poco, a través de los siglos, han ido influyendo para que el hombre sea cada siglo menos bárbaro y más civilizado, desde los padres de la Iglesia hasta Erasmo y Voltaire, no se acoplaban a las ideas abstractas que Carlos Marx hizo circular mucho después, reduciendo a una contabilidad de debe y haber lo que era en realidad socrático o evangélico. Cuando Voltaire expone su carrera y aun su vida para defender a Calas o al *chevalier* de la Barre, no actúa ni como burgués ni como capitalista, ni como conservador, sino como un creyente en Cristo-Sócrates; y esta es la norma de lo que dio en llamarse la izquierda hasta que la izquierda quedó deshonrada por el retorno de la revolución rusa al zarismo ancestral.

Entonces, los que habían seguido aquella bandera sin asegurarse la retaguardia ideológica tuvieron que conciliar la infamia de Lenin-Stalin-Jruschof-Brezynef con la inmaculada concepción de la izquierda; y como el círculo se niega a ser cuadrado por mucho que lo mande el secretario del partido, para salvar al comunismo de su infamia hubo que condenar como infames al derecho natural, las ideas esenciales y permanentes y los mismos derechos del hombre, y aun la lógica, que resulta ahora depender del color político de quien la observa.

Entretanto, los selectos de la Unión Soviética se pudren en Siberia como Amalrik, se ven privados de su nacionalidad y desterrados como Medvedef, o encerrados en una casa de salud como Gregorienco, donde un médico indigno se encargará de volver

loco con drogas al que no enloquezca por su soledad. Y eso que estos hombres heroicos que osan desafiar a la tiranía soviética son la única barrera que nos separa todavía de nuestra propia esclavitud.

Admiración irracional por la Unión Soviética

Porque la situación se va aclarando cada vez más. La Unión Soviética es hoy el poder militar más formidable del mundo y la disposición de sus tropas está orientada casi del todo contra el Occidente europeo y los Estados Unidos. Su estrategia es ofensiva y no defensiva. El general en jefe (inglés) de las tropas de la OTAN declara que, de producirse una guerra no nuclear entre la Unión Soviética y la OTAN, esta tendría que rendirse. La nuclearización de la guerra no la podrían hacer más que los Estados Unidos. En el estado actual de su opinión, y aún más en los hoy previsibles, no hay ni puede haber presidente yanqui que haga tal cosa, como no estén en juego los intereses más estrictamente inmediatos y evidentes de los Estados Unidos. Por lo tanto, no existe obstáculo militar alguno para que la Unión Soviética reduzca a toda Europa a la misma esclavitud con la que domina ya los destinos del Este europeo.

Entonces, ¿por qué no lo hace? Porque subsisten obstáculos morales. El primero es que la adopción por parte de Rusia del papel de matón universal arriesgaría una pérdida irreparable de prestigio para la Unión Soviética, aun entre los comunistas y entusiastas de Occidente. Recuérdese lo que le costó a Brezynef volver a la vida internacional normal después de su invasión de Checoslovaquia en 1968.

Viene después el vigor creciente de la oposición interna en Rusia, a su vez compuesta de dos movimientos distintos: el de los intelectuales rusos, que aunque cada vez más perseguidos, cada vez osan más con un tesón admirable; y el de las repúblicas «federadas», en puridad, colonias rusas tan atadas a Móscova (si no más) como Angola o Mozambique lo estaban a Lisboa, y que soportan mal una violenta e implacable rusificación. Otra de las fuerzas

no-militares
que frenan el poder militar ruso es la honda aversión provocada en los países satelizados de Europa por la despiadada tiranía moscovita, cuya manifestación más odiosa es la opresión que aún hoy sufren todas las clases, y en especial las clases liberales de Checoslovaquia. Este estado de ánimo podría ser funesto para un ataque militar ruso al oeste europeo.

Evidente es, pues, la gravedad y urgencia de una actitud europea solidaria con los pueblos y contra los Estados de la Europa oriental, así como el interés que ponen los rusos comunistas en invocar la distensión y la paz entre los dos grupos, como si hubiera simetría entre ambos.

El apoyo a los disidentes, a las repúblicas federadas, a los países satelizados, no es solo para nosotros, los del Occidente, un deber moral, sino también una operación defensiva para salvar la media Europa todavía libre de hundirse al nivel de la otra media. Pero esta política se da de bruces contra la oposición de una sedicente «izquierda» que (con la excepción de ciertos escritores alemanes como Böll y Günther Grass) erige en tabú su ingenua admiración irracional por la Unión Soviética, mientras que por la derecha un grupo creciente de capitalistas no menos insensatos se precipita sobre los Eldorados soviéticos soñando acumular más y mayores dividendos, sin pensar en el mañana. De este modo, la Unión Soviética, ya invencible en lo militar y físico, se apresta a vencer a la OTAN en lo político y moral. A quienes Dios quiere destruir los priva primero de sentido.

Noticias de Rusia

La matanza de Katyn

Dice un refrán español que se alcanza antes a un embustero que a un cojo. Golpe de intuición, este refrán se confirma a poco que se medite. Reposa sobre otra intuición no menos certera: que los sucesos se hallan todos entretejidos en una trama y urdimbre de hechos, causas y consecuencias, de modo que es difícil, si no imposible, insertar en la tela sin fin de lo que pasa ni un solo hilo falso sin que tarde o temprano venga él mismo a revelar su bastardía.

Daré primero un ejemplo que, en parte modesta pero no sin peso, me tocó vivir.

Durante aquel tristísimo período que ocupó la liquidación de la segunda guerra europea, almorzaba yo a solas en la Embajada polaca en Londres con el embajador de entonces, mi amigo Raczynsky, que sigue siéndolo al cabo de más de treinta años. Aunque maltratados de modo indecible por Stalin, los polacos, entonces gobernados por Sikorski, procuraban, bajo fuerte presión anglosajona, «ir tirando» con la Unión Soviética. Pregunté, pues, a mi amigo cómo iba aquella relación; y él me contestó que iba bien y sin roce, pero que tenían pendiente un asunto muy inquietante.

«Nos faltan más de diez mil oficiales que los rusos hicieron prisioneros, y han desaparecido con los tres campos donde estaban. Los rusos comenzaron por dar largas, luego pretextos, alegando que en 1940 los habían cambiado por prisioneros alemanes; y ahora ya niegan que los hayan tenido en su poder. Pero nuestra documentación es irrefutable. Lo que más nos preocupa es que han desaparecido todos en la misma fecha: abril de 1940».

Pasamos a otro tema y así quedó la conversación. Mucho

después, en abril de 1943, los alemanes, en su avance, descubrieron en Katyn, en la región de Smolensk, un inmenso campo de sepulturas donde yacían hasta ocho mil cadáveres de oficiales polacos. La única explicación posible era una matanza organizada y llevada a cabo por orden de Stalin. Las indicaciones hechas para investigar el caso, ya nacionales, ya de la Cruz Roja, ya de entidades particulares, solo provocaron indignadas protestas de Stalin, para quien solo los nazis podían haber sido los responsables.

Y ¿cómo dudar de que Hitler y los suyos hubieran sido capaces de tamaña hecatombe? El problema, estudiado lo más científicamente posible, sintetizando datos biológicos y personales, correspondencia con las familias, fechas de papeles en los bolsillos de los muertos, situación de tales o cuales individuos concretos, en una palabra, todos los datos que personas doctas e imparciales pudieron estimar, conducía a una responsabilidad rusa. Pero quedaba la prueba. Quedaba coger al embustero por el cogote.

Esto se logró del modo más inesperado. Los Estados vencedores en aquella guerra del 39-45 organizaron un tribunal internacional para juzgar y castigar a los culpables de la guerra. No entraré aquí a discutir si aquel tribunal tenía autoridad moral para juzgar y menos para condenar a los que habían organizado y dirigido la guerra del lado nazi. Eso es harina de otro costal. Me limitaré a hacer constar que de aquel tribunal formaban parte, con iguales derechos, los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la Unión Soviética; que esta última tenía —como las otras tres— un juez en el tribunal y un fiscal en la acusación pública; y que, bien representada en los trabajos preparatorios, tomó su plena parte en formular los cargos que se hacían contra los alemanes procesados.

Ahora bien, disponiendo como disponía en cartera de un cargo tan formidable contra los nazis como el asesinato de diez mil oficiales polacos prisioneros, la Unión Soviética no hizo absolutamente nada en Nuremberg para que se acusara a la Alemania nazi de la matanza de Katyn. En buena lógica, este mero hecho equivale a reconocer que aquella matanza de oficiales polacos se debió a Stalin. El embustero se había entregado a la policía —la única que hay, que es la opinión pública.

Organizar la mentira

Me he detenido un poco en este episodio para ilustrar los dos rasgos que en materia de noticias caracterizan nuestra relación con la Unión Soviética: la negación o falsificación de la noticia por parte de Rusia, y el descubrimiento eventual de la verdad por el Occidente.

El primero de estos dos aspectos lo hizo indispensable el fracaso político y social de la revolución bolchevique. Lo primero que hace el comunismo, en cuanto se apodera del Estado, es organizar el monopolio total de las noticias. No se sabe nada más que lo que permite decir el partido. Así se creyeron los nuevos amos que allende las fronteras no se conocerían las fallas del nuevo régimen. Pero ocurrieron tantas cosas para hacer astillas de estas esperanzas, que solo citaré algunas.

Las noticias —las de verdad— salían a millares en las cartas. Hubo que organizar en Moscú una fuerte censura de las cartas y meter en la cárcel a muchos indiscretos para que la gente se enterase de que era mejor no escribir. Hubo que perseguir a los mejores escritores y tratarlos de modo que les inspirase miedo. Esta lucha continúa, hoy más fiera que nunca, como es sabido. Hubo que identificar el poder judicial con el policial y con la dictadura del mismo partido, de modo que el juez es instrumento primordial del Estado en la labor de perseguir y hacerle la vida imposible al disidente. Hubo que organizar el turismo para que no viera el turista más que lo que convenía enseñarle.

En una palabra, *hubo que organizar la mentira*.

Pero ¿qué ocurrió? Que cuando, ya bien taponada la nación, el partido quiso hacer creer al mundo que la Unión Soviética y sus satélites eran un paraíso, la gente se puso a huir de aquel paraíso en tal medida que solo de Alemania Oriental (población: 17 millones) se fugaban dos mil diarios, o sea, unos tres cuartos de millón al año.

Otra vez los meros hechos habían alcanzado al embustero. Porque estos hechos son indiscutibles. Hubo que construir el vergonzoso muro de Berlín, confesión pública del fracaso soviético, mentís de piedra y lodo al mito del paraíso soviético. El gran agujero, en efecto, era Berlín, gran ciudad que era, naturalmente, imposible cortar en dos de otro modo que por aquella muralla de

China.

Entonces vio el mundo asombrado un pueblo moderno, de gran desarrollo intelectual y económico, partido en dos por una muralla impasable, que en Berlín consiste en calles enteras tapiadas y guardadas día y noche por centinelas armados y perros de presa, y en el resto de Alemania, del mar a la frontera sur, por alambradas eléctricas, campos de minas, centinelas y perros. Esto no es un mazo de noticias que pueden ser verdaderas o falsas. Esto es una realidad que cualquiera puede ver como la he visto yo, que he vivido unos días en Eschwege a cien metros de la alambrada y he recorrido el muro de Berlín. Aquí no hay tergiversación posible. Del paraíso soviético está prohibido salir, y si no lo confirmaran piedra, lodo, ladrillo, alambradas eléctricas, minas y perros, amén de ametralladoras y cadáveres, el paraíso soviético habría ya perdido millones de Adanes, con sus respectivas Evas.

Buscando el saber

El hecho en sí es tan insólito, tan contrario a lo que todos entendemos por civilización, que sorprende y aun ofende la ecuanimidad con la que lo aceptan los intelectuales llamados de izquierda en tantos países. El primer mandamiento del intelectual parece que debiera ser: «Procurarás el saber más que todas las cosas». Pero he aquí que un país que va del Elba a los Urales, sin contar su inmenso imperio colonial en Siberia y su valioso imperio colonial en Europa, se encierra en casa, que encierra a sus intelectuales y establece un monopolio de la información, o sea un imperio de la ocultación que al propio Iván el Terrible o a Pedro el Grande les habría parecido exagerado; y estos intelectuales de por acá se resignan, cuando no aplauden, alegando que «hay que hacer la revolución», y así llevamos más de medio siglo amasando la revolución de mañana con la sangre de hoy.

Ahora bien, el Occidente lleva siglos buscando el saber, y no se va a arredrar por los obstáculos que le opone el partido comunista, guardián de la ignorancia y de la mentira. Y este es el segundo ataque de la razón a la fortaleza de la cerrazón que es el partido comunista. Ante esta cerrazón, Rusia y sus apéndices bajan al nivel

de un objeto. El que los quiera estudiar tendrá que observarlos científicamente, coordinar sus observaciones, razonar y concluir. Hasta ahora hemos observado lo que Rusia revela de sí misma aun sin querer. Ahora vamos a observar lo que el Occidente estudioso y competente saca en limpio de su observación de Rusia.

Cremlinología

En suma, para el Occidente —y para aquellos que con él viven y piensan, aunque estén presos allá, como Sajarof y Solsyenitzin— se trata de estudiar un nuevo objeto natural: un conjunto humano gobernado de cierta manera, bajo ciertas predisposiciones, costumbres, tradiciones, potencias y resistencias, y que se niega a clarearse, dar noticias de su vida o de otro cualquier modo de coadyuvar al saber.

El Occidente organiza su laboratorio de estudios. El cual se va creando al modo empírico, brotando a salto de mata de aquí y de allá según las fuerzas sociales se lo permiten. El impulso maestro es ese afán de saber que es rasgo esencial del hombre y muy especialmente del euroamericano. Comienzan los servicios de información de las fuerzas armadas de las grandes potencias, el espionaje y el contraespionaje; organismos necesarios para la defensa pero no muy útiles para el saber, puesto que lo supeditan a otros intereses. Por muy sagrados que sean, estos intereses vician la información y el uso que de ellas se hace; pero, con todo, siempre dejan residuos factuales útiles para el verdadero «laboratorio» que es el puramente científico.

Gradualmente se han ido constituyendo en no pocos países (sobre todo a la sombra de grandes universidades) grupos de estudiosos cuya especialidad es seguir la vida soviética en todos sus aspectos, a fin de tratar de interpretar lo que sucede con el menor riesgo posible de error. Su interés es puramente científico: el saber por el saber. La idea de que pudieran cambiar de opinión o torcerla por pasión política, prejuicio de clase, ambición, es impensable. Claro es que cada cual tendrá sus ideas políticas, preferencias, deseos y repugnancias, lo que llaman los astrónomos «su ecuación personal»; pero a la inmensa mayoría de ellos les parecería pueril

dejarse engañar interpretando los hechos de otro modo que como su estudio orgánico y sintético lo dicta.

Se observará que toda esta actividad reposa sobre ese hecho fundamental y general que apunté al principio: que *tout se tient*, como dicen en Francia, que las cosas que pasan se entretejen en una tela de interrelaciones de modo que el conjunto haga sentido. Viene a ser este estudio como un crucigrama en el que poco a poco se va montando la solución, porque cada paso que se da favorece a los que quedan.

Hay, pues, que ver las «noticias de Rusia» como una elaboración de la materia prima —los telegramas de colaboración y de agencia — mediante el trabajo de los especialistas. Un párrafo al parecer de poca importancia en *Pravda* puede a lo mejor dar pie a uno de estos especialistas para resolver un problema pendiente oculto en la opacidad soviética, no sin que para ello tenga que estudiar la prensa egipcia de todo el mes anterior. Trátase, pues, de toda una ciencia que han dado en llamar *Cremlinología*.

El inquisitivo Occidente

Este conjunto funciona bien porque no llega a sistema, no depende de ningún Gobierno y está inspirado en un criterio estrictamente científico. Si uno se equivoca, pronto se lo señalan otros. De estos estudios no salen *ucases* ni decretos, sino una variedad de informes cuya valía depende de, y a su vez influye sobre, la valía del informador. De este modo se ha ido creando un cuerpo de documentación autorizado que a su vez ha logrado emanar cierta opinión.

El conjunto tiene ya su historia. El caso más notorio fue el de Stalin. Se trataba de saber si era un gran hombre de Estado, padre de la patria, protector de su pueblo, generalísimo genial, como lo afirmaban todos los partidos comunistas del mundo y lo cantaban los poetas comunistas, o un vesánico, loco de ambición y criminal, como lo aseguraban los «cremlinologistas». Durante años el comunismo oficial negó. Que Stalin había diezmado el generalato haciendo ejecutar a Tujachewski y a centenares de sus compañeros,

mentira. Que había hecho matar a cientos de miles de comunistas acusándoles de traidores, mentira. Que se contaban de ocho a doce millones de rusos en los campos de concentración, verdaderas antesalas del cementerio, mentira. La matanza de Katyn, mentira. Y así mucho más. Hoy se sabe que todo aquello que fue destapando el conjunto de los observadores del Occidente era verdad. Se sabe por Kruschov y por Mikoyan, que lo revelaron en el famoso XX Congreso del Partido Comunista ruso.

Otro tanto ocurrió con Beria, el siniestro jefe de la policía secreta, que la enciclopedia rusa pintaba con colores ditirámbicos y que una vez liquidado de un pistoletazo en una reunión del Politburó pasó a ser… lo que el Occidente venía diciendo desde hacía años que era; y la «Enciclopedia Soviética» tuvo que distribuir hojas suplementarias sobre el estrecho de Behring para sustituir a la biografía de Beria, que se mandó retirar.

Y quien dice biografías, dice economía, historia, costumbres o lo que sea. Al imponerles el comunismo más beato a tantos pueblos, el partido comunista ruso los obliga a vivir en la mentira; pero la mentira no resiste a la penetración científicamente escrupulosa del inquisitivo Occidente. La información en los pueblos liberales es a la información en los países comunistas como la medicina a la veterinaria. El médico puede contar siempre con la ayuda del enfermo, que le dice donde le duele; el veterinario tiene que observarlo él todo, porque el paciente «no pronuncia».

Una muralla formidable

Así pues, pese al aparato formidable de cerrazón que el sistema comunista impone a Rusia, el Occidente dispone de un aparato no menos potente de dilucidación que le permite seguir las cosas de Rusia con bastante continuidad y lógica. El conjunto de investigadores científicos que siguen al día lo que va ocurriendo y lo insertan en el tejido de la vida universal a la que Rusia pertenece filtra, aclara y autoriza la opinión sensata y objetiva sobre lo que ocurre.

El cuadro no es muy esperanzador. Al cabo de más de medio siglo, Rusia tiene que importar millones de toneladas de cereales

para dar pan a su pueblo; gastar sumas ingentes en armarse en forma agresiva; maltratar a sus intelectuales; mendigar la técnica inglesa e italiana para hacer coches y, en casos concretos y notorios, manifestar su total desprecio para el saber y la persona humana —los dos principios de la ética política europea—. Todo lo cual intenta tapar aislando a su pueblo del resto de Europa por una muralla mucho más formidable que la de China.

Y surge la pregunta: ¿Por qué hay todavía en Euro-América tanto intelectual que no solo no protesta, sino que aplaude? Pregunta preñada de porvenir; a la que no se puede contestar al final de un artículo. Otro día se hará. Pero puede ir por delante la quintaesencia de lo que la respuesta diría: los intelectuales así desviados de la razón de Europa han caído en una grave herejía: la de anteponer la democracia a la libertad, siendo así que la democracia es mero instrumento, mientras que la libertad es el pan del espíritu.

La Medicina

1. El prejuicio analítico

El arte de curar debe de ser, después del arte de matar, el más antiguo de todas las artes. Hay quien los confunde. «El doctor Mata… y es verdad». Pero habrá que descartar estos chasquidos del buen humor a costa de los médicos como mero retorno a la salud del ayer quejumbroso enfermo. Arte de curar, dije, y no ciencia, como hoy se tiende a decir con lenguaje, por cierto, bien poco científico. Porque la medicina no es una ciencia. Ya veremos lo que es y dónde y cómo entra en ella la ciencia de verdad; pero por lo pronto nos podremos contentar, en primera aproximación, con designarla como arte. Su función es curar. Así como

El verdadero anfitrión
es el que a comer convida,

así cabe también afirmar que, sean sus diplomas los que sean, el que cura es médico y el que no cura no lo es.

Esta parece haber sido la opinión de Isabel II, que padeció una especie de herpes muy fea en las manos, que tenía muy lindas, y no consiguió que se la curase ningún médico. Alguien le habló de un cura que era un as de la homeopatía. Vino el cura a palacio, examinó no solo las manos, sino todo el estado general de la reina y en cosa de días le dejó las manos limpias y blancas. La reina le hizo doctor en Medicina por real decreto. ¡Eso es gobernar!

¿Qué es la Medicina?

Claro que lo que de verdad sea la medicina depende de quién es el que contesta a la pregunta. Hay por lo menos tres posturas posibles: la de los médicos, la de los enfermos y la del coro de los sanos. Los médicos tienden a pensar que la medicina es una ciencia; sobre todo hoy, época cienciómana (si vale el vocablo), que tiende a confundirlo todo y ve una ciencia hasta en la sociología, que ya es ver. La confusión procede de ese malhadado artículo indefinido. Ver ciencia en la medicina, y hasta en la sociología, conforme; pero ver *una* ciencia en la medicina (o en la sociología) me parece un error. Que las artes, como la medicina, o las filosofías, como la historia o la sociología, recurran en ciertos momentos o aspectos a métodos científicos, como análisis de sangre o cálculos estadísticos, no basta para hacer de la medicina o de la sociología *una* ciencia.

Por este camino vamos a dar a una bonita paradoja. Si se tiene en cuenta que el objeto que el médico estudia es el enfermo y no meramente su riñón ni su hígado, sino él todo entero, de ser ciencia la medicina el científico no sería el médico de laboratorio sino el médico de cabecera. Es más: el médico de laboratorio no es ni siquiera médico, porque su profesión no consiste en curar.

Por lo tanto, las pretensiones «científicas» del médico no se justifican. Ya hemos visto que la medicina no es *una* ciencia, aunque hay ciencia en ella, al lado de otras cosas que vamos a procurar ver. Aquí entra el coro de los sanos, cuya labor consiste en crear la fama del doctor Fulánez o del doctor Mengánez como gran… ¿qué? ¡Ah!, pues habrá que resignarse a imprimirlo: como tal *curandero*. El coro de los sanos, todos candidatos a enfermos, sabe perfectamente que de lo que se trata no es de saber, sino de curar. Los que padecen cienciomanía se harán lenguas de la ciencia de Fulánez o de Mengánez, pero aun a ellos les tiene sin cuidado la ciencia de estos ases de la medicina, y casi me atrevería a decir que tampoco les preocupa gran cosa su arte de curar; lo que les impresiona es que curan.

Y ahora entra en escena el verdadero as de esta baraja, que es el enfermo, para el cual los asuntos del mundo se componen de dos grupos: el primero, grupo de un solo asunto, es cómo y quién le va a curar a él. Y el segundo lo componen todos los demás asuntos del universo. Por lo tanto, para el enfermo la medicina es «eso que me va a poner bien», y lo que hay encerrado dentro de ese «eso» le

tiene sin cuidado.

Este cuadro realista de la medicina vivida revela inesperadamente que en su vera esencia la medicina es hoy lo que siempre ha sido: magia, hechicería, brujería. El doctor Fulánez no cura porque ha leído hasta la última revelación científica de la última revista alemana, sino porque el enfermo cree que es capaz de curarlo. Claro que en su capacidad de curar entrará un elemento científico importante (para él), sin el cual el doctor no lograría la seguridad de juicio de que ha menester para gozar de autoridad, esa autoridad que le hacen los sanos del coro por la cuenta que les tiene por si un día enferman; pero la virtud que le permite curar y la fe en él que el enfermo siente no vienen de su ciencia, sino del hecho *escueto de que cura*, o sea, de su poder de mago, hechicero o brujo. La ciencia es para el médico moderno lo que los dientes de ahorcado y el cuerno de ciervo para el antiguo. Desde el punto de vista del enfermo, que es el que importa, el médico, por moderno que sea, es, sigue siendo y será siempre un brujo.

Esta conclusión se confirma y refuerza observando que la relación
médico-enfermo
es una de tantas relaciones binarias que se suelen establecer entre personas:
padre-hijo,
marido-mujer,
confesor-penitente,
abogado-cliente…,
cuya sustancia inicial objetiva, si la relación se logra y conserva su vigor natural, suele rebasar con mucho en la práctica el perfil de su origen. La relación binaria echa raíces en ambas personas y viene a ser como una planta síquica única, arraigada en dos tiestos distintos. Si algo por el estilo no llega a germinar y florecer entre el médico y el enfermo es poco probable que el *arte de curar* logre su propósito. Es menester, en efecto, que la fe del enfermo en su médico refuerce la fe del médico en sí mismo, porque de estas dos raíces de fe brotarán la autoridad del uno y la salud del otro.

Nada en todo esto va en contra del médico como hombre de ciencia. Se comprende muy bien que para aplicar con éxito y seguridad el arte de curar el médico serio estudie y se tenga al día

en el progreso de todas las ciencias auxiliares de la medicina; lo que hay es que, aun siendo toda esta ciencia beneficiosa y si se quiere indispensable para su arte de curar, este arte sigue siendo arte, y debe mucho menos al saber que a la intuición, al don de gentes, la experiencia, la costumbre, el trato y la gracia del curandero-brujo.

Herboristería y química

Esta contaminación del prejuicio científico ha ejercido grave maleficio sobre la medicina. No es tan solo que nuestra era es demasiado científica, sino que nuestra ciencia es demasiado analítica. La medicina oficial y sabia lo es no solo en cuanto se apoya en los análisis químicos de los elementos del organismo —actitud, claro está, necesaria—, sino en toda su manera de pensar y hasta en su modo de comprender su cometido. Porque al observador independiente no deja de chocarle que el médico ante un enfermo se imagine que va a vencer la enfermedad estudiando química y analíticamente un estado que, de suyo, es esencialmente sintético y vital.

Sintético y vital en un mundo analítico y que proclama por boca de uno de sus dirigentes intelectuales que el cuerpo es una máquina química. Ahora bien, el cuerpo no se sostiene sin alimento. Analicemos sus componentes, veamos cuáles son y en qué cantidad los metales y metaloides que pierde al día, démosle un peso igual de estos elementos, ya simples, ya en combinación, y el cuerpo, aun en equilibrio químico y termodinámico con su ambiente, se muere. Porque lo esencial de lo que no en vano se llaman *víveres* no es la cantidad de elementos químicos que contienen, sino que estos elementos estén integrados en materia viva o recién muerta. Un pollo asado es un almuerzo. El total exacto de los elementos químicos de un pollo asado no es un almuerzo.

Parece a este mero aficionado que tan curiosa condición impuesta por el cuerpo para consentir sobrevivir no ha merecido toda la atención que a su importancia se debe. Los cuerpos vivos se alimentan de materia viva o

ex-viva.
No olvido que ya existe en Francia lo menos una fábrica de algo que llaman «carne artificial», cuya materia prima es el petróleo; pero, en primer lugar, todavía es pronto para saber si esos *tournedos* prefabricados van a pasar el gaznate de los franceses, ya que por ahora se limita su consumo al ganado, y ya veremos. Dicen los indios, ya desde los tiempos de Buda, que el que ordeña la vaca por los cuernos no saca leche. Habría que ver qué saca el que la alimente en el garaje. Pero, además, el petróleo es resultado de la putrefacción de los bosques, y para transfigurarlo en tortas para el ganado es indispensable cierto tipo de bacteria, de modo que no salimos del principio general: *la vida, de vida se nutre*.

¿Consecuencias para la medicina? Se puede vislumbrar por lo menos una. Si la vida no asimila más que materias vivas, ¿es prudente poner tanta fe en la medicina química inorgánica? ¿Es tan clara la frontera entre lo nutritivo y lo curativo que el cuerpo vaya a asimilar materias químicas minerales para curarse cuando las rechaza por inútiles para alimentarse? ¿No será más razonable concebir la terapéutica como una forma de la alimentación y procurar introducir en el organismo lo que necesita para su salud por los medios que más se asemejen a la nutrición?

Esta ha sido al menos la costumbre inveterada de todos los pueblos y culturas. La base de la terapéutica ha sido siempre la herboristería. Los herbolarios son los padres de los boticarios. Cualquiera que haya nada más que hojeado a Garcilaso Inca de la Vega sabe cuánta medicina había absorbido de su familia inca y cómo se curaban los incas la piorrea, casi quemándose la encía con un vegetal ardiente, y lo que vale el maíz para todo el que sufre de la vejiga. Humboldt cuenta cómo descubrió en sus viajes que las indias, del Orinoco al Amazonas, sabían perfectamente qué yerbas tomar para no tener progenie si no la deseaban.

No se trata de abogar por una abolición de la farmacopea química. Se trata de una actitud muy distinta, que quizá se bifurcaría en dos: pleno retorno a las yerbas medicinales administradas como tales yerbas, no como alcaloides o extractos (salvo en los casos en que la yerba contenga al lado del elemento curativo otro perjudicial, como sucede con el *boldo* chileno, bueno para el hígado y perjudicial para la vista), y estudio profundo de la

farmacopea química, para eliminar los preparados que el organismo rechaza, y los que, aun beneficiosos por un lado, son perjudiciales por otro. Volvemos a la oposición entre síntesis y análisis. No intentar curar un todo tan complejo como el organismo con productos de análisis químicos que no pueden aplicarse a algo tan sintético y vital como el cuerpo humano. Así parecería confirmarla el uso creciente de preparados a base de vitaminas, hormonas y otros productos ya tomados del cuerpo vivo, ya imitados de los que el cuerpo vivo fabrica.

El cuerpo está condensado en los ojos. Acupuntura

El mismo prejuicio «científico» explica que la medicina al uso viva, casi siempre y salvo honrosas excepciones, de espaldas a las terapéuticas y prácticas sintéticas. Y eso que no faltan indicaciones y aun gestos que le hace la naturaleza. Hace ya sus treinta o cuarenta años un médico de Budapest vio en su jardín un búho deslumbrado por el sol. Lo alcanzó y apresó, y como lo tenía posado sobre la mano el pájaro hizo ademán de volar, y el médico, al tratar de impedírselo, sin querer le rompió una pata. Intrigado, *observó* (base de toda ciencia) que oír el chasquido del hueso roto y ver un desgarro del iris del ojo del mismo lado fue todo uno. Hoy, gracias al doctor Schnabel, de Munich, la iridiagnosis es una ciencia fundada en que el iris de cada ojo representa todo el medio cuerpo de su lado, de modo que si para comodidad de la nomenclatura se divide el ojo como una esfera de reloj, la situación del cerebro se refleja en las 12, la sexual en las 6, la de la piel en la circunferencia, y así lo demás. En mi experiencia personal sé de iridiólogos que con el microscopio orientado a cada ojo dan una descripción asombrosa del estado de todas y cada una de las partes y funciones del cuerpo.

Pero ¿se propaga ciencia tan interesante? No parece, por lo menos no logra propagarse tanto como se merece su asombrosa exactitud diagnóstica. La idea de que todo el cuerpo está condensado en los ojos (como lo están el carácter y la persona) repugna al científico mecanicista y positivista que predomina hoy. Pero tienen razón los que con la iridiagnosis han demostrado esta

idea, con lo cual además han reforzado a los que piensan que la palma de la mano (y aun la planta del pie) poseen también la misma virtud representativa.

El médico ortodoxo teme perder autoridad si habla de estas cosas, y aún más si a ellas se dedica. ¿Qué peor desgracia le puede acontecer que verse acusado de charlatán? Esta actitud es natural y merece respeto. Tanto más porque los charlatanes de verdad (que también hay charlatanes falsos) procuran infiltrarse siempre por entre las grietas de lo serio, y aunque no sea más que por ganarse notoriedad se acogen a lo nuevo, lo insólito, lo rebelde. El médico serio (precisamente porque si cura por su ciencia no lo hace en sí, sino porque su ciencia fortifica la fe del enfermo en su magia o brujería) ha de ser siempre muy celoso del buen nombre de su ciencia y poner sumo cuidado en no contaminarla con «herejías».

Así, pues, no hay que precipitarse a criticar a los médicos que guarden cierta reserva para con las escuelas «herejes» o marginales de su arte; lo cual no impide, antes recomienda, abogar por aquellas que merezcan mejor y más franca acogida. Tal sucede con la iridiagnosis y también con la acupuntura. Esta es una de las artes que el mundo debe a los chinos y que va poco a poco penetrando en Occidente gracias a un corto número de espíritus pacientes y capaces que la han ido a estudiar a China y la practican en Alemania, Francia, Italia y otras naciones.

Medicina sintética, desde luego, ya que consiste en curar clavando agujas de metales, casi siempre oro, plata o platino, en lugares designados por una larga experiencia. Estos lugares no parecen tener relación directa alguna ni funcional ni anatómica con aquellos que causan el mal, y parecen haberse ido definiendo empíricamente a lo largo de los siglos. Hoy se tiende a vislumbrar en este arte, tan curioso como eficaz, algún principio eléctrico que no es el lugar ni el momento para puntualizar; pero sí añadiré que en la prensa de Occidente se han descrito operaciones de tanta envergadura como partos cesáreos, llevados a cabo en China con todo éxito, sin más anestesia que dos o tres agujas de acupuntura.

No parece que tales victorias hayan logrado en Occidente el renombre, la curiosidad, la discusión que merecen, salvo quizás en Francia, donde trabajan algunos especialistas notables. Aparte las razones muy dignas de respeto que antes apunté, creo que se da

aquí, como en otros casos de medicina «hereje», cierto prejuicio del científico analítico contra todo lo que huela a medicina sintética. Pero, a trueque de repetirme, diré que el cuerpo humano es un caso de síntesis perfecta, en el cual todo está en todos y todos en todo, de modo que los vocablos hígado, bazo, riñón, pulmón, solo responden a algo concreto en la carnicería, porque en la vida ninguno tiene sentido sin presuponer todos los demás; tanto que cabría definir una víscera cualquiera como un mero centro de perspectiva funcional.

La Medicina

2. La homeopatía

La perspectiva es precisamente lo que no hay que perder. Ella nos acusa el hecho básico: los enormes progresos que ha realizado la medicina como arte de curar desde que se puso a aprender de verdad las ciencias que le son necesarias, o sea desde que estas ciencias salieron de sus oscuras envolturas para brillar como tales a la luz del día. Este período impresionante de iluminación, no sin ciertas vislumbres precursoras del XVI al XVIII, es, ante todo, obra del último y del presente siglo. Obra fue de espíritus perspicaces y valientes que se atuvieron a los hechos, debidamente verificados por los experimentos de laboratorio y apoyados en el cálculo. Hoy nos parece todo esto elemental; pero no lo era para los luchadores de antaño. En los tiempos de Pasteur había un eminente cirujano en París que, de intento, dejaba caer al suelo el bisturí con el que operaba, lo recogía y seguía cortando y sajando sin limpiarlo; se le morían los enfermos, pero él manifestaba así su desprecio para con las «opiniones» de aquel veterinario. Aun así, el espíritu que animaba en Pasteur, la fe en la capacidad de la inteligencia para reducir los hechos exactos a un orden, terminó por triunfar. ¿Qué mejor ilustración de esta fe que el caso famoso de Fresnel? Establece el sagaz físico francés la teoría ondulatoria de la luz y la expone a sus colegas. Uno de ellos le presenta una objeción. Suponiendo aceptada la teoría ondulatoria, si se colocan en línea recta un foco de luz, un orificio muy chico en una pantalla opaca y otra pantalla opaca para recoger lo que pase, el cálculo demuestra que esta imagen se compondrá de círculos concéntricos alternativamente de luz y de sombra, pero el punto más negro será

precisamente el central de la imagen, donde cae el rayo de luz que pasa por el centro del orificio. La objeción no podía ser más mortífera. Fresnel rehizo los cálculos y los halló exactos. Pero su fe siguió incólume. La inteligencia humana, en plena disciplina, no podía disentir de la realidad, ni, por lo tanto, la realidad disentir de la inteligencia. «Hágase el experimento —contestó— y es seguro que, por extraño que parezca, el punto más negro estará en línea recta con la luz y el orificio». Así se hizo y así ocurrió.

Hay que curar al enfermo y no a la enfermedad

Este es el espíritu que elevó la medicina, entonces mero haz de cuentos de viejas, a la dignidad de un arte apoyado en varias ciencias. El precursor, que llevó a cabo la labor análoga para la química, fue Lavoisier, padre de la ciencia moderna, la cual de seguro que habría adelantado mucho más y pronto si la gran Revolución francesa no lo hubiera degollado, con cuya muerte, a mi ver, todo lo bueno que se suele atribuir a aquella explosión de vesania se agria y pudre.

¿Cuál fue en su esencia la revolución química de Lavoisier? Una intuición genial que le indujo a pensar que el caos reinante en la química de su tiempo se debía a que las palabras en uso entonces —el *flogistón*, por ejemplo— no correspondían a nociones claras. Había que aclarar, medir, aislar elementos y verlos actuar mediante el experimento, y así reducirlo todo a un sistema claro.

Esta intuición fue la que guio a otro genio científico de entonces, el médico alemán Hahnemann, hasta inducirle a crear la terapéutica homeopática. En el desarrollo de este arte nuevo de curar hay que distinguir la crítica de lo que había entonces; los principios que Hahnemann proclamó y los factores intuitivos que le guiaron aun antes de poder apoyarlos en nociones científicas.

La crítica de lo que había era entonces más fácil que ahora, porque lo que había valía poco o nada. Pero aún hoy los teóricos de la homeopatía consideran que la terapéutica alópata no reposa sobre principios científicos, sino que camina en pleno empirismo, entregada a la química, para hacer frente a meros síntomas y sin

prestar bastante atención a los efectos reales y efectivos que el medicamento puede causar en otros campos del organismo.

Hahnemann partió de que lo que hay que curar no es la enfermedad, sino al enfermo, y que, por lo tanto, era muy posible que frente a un cuadro clínico igual, a cada enfermo conviniera una medicación distinta. Sentó también que los síntomas de la enfermedad suelen empezar por las partes externas e ir penetrando hasta lo más profundo a medida que se agrava el mal, mientras que cuando va eliminándose la procesión de los síntomas vuelve también, pero en sentido contrario, por el mismo camino, pero de dentro a fuera. Esto tiene su importancia, porque si se reprime un síntoma externo, por ejemplo, una erupción cutánea, pueden producirse desórdenes más graves, internos y profundos.

Estas observaciones las fue haciendo Hahnemann por el procedimiento experimental sobre sí mismo y sobre sus discípulos. Y por este camino llegó a su intuición más genial: *Similia similibus curantur*. Las anomalías que sufre el cuerpo enfermo se curan administrándole aquello que, de estar sano, se las habría causado. Hay aquí algo de la paradoja del punto negro de Fresnel. Hacía falta la fe de entonces en la perfecta armonía entre la inteligencia y la realidad para concebir esta idea. Esta armonía a su vez se confirmaba por la experiencia de los casos clínicos.

Entre Hahnemann y sus discípulos se experimentaron centenares, si no millares, de sustancias minerales, vegetales y animales, con cuyas observaciones se fueron formando cuadros de síntomas típicos de cada una, a fin de poder administrar cada una al enfermo que a su vez presentase el mismo cuadro de síntomas. Hoy las sustancias ya experimentadas en el sano son millares. La riqueza y abundancia de sus experimentos fue llevando gradualmente a Hahnemann hasta formular su más famosa intuición. El remedio homeopático era más potente cuanto más diluido y más sacudido. La dilución homeopática es tan alta que ya de la sustancia original no queda, por decirlo así, más que un recuerdo, y sin embargo, la experiencia no ya de laboratorio, sino de cabecera, enseña que en los casos muy graves la dilución 10.000 vale más que la 200. Hoy se sabe, además, que hay ciertos remedios para los que es preferible la dilución 30, aunque los más dan mejor resultado en la 200, dejando las altas diluciones para casos de suma gravedad.

De no venir avalado por éxitos curativos sensacionales, todo el sistema de Hahnemann parecería inverosímil. Pero no lo sería. El *similia similibus* le puede haber sido sugerido a Hahnemann por la inoculación y la vacuna, que ya en su tiempo se practicaban. Pero la dilución, que tanto hace arquear las cejas a la gente, es cosa mucho más común y corriente de lo que parece, tanto en tamaño como en eficacia.

En cuanto al tamaño en sí, la naturaleza los da para todos los gustos: desde la galaxia hasta el electrón o la bacteria. Si en un mililitro cúbico de agua caben muchos millones de bacterias y aún pueden contarse, no hay razón para rechazar la dilución diezmilésima de sal común o de carbonato amónico. Parece que el tamaño medio entre el del universo visible y el del electrón viene a ser algo mayor que el del cuerpo humano, quizás el del rinoceronte o el del hipopótamo. Estamos, pues, acostumbrados a ciertos tamaños: el ratón, el elefante, la catedral, la célula, pero los mucho más chicos también existen, aun cuanto no nos demos cuenta de su existencia.

Pero tampoco hay por qué negar la eficacia y actividad de estas altas diluciones. La rosa desparrama su aroma por todo el jardín todo el día, y por lo tanto la cantidad de principio aromático que de sus pétalos llega en un momento dado a una nariz dada debe de ser poco más de lo que contiene una diezmilésima dilución homeopática, y, sin embargo, huele. Los estudios recientes sobre cómo perciben ciertos mosquitos el olor de su hembra a distancias increíbles van a dar a la misma conclusión.

Pero bien conocido es otro fenómeno químico que abunda en el mismo sentido: el de los cuerpos catalíticos. El aluminio resiste bien la oxidación al aire, pero basta un mero «recuerdo» de mercurio sobre su superficie para que el oxígeno lo devore. La catálisis es, pues, un excelente argumento en favor de la eficacia de las altas diluciones homeopáticas, pero aún mejor argumento es la experiencia. Siglo y medio de clínica no ha hecho más que confirmar su virtud curativa.

El enfermo elige

El principio más fecundo de la homeopatía es el de la primacía del enfermo sobre la enfermedad. Ya desde los tiempos de su fundador, Hahnemann, se comenzó a interpretar este principio, comprendiendo en el enfermo no solo lo físico, sino lo síquico también. Toda consulta homeopática de un enfermo nuevo empieza, pues, con un interrogatorio a fondo de síntomas no solo físicos, sino morales también, creando así para el médico un campo lo más concreto posible de la persona sobre la que va a actuar. Con frecuencia se da el caso de que el síntoma clave, aquel que va a permitir al médico dar con el remedio curativo, sea precisamente un síntoma no físico. Daré un ejemplo. En trance de muerte un enfermo, se apeló a uno de los ases de la homeopatía (de quien tengo el caso). Lo halló sentado en cama, apestando a aceite alcanforado. Procuró hacerse con todos los síntomas posibles y se volvió a casa a estudiar su repertorio de remedios. Pronto redujo los posibles a dos y además observó que sus cuadros respectivos diferían en un síntoma, ausente en uno, importante en el otro. Volvió a casa del enfermo con sus dos remedios en el bolsillo y, con cierta brusquedad, le preguntó: «¿Qué hace usted aquí a estas horas?». El enfermo contestó: «¿Pues dónde voy a estar sino en mi oficina?». La elección estaba hecha por el mismo enfermo. El síntoma diferencial era que «se cree en un lugar distinto de aquel donde se encuentra». Al día siguiente, con fuertes sudores de aceite alcanforado, comenzaba el retorno a la salud.

Conversión a la homeopatía

Esta personalidad que adquieren en la práctica los remedios homeopáticos ha llevado empíricamente a un resultado notable, la identificación de ciertos tipos o caracteres personales con ciertos remedios a los que corresponden. Un médico homeópata de mucha experiencia dirá que tal de sus clientes es un tipo *nux vomica*, y tal enferma una *pulsatilla*. Así se va creando para el homeópata una caracterología mucho más rica y compleja que la de los antiguos cuatro temperamentos, con sus combinaciones, lo que a su vez facilita diagnosis y curas.

Daré aquí otro ejemplo que debo a mi costumbre de preguntar siempre a los médicos homeópatas con quienes me encuentro cómo se convirtieron a la homeopatía. Uno de los más brillantes que conozco me contó que estaba un día solo y sin nada que hacer por estar esperando a una cliente que le tenía que traer a su hija, niña de unos ocho años, de carácter muy difícil y de ardua diagnosis. Aburrido, echó mano de una revista homeopática que le mandaban y que nunca leía, y cayó sobre una descripción sicofisiológica de la niña «pulsatilla». «¡El vivo retrato de esa niña que estoy esperando!». Llegó la cliente y el médico le dio a leer aquella página: «¡Mi hija pero tal y como!». El médico, ni corto ni perezoso, llamó por teléfono a una farmacia homeopática, le dio a la niña una dosis de pulsatilla y el éxito fue rotundo.

«¿Y luego?», le pregunté, Se echó a reír. Convertido y entusiasmado por el éxito, se compró un repertorio y se puso a recetar en terapéutica homeopática a derecha e izquierda, provocando verdaderas cadenas de fracasos sensacionales. Como es un hombre de gran inteligencia, pronto se dio cuenta de lo que pasaba: él había descubierto un piano, pero no lo sabía tocar. Una suerte inaudita le había hecho recetar exactamente la dosis y la concentración que eran menester para aquella niña *pulsatilla*, pero en los demás casos la delicadeza, sutileza, tacto e intuición que han de guiar el buen médico exigía un estudio y un maestro. Cuando lo conocí era ya maestro él, y sigue siéndolo.

Edad de oro y crisis

La edad de oro de la homeopatía comienza con la epidemia de cólera que padeció Europa en los años 80 del siglo pasado, y su zona de mayor vigor, aun hoy, es el valle del Ródano, desde Ginebra hasta la Costa Azul. Ello se debe a que el cólera causó sus estragos mínimos en las zonas donde abundaban los médicos homeópatas. Así lograron establecer una sólida reputación de hechiceros, magos o brujos contra la temida enfermedad, reputación que subsiste hoy en día.

Otra ola de buena reputación vino a favorecer la medicina

homeopática con motivo de lo que se llamó gripe española, en 1918. Recuerdo que diez años después se aseguraba en los congresos homeopáticos que los médicos homeopáticos de Barcelona no habían tenido en sus clientelas ni una sola baja. Ellos dirán que yo no estaba entonces en la hermosa capital catalana.

Ello no obstante, la homeopatía vive vida precaria y difícil, y hoy se encuentra en crisis en casi todos los países del mundo occidental.

Veamos por qué.

La profesión más noble de las actividades humanas

El médico moderno que carezca de tiempo para dedicar a la historia de su arte, podrá quizá no darse cuenta de los progresos que la medicina clásica viene haciendo de generación en generación. Entre estos progresos el mayor quizá sea el de la actitud liberal y acogedora de la medicina moderna para con las formas, ya nuevas, ya poco ortodoxas del arte de curar; lo que, a su vez, comporta en muchos de ellos más confianza en las fuerzas naturales del organismo, cierto escepticismo para con la medicación, mayor atención a la dieta, al ejercicio, a todo lo que, en fin, colabora a conservar o restaurar la salud, fuera de la mera receta.

Cuadro muy distinto del de principios de siglo, época en la que la medicina clásica solía ser, a la vez, más rutinaria y más estrecha. De la actitud casi beata de la medicina clásica de aquellos días arranca la tradición de casi persecución que todavía vive en muchos homeópatas. Que algo queda de esta tradición basta para probarlo el hecho de que apenas hay en el mundo facultad de medicina donde se enseñe la terapéutica homeopática, con ser una enseñanza de tan enorme interés teórico y práctico.

Sé por lo menos de un caso en el que se invocó la libertad de la enseñanza para negar a la terapéutica homeopática el acceso a una importante facultad. Este suceso notable en la historia de la hipocresía tuvo lugar en la Universidad de Londres, a la sazón regida por un canciller que era médico de profesión. Una dama

agradecida dejó en su testamento fuerte suma a la Universidad para dotar una cátedra de homeopatía y el senado de la Universidad rechazó la pingüe manda «por ser contraria a la libertad de enseñanza, ya que prescribía que la terapéutica que se enseñaría sería la homeopática».

No cabe duda de que en el siglo XIX y primera parte del XX la homeopatía tuvo que luchar en un ambiente muy hostil. En Inglaterra todavía dura. Se da la circunstancia de que la familia real inglesa lleva ya varias generaciones practicando la homeopatía, y, sin embargo, el pueblo inglés, tan *snob* en cuanto a su casa real que…, haré una digresión para poderles contar un hecho que recuerdo.

En tiempos de Jorge V, el abuelo de la reina actual, se dio una de las acostumbradas *gardenparties* en el parque de Buckingham Palace. Para los caballeros lo que llevaba (o llevaría) el rey equivalía, por puro esnobismo, a un uniforme obligatorio. Ya hirviendo en gentío el parque, aparece el rey. Todas las miradas convergen sobre él y las de los hombres descubren que no llevaba botines de paño sobre los zapatos. Al terminar la fiesta, los guardas del parque encontraron treinta y siete pares de botines nuevecitos que, avergonzados, sus dueños habían tirado tras de mirtos y zarzas.

Pues bien, este pueblo tan sensible a lo que hacen sus monarcas no sigue su ejemplo en cuanto a la homeopatía. ¿Cómo se explica esta anomalía? Porque no lo sabe. La prensa no habla de eso, y la Enciclopedia Británica consagra a la homeopatía una nota hostil. Los suspicaces lo atribuyen a la pujanza de la industria farmacéutica, hoy fabulosa, que atrae la atención de las gentes hacia la terapéutica química. Pero las verdaderas causas son quizá muy distintas.

La primera bien pudiera ser un hecho por demás sencillo: que la medicina clásica es más fácil de explicar: «Tú estás enfermo. Vas a un médico, que es, desde luego, un mago o hechicero, el cual escribe en un papel unas palabras que solo es capaz de leer un boticario diplomado. Este te da unos polvos. Tú los tomas y te curas». Esto lo entiende cualquiera. Pero vaya usted a explicar las diluciones y las dinamizaciones a cualquiera.

Otra causa del poco avance y aun retroceso de la homeopatía es que pide mucho tiempo del que menos tiene, que es el médico;

porque el enfermo se instala en su enfermedad como en unas vacaciones y lo único que tiene que hacer es verla subir y bajar y tomarse el pulso a sí mismo, mientras que la familia deja sus quehaceres para hacer comentarios. Pero el médico… Y hoy, con la medicina social que reduce el tiempo que el médico puede dedicar a cada enfermo a siete minutos y medio. Mientras que un buen homeópata puede necesitar horas enteras para estudiar un caso difícil.

Con todo, se observa en la medicina moderna una convergencia de todas las escuelas, bajo la influencia de una creciente objetividad. La medicina tiende a hacerse cada vez más sencilla, más natural, más obediente y más atenta a las leyes biológicas; evolución tan sana como inteligente, que terminará por absorber todas las escuelas y terapéuticas en un solo arte de curar a los enfermos.

¿Cuál sería la raíz de este impulso secreto que lleva la medicina hacia una creciente objetividad? Sin duda alguna ese ansia de poder, de eficiencia, de victoria sobre las fuerzas oscuras que asedian al hombre en su peregrinación por la Tierra, que es la vera esencia de la vida del médico. Esta brega constante contra el dolor y la muerte no es tan solo para el médico el mayor estímulo intelectual; es también el manantial más puro de felicidad, que hace de la profesión la más noble de las actividades humanas.

Variaciones sobre la capitalidad

En uno de mis primeros viajes por los Estados Unidos llegué a Chicago con una carta de presentación para un profesor de aquella Universidad recomendándole que me presentara e hiciera conocer a la gente que allí llevaba la cultura. El amigo a quien iba dirigida la carta se echó a reír. «Aquí no hay cultura», me dijo. Y era verdad. Chicago, la ciudad más fea y también la más bella del Nuevo Mundo, con dos universidades, muchos teatros, infinitos cines, ricos museos, soberbias orquestas, no da de sí ambiente cultural. Ni lo dan en los Estados Unidos más que Nueva York, Washington, Boston y Filadelfia.

¿Por qué? Pues no lo sé. Y como no dan cultura en sí, menos aún pueden dar cultura colectiva, ya sea nacional, regional o continental. Parece que los elementos naturales para dar de sí una cultura regional o nacional deben de darse en no pocos lugares de España; pero, aun consciente de lo fácil que es errar en estas materias, me arriesgo a opinar que las únicas ciudades con tipo fuerte de cultura colectiva en España son Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Granada.

¿Por qué? Pues no lo sé. Lo traigo a cuento porque ahora parece que se aspira a dar a Barcelona unos cuantos bizcochitos empapados en chocolate de capitalidad, y es buena ocasión de echar mi cuarto a espadas. (Que nadie se sienta aludido. Estas espadas son las de la baraja).

Vivificar la cultura local

Eso de la capitalidad tiene muchos más pelendengues de lo que parece. Se intentó con Valladolid y fracasó.

Madrid, que no prometía nada ni en historia ni en geografía, lo logró perfectamente. Demasiado bien. Y eso que su capitalidad comienza con Felipe II, el rey que inicia la decadencia del Imperio. Pero Madrid consiguió sostener tan difícil posición todo el siglo XVII, atravesar el bache de Carlos II y renacer a la brillantez con las pelucas borbónicas.

Como que, queramos que no, estamos en un tema rodeado de misterio y manejando nebulosas de irracionalidad, habrá que dar gustos por opiniones, y hasta atisbos por verdades. Estoy en contra de que se instalen Ministerios en Barcelona. Los Ministerios son, precisamente, los organismos del Estado que no cabe alejar de Madrid. En cambio, como ya lo propuse hace muchos años, creo que habría que descongestionar Madrid estableciendo en provincias no pocas instituciones que no han menester vivir en la capital. ¿Qué hace en Madrid la Dirección de la Deuda, la de clases pasivas o el Regimiento de Inválidos de Guerra?

En este momento no estoy pensando todavía en los «países» y su espíritu. Luego vendremos a eso. Ahora pienso en las ciudades, partiendo del principio de ver en toda ciudad de más de un cuarto o todo lo más medio millón de habitantes una monstruosidad inhumana. Hay que salvar la vida de los desdichados que hoy malviven en las ciudades millonarias.

Este debe ser el primer móvil de la reforma. El segundo, el de vivificar por doquier la cultura local como foco de un ámbito que variará en amplitud y matices de sitio a sitio. Esto no lo haremos a voluntad. Se hace ello como quiere y puede; feliz si nuestra intervención no viene a destruirlo en cierne. Pero, por ejemplo, lo que se haga en pro de Gerona no será lo mismo que lo que se haga en pro de Barcelona; porque los ámbitos de irradiación no son parejos.

Así las cosas, estimo que el problema no es meramente cultural, ministerial, subvencional, sino que hay que ir al fondo político de la arquitectura, no solo del Estado, sino de la nación.

El Municipio soberano

Para acercarse a esta realidad habría que atreverse a algún

neologismo. «Regiones» no basta. Yo preferiría «países». Habría que crear el concepto natural político administrativo de *país* entre la provincia actual (o la *comarca*; sobre eso volveré) y el todo. Al hacerlo así, concedo que tendríamos que forzar un poco el sentido del vocablo si, como parece natural, se da rango de «país» por lo menos a dos ciudades: Madrid y Barcelona.

Conviene aclarar un punto aquí. Hay un sentido en el cual no se le puede quitar a Barcelona la capitalidad de Cataluña, porque Barcelona es la capital de Cataluña por naturaleza. Hay otro sentido, el meramente administrativo, en el cual sí cabe hacerlo: la capital administrativa de Cataluña podría estar en otra ciudad —Reus, por ejemplo—, como está en Albany la del Estado de Nueva York.

En cambio, se debería concentrar en Barcelona la vida bancaria y financiera de España, como sucede en Suiza, donde Berna es la capital política y Zürich la financiera. Esta evolución se puede hacer sin que sea necesario que el Gobierno la dirija y orqueste. Basta que los bancos y las grandes industrias convengan en ello.

Creo también que sería ventajoso instalar la justicia suprema en Valladolid, renovando una tradición hermosa, porque no parece sano que el poder judicial y el poder ejecutivo vivan en la misma ciudad. Y claro es que, con buena voluntad y con imaginación, se hallarían bastantes ideas análogas para disipar la hipertrofia de Madrid, dispersándola y con ello vivificar media docena de ciudades que vegetan como capitales de provincia. Que dentro de cada país se establezcan «comarcas», en vez de las actuales provincias, es cosa de estudiar. Quizá sí. Quizá no. Es posible que las comarcas catalanas que creó el Estatuto bajo la República fueran un progreso objetivo. No conozco el asunto bastante para expresar opinión. Pero sí para decir que sospecho en no pocos autonomistas (y no solo en Cataluña) una fuerte tendencia centralista dentro de su «país». Quiero decir que muchos de los que se indignan ante las estupideces centralistas que comete Madrid para con Barcelona, una vez ellos plenamente autonomizados harían mayores estupideces centralistas desde Barcelona a Gerona, Lérida, Reus o Granollers, que las que antaño les hacían a ellos desde Madrid.

El verdadero autonomismo ha de fluir a través de todo el cuerpo de la nación y también de sus países, y para que de veras funcione

ha de hacer de los países entidades penetradas de libertad. La libertad administrativa y política es el oxígeno que trae la vida a cada célula del cuerpo estatal.

Por lo tanto, hay que concebir el autonomismo como fundado en el municipio libre, casi soberano. Esta sí que sería revolución. Porque el municipio, que en la historia política de España anterior a los Reyes Católicos ha dejado páginas notables de espíritu cívico y creador, debe volver a ser la unidad fundamental del futuro Estado. Pero cuando se ve de cerca qué focos de corrupción han sido los municipios en el siglo XIX es cosa de retroceder con espanto. El centralista podrá siempre alegar que en aquel siglo los maestros de escuela consideraban como su ideal que los pagara el Estado, porque el municipio los dejaba que se murieran de hambre. Y de ahí esos dos vergonzosos dichos populares: «Lo puso como chupa de dómine»; y «Tiene más hambre que un maestro de escuela».

O mucho me equivoco o en estas cosas se ha progresado bastante en España. El impulso purificador vino, según creo, de los primeros concejales socialistas que tuvo Madrid, en particular Besteiro y Largo Caballero, así como de la concejalía de Francisco Cambó en Barcelona. Por tratarse de las dos capitales de España, estas bocanadas de aire puro hicieron hondo efecto sobre el país, y hasta en los municipios más esclavizados por el caciquismo se produjo cierto cambio de postura.

Claro que de entonces acá hubo (y supongo seguirá habiendo) altos y bajos; pero es menos probable que los concejales y sus amigos se merendasen hoy los presupuestos municipales al socaire de su nueva libertad; en todo caso, siempre se podrían idear frenos para los que pudieran caer en tentación; el más potente de estos frenos es una prensa libre; y después una reconstrucción del Tribunal de Cuentas que ejerciera sobre todas estas entidades nuevas una severa intervención, no posterior o *post-mortem,* sino inmediata y en lo vivo.

El federalismo no deja de presentar sus inconvenientes. El más grave es el de ser caro y necesitar un enorme aparato de instituciones y burocracias; pero para España estimo que hay que aceptar esta servidumbre. España es una nación muy singular, pero muy plural. Si se me permite una pizca de autoridad en la voz, diré

a mis amigos vascos y catalanes (que son los que en esto suelen errar más) que estoy con ellos en todo lo que suelen alegar como «hechos diferenciales», pero que, con más de medio siglo que vengo observándolos, creo que lo que domina en catalanes y vascos, *vistos allende los Pirineos*, es su tremendo españolismo. Y lo mismo digo de los gallegos, y aun de los portugueses. Hay que federalizar a España. Pese a todos los peligros; y claro es que no voy a debatirlos todos ahora aquí. España es como un hombre a quien le obligan a llevar un pantalón con las dos piernas sin separar, o cosidas juntas, y unas mangas pegadas a la chaqueta. Hay que libertar los miembros de España. Hay que descartar estridencias y desplantes como explosiones de mal humor del Gulliver hispano atado por balduques y corchetes en pleno vigor muscular. Hay que dejar brotar en libertad lo que cada uno de los países españoles lleva en sí.

Las universidades no reflejan la maravillosa variedad de España

En cuanto se mira a España bajo este doble aspecto de su singularidad y variedad las cosas parecen complicarse, pero, en realidad, se simplifican. Cae una ingente cantidad de hojarasca que ocupa mucho más volumen del que corresponde a su peso, por esa extraña alianza que la hojarasca traba con el aire; y se acusan en todo su relieve los problemas reales. Vaya como ejemplo el problema de la Universidad.

Hoy, y en ciertos aspectos, no es España excepción en cuanto a su crisis universitaria. Dos de estos aspectos universales son la natural propensión del hombre joven a medir sus fuerzas con lo que encuentra ya hecho, estimulada por el atractivo que para la juventud tiene el armar jaleo. Pero subsiste una tensión que en cada nación se define a su manera. Es muy posible que, en nuestra España al menos, una de las causas más activas de esta tensión sea cierto desequilibrio entre el ámbito de la enseñanza y el radio de acción específico del estudiante. Una cosa es educar para dar la vuelta a la Plaza Mayor y otra educar para ser piloto de una línea

mundial.

Esta situación se debe a que las universidades no reflejan la maravillosa variedad de España. Tanto da Barcelona como Oviedo, Murcia como Valladolid. La consecuencia es que las universidades pasan a lo abstracto, pierden valor vital. El estudiante se aburre. De aquí la agitación estudiantil. No hay que olvidar el efecto agitador del aburrimiento.

Haré un paréntesis, porque la cosa lo vale. El aburrimiento es, claro está, muy aburrido, pero también muy peligroso. A veces también es muy valioso como indicador de que algo no va. Si una clase se aburre, sería bueno estudiarla para ver por qué. Puesto que la enseñanza goza del más hermoso privilegio que hay, que es el de ir descubriendo nuevos horizontes al alumno, este no se debería aburrir nunca. Si se aburre, o es que no sirve para el saber, y hay que quitarle la matrícula, o es que el profesor no sabe enseñar. En principio, y aunque sería cosa de aplicarlo con pies de plomo, todo profesor que se revela pelmazo está maduro para el retiro, por lo menos, de la Universidad. Siempre lo pueden destinar al Ministerio.

Cierro el paréntesis y vuelvo al papel de la Universidad en la España plural, que es la de verdad. Habrá universidades de ámbito nacional y universidades de ámbito de cada uno de los países. Creo que debiera haber también por lo menos una universidad explícitamente católica, y que podría ser la de Salamanca.

La Universidad antigua de Madrid, que ahora llaman complutense con redomada hipocresía por no haberla llevado a Alcalá cuando pudieron y debieron, y la antigua de Barcelona (que seguiría en Barcelona) podrían hacer ambas función de centros de ámbito nacional. Las demás serían todas, a razón de una por país, el centro intelectual consciente del país en cuestión; y la de Cataluña iría a Tarragona o a Vic.

No he creído necesario enumerar los países, sobre todo porque, especialmente en el centro de la península, cabe opinar sobre cómo trazar sus lindes. En todo caso, la Universidad se concebiría como el centro del «país» y viviría del presupuesto del país y no del federal. Estimo que su profesorado debiera ser en su mayoría del país, pero no en su totalidad. Ahora, una cuestión batallona para algunas. ¿En qué lengua se enseña?

En mi opinión siempre importará más lo que se enseña que el

vehículo en que se enseña. A trueque de ofender a tal o cual sector, aunque sin ánimo de hacerlo, daré dos ejemplos adrede exagerados para lograr claridad al límite: Supongamos que una Universidad, digamos la de Zaragoza, o sea la Universidad de Aragón —que así se llamarían las universidades de país—, encuentra fuera de España un maestro excepcional de fisiología que, por razones personales, aceptaría una cátedra pero la tendría que dar en francés. ¿Vamos a negarnos a aceptar nuestra buena suerte?

Supongamos ahora que la Universidad de Cataluña (que, como antes dije, yo situaría en Tarragona o en Vic) decida que cada maestro hable en catalán o castellano a su elección, y logra al cabo de los años una fama tal que se dan estudiantes franceses, ingleses o alemanes que aprenden el catalán nada más para venir a ella. ¿No redundaría todo ello en bien de España y de su cultura?

Claro que estos ejemplos presuponen una autonomía completa. No me importa entregar rehenes al adversario. Creo que (entre otras condiciones) no logrará España un pleno nivel universitario hasta que se haya abolido el escalafón de catedráticos. (En general creo que la única revolución que hay que hacer en España y la única eficaz sería la abolición de todos los escalafones). Cada universidad sería responsable de la calidad de los profesores que eligiría. Hoy, como no es responsable de nada, así va ello.

La universidad del país sería, pues, el centro promotor de la cultura académica del país —que de la cultura a secas el país mismo lo sería, y si no perecer habría como tal país.

Que mucho queda por decir, que lo que queda por decir es mucho más complejo todavía de lo que va dicho, ¿quién lo duda? Pero estas reflexiones no pasan de ser una consecuencia de las veleidades de distribuir a los más exigentes cucharaditas de jarabe de capitalidad. Va en ello mucho más de lo que parece; y la capitalidad en los tiempos del avión no es la misma esencia que lo que era en los tiempos del burro. La unidad de España la cosen a diario los trenes rápidos y los aviones en un perenne zurcir; a lo que hay que dedicarse ahora no es la diversidad de España, sino a su maravillosa pluralidad. [7]



Notas

[1] Escrito antes de que se cometiese el vandalismo de llevar a Pozuelo la Universidad de Alcalá, que ahora, a modo de taparrabos, llaman Complutense. < <

[2] Hubo una, algo cómica, de militares. < <

[3] Profecía confirmada por los hechos. < <

[4] En inglés, *wild*, que en español se suele traducir disparatadamente por *salvajes*, son huelgas *bravas*. <<

[5] Lo sacó más tarde. Pobre porfiado… < <

[6] Mantengo mi opinión, pero se me objetó que la Constitución obligaba a eliminar a Tomic por ser el de menos votos. Típica imbecilidad de la ley escrita. < <

[7] Se escribían estas palabras cuando fallecía en Lausanne el conde de Cartagena, legando sumas importantes a varias academias españolas y al Museo del Prado. Es significativo que este aristócrata español, tan bien orientado en materia intelectual, vivió la mayor parte de su vida en el extranjero. Análoga observación se aplica a algún otro donativo importante hecho en época reciente por españoles para obras universitarias. < <